

The book cover features a vibrant, multi-colored floral border of lilies and leaves in shades of orange, yellow, green, and blue. The background is a deep red with a subtle gradient. At the bottom, a silhouette of a city with domes and minarets is visible against a lighter orange glow. The author's name is centered in the upper half, and the title is in a large, elegant script in the center. A publisher's logo and name are at the bottom.

Saphia  
Azzeddine

*El viento  
en la cara*



Lectulandia

## **La emocionante historia de una mujer musulmana enfrentada a las leyes de los hombres. Un auténtico canto a la libertad.**

Bilqiss, una joven viuda musulmana, pronuncia esta frase durante el juicio que se celebra contra ella por haberse atrevido a ocupar el lugar del muecín a la hora del rezo. Sabe que, más allá de ese crimen, la acusación real es simplemente la de ser mujer y no querer someterse a unas reglas que los fundamentalistas aplican en el nombre de Alá.

Pero Bilqiss no está sola. Hasta el país se ha desplazado una periodista norteamericana, sensibilizada por la noticia, que hará cuanto esté en su mano para difundir su causa por todo el mundo. Y el propio juez del caso, alguien que conoce bien a la acusada, se debate entre la obediencia ciega a la ley y la admiración por una moderna Scherezade capaz de seducirlo con su discurso rebelde.

Los relatos de estos tres personajes irán tejiendo un retrato fiel y conmovedor del proceso contra una heroína dispuesta a luchar hasta el final por su vida y su libertad. Alguien que alza la voz porque es consciente de que su absolución sería algo más que una victoria personal. Para ella y para muchas mujeres de su país significaría una llama de esperanza en estos tiempos oscuros.

**Lectulandia**

Saphia Azzeddine

# **El viento en la cara**

ePub r1.0

Titivillus 30.07.18

Título original: *Bilqiss*  
Saphia Azzeddine, 2015  
Traducción: Teresa Clavel  
Diseño de cubierta: Gemma Martínez  
Ilustración de cubierta: Ignasi Font

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Julien  
Para Karim*

Quien canta, reza dos veces.

SAN AGUSTÍN

La búsqueda de saber vale más que una vida entera de oración.

EL PROFETA MAHOMA

—A diferencia de ustedes, yo no hablaré en Su nombre. Aun así, tengo una intuición. Ustedes adoran a Dios, pero Él los detesta.

Un aluvión de protestas se elevó en la sala de audiencias hasta cubrir la voz grave del juez, que reclamaba silencio. Silencio inmediato. Silencio absoluto, su preferido. Silencio que aquel día no volvió a hacerse y que lo obligó a suspender la sesión.

Yo iba a perder ese juicio, por supuesto. No me lo tomaba como un juicio contra mí, sino como una farsa más en mi país ya muerto, pero al que nadie se atrevía a decírselo. Dejaba que aquellos miserables vestidos de blanco y con la frente orgullosamente tatuada se desgañitaran pronunciando discursos anquilosados, escupiéndolos con la energía del odio, propia de quienes aborrecen a las mujeres porque no son hombres. Yo refutaba todos los cargos que pesaban sobre mí, pues no me consideraba actriz de mi vida. Me la habían confiscado al nacer.

Inmediatamente después del parto, habrían podido predecirse las múltiples y variadas perrerías que iban a sembrar mi existencia. En lugar de ser acogida por las aclamaciones del vecindario tras una interminable espera en la habitación de al lado, mi padre dispersó a la multitud con un lacónico «Hágase la voluntad de Alá» y puso fin a los festejos. En el umbral, la partera, con el semblante luctuoso, también estaba dolida conmigo por no ser varón; le hacía perder una estupenda ocasión de ser agasajada. Con tan solo una hora de vida ya me acusaban por mi sexo. Aun así, no imaginaba que sería el origen de tantos males. Nada me ha causado nunca tantos reveses. Pero esta vez, a diferencia de las anteriores, no eran golpes, insultos o humillaciones lo que se cernía sobre mí por haber desobedecido, sino nada más y nada menos que la pena de muerte por lapidación en la plaza pública, una especie de descampado en medio del cual se amontonaban las ruinas de una fuente sin agua. Era una mujer en un país donde más valía ser cualquier otra cosa, y en la medida de lo posible, un pájaro.

Enseguida me había convertido en la atracción del pueblo. No había motivos para enorgullecerse, dada la penosa composición del grupo congregado: canallas al acecho, chusma infecta, frustrados sexuales, pero no solo eso, hombres de fe y de leyes temibles por su necedad y brutalidad, y unas cuantas figuras fantasmagóricas en cuclillas desperdigadas por los rincones de la sala, permanentemente con el alma en vilo, preparadas para salir por piernas. En el momento de mi juicio final, los impostores de lo divino se habían reunido en aquel viejo edificio que solo tenía de oficial el nombre. Los archivadores abarrotados de penas bárbaras iban a explotar sin remedio. Ya no quedaba sitio para un expediente más. Yo era ese expediente y me alegraba de que fuese a desmoronar toda la estantería. Intentaba convencerme de eso al imaginar lo que me esperaba muy pronto, enterrada hasta el cuello, sin poder esquivar con las manos las piedras angulosas que me atravesarían las sienes. Y cuando regresaba al presente y paseaba la mirada por la concurrencia, el castigo me

parecía clemente si era el precio que debía pagar para escapar de esa abominable fauna. Me habían metido en una jaula para evitar que me linchasen antes de que acabara el juicio.

Todos los días, pues, la gente se agolpaba en el juicio contra la mujer. Ya nadie se tomaba siquiera la molestia de completarme con un adjetivo. Aquí, cada mujer arrastra un montón de calificativos infaustos, ya sea disoluta, pérfida o manipuladora. Yo encarnaba a todas esas mujeres a la vez. Iba a pagar por todas ellas a la vez. Sola en mi celda, me prohibía llorar. Me obligaba a no dejar que se trasluciera ni un ápice de mi terror, porque este sentimiento, lo confieso, pisoteaba de vez en cuando mi serenidad. Dos hombres disfrazados de guardias me escrutaban la cara para leer la angustia en ella y deleitarse en su contemplación. Dos ignorantes a los que había decidido no facilitar información dándoles la espalda durante el resto del día. De todas formas, había más poesía en la pared de cemento que tenía enfrente que en sus tres ojos enfermos. Uno de ellos era tuerto. La sesión había sido aplazada hasta la mañana siguiente, hacia las diez o las once, quizá las once y media, eso carecía de importancia, ya que el porvenir no les pertenecía desde hacía mucho.

Tumbada en mi cama de barrotes, le suplicaba a Dios que existiera de verdad. Antes de afrontar la noche, y como acostumbraba hacer a diario para retrasar las pesadillas, me regodeé imaginando, sin ninguna humildad, mi llegada triunfal al paraíso. Avanzaba a paso lento hacia la luz, aclamada por una multitud de elegidas. Entre ellas descubría rostros familiares: algunas eran de mi pueblo, a otras las había visto en los periódicos, a veces incluso internacionales. Con idéntico ademán, esparcían a mi paso pétalos de azucena y ramas de vetiver (mis perfumes preferidos), una me cubría los hombros con una *abaya* de gazar rojo carmín (mi color favorito), otra me ceñía la cabeza con una fina corona de esmeraldas, una niña se agachaba para calzarme unas sandalias bordadas y un hombre, de una belleza deslumbrante, acercaba una mano a mi boca para verter en ella un trago de vino francés. Antes de abrir de nuevo los ojos frente a los dos adefesios que vigilaban mi celda, me permití un delicado beso en los labios carnosos del hombre de la frasca. Así es como empezaban mis noches. El escenario era más o menos idéntico en todas ellas. Pero el sabor de los labios de mi amante siempre era distinto. Y como en mi cabeza todo estaba permitido, embellecía la escena de día en día.

Once de la mañana. El juez me invitó a levantarme. Continuaba actuando como si se tratara de un verdadero juicio: tono solemne, silencios cadenciosos, circunspección exageradamente subrayada. Hacía callar a los asistentes cuando yo tomaba la palabra. Y a su pregunta de si quería un abogado, esta fue mi respuesta:

—No, señor juez, se lo agradezco, pero prescindiré de la defensa. No he hecho



nada malo y, por lo tanto, no tengo que defenderme, solo contestarle, y eso porque estoy obligada a hacerlo. Nunca he tenido necesidad de que alguien se expresara por mí. En mi religión existe un principio de igualdad absoluta ante Alá. Únicamente a Él debo rendir cuentas y únicamente Él es apto para juzgarme. Usted puede continuar pretendiendo que Lo representa, pero esa impostura no tiene nada que ver conmigo. Su devoción no me engaña.

Me volví a sentar entre los previsibles abucheos de los presentes en la sala. Pensaba que vendrían a arrancarme del asiento sin dilación para conducirme hasta el agujero de la plaza pública, pero no sucedió nada de eso. El juez dejó que se hiciera un largo silencio y por primera vez no me pareció falso. Mientras la gente manifestaba su indignación por mis palabras alzando hacia el cielo unos índices sucios y, desde hacía mucho, anquilosados, capté en la mirada del juez una especie de malestar. Una emoción inusual parecía embargarlo en el momento en que me volví hacia él. La confusión se prolongó unos segundos más después de que consiguiera tomar de nuevo la palabra e imponer silencio. Siempre el mismo. Absoluto. En definitiva, el único que le habían enseñado. A la ya larga lista de acusaciones que pesaba sobre mí, se añadió el haber pronunciado palabras blasfemas sobre la religión. No lo discutí. Así me ahorra tener que levantarme otra vez.

Tras varios días de juicio, los carroñeros empezaron a impacientarse. Al final de cada audiencia, se esperaba el veredicto del juez, quien, previsiblemente, debía confirmar la lapidación que pedían mis acusadores. En una semana, y una vez saqueada mi casa, habían acumulado más cargos contra mí que piedras había para castigarme. Un experto en derecho islámico había enumerado una veintena de infracciones del código de buena conducta. Era su momento de gloria. Recitaba, lleno de fatuidad, todos los delitos que había descubierto en mi casa: maquillaje, zapatos de tacón, prendas de lencería femenina, entre ellas un corpiño de encaje, la foto de un hombre, periódicos, una antología de poesía persa, jengibre, una vela perfumada, casetes con canciones, un peluche, medias, un frasco de perfume, unas pinzas de depilar y un montón más de cosas inapropiadas. Yo sabía que todo lo que podía tentar a los hombres estaba proscrito, así que no me escandalizaba la longitud de la lista. Sabía también que depilarse las cejas estaba prohibido, ya que eso alteraba la creación de Dios. No había que desnaturalizar nada, sino volver a Él tal como nos había creado. Por supuesto, esa regla no se aplicaba a las mujeres cuyos rostros, tras la lapidación, llegaban hechos trizas a Su puerta. A ellas se tenía todo el derecho del mundo a desfigurarlas con tal de que no se retocaran la curva de las cejas.

Esos idiotas habían confiscado también mis casetes de Abdel Halim Hafez, así como los poemas de Hafez que había enterrado en mi huerto con la esperanza de que juntos tuvieran descendencia. Eso me hacía merecedora de una veintena de latigazos. Porque, como la música y la poesía apartaban de Dios el corazón del creyente, las

autoridades habían quemado la biblioteca del pueblo y la única tienda que seguía difundiendo a Umm Kalzum. Los peluches que decoraban mi dormitorio, además de ser amputados, habían recibido el castigo suplementario de una decena de golpes. Por más que les expliqué que no se trataba de reproducciones de oseznos, no habían sido indulgentes. Al igual que los budas de Bamiyán, los muñecos fueron sacrificados porque no podía representarse nada que tuviera alma en la religión. Por último, como una mujer no podía comprar verduras enteras con forma fálica (el hortelano debía cortarlas previamente en el mercado), berenjenas y calabacines se sumaron a la lista de mis pecados. Mil cosas absurdas más, salidas de mentes tan desquiciadas como enfermas, agravaron mi caso, pero al cabo de un rato todo el mundo había perdido ya la cuenta. Todo el mundo había dejado ya de fijarse en la perversión en la que se regodeaban nuestros legisladores, cuya última farsa solo era comparable a su delicuescencia moral: desde hacía algún tiempo, los agentes de policía también podían pararnos a las mujeres en medio de la calle y obligarnos a saltar delante de ellos para comprobar que no llevábamos sujetador, símbolo sexual por excelencia. Era preciso, por lo tanto, que pudieran distinguir nuestros pechos bamboleándose bajo la túnica y, una vez que se habían cerciorado, nos daban un bastonazo para hacernos circular. En los últimos tiempos, la mayoría de los hombres andaban por ahí con un bastón, un bastoncillo los más delicados. Un poco como si fuera la prolongación de su sexo, lo empuñaban o lo toqueteaban dependiendo de si pasaba una mujer o deambulaban entre ellos por el pueblo.

—Me pregunto, señor juez, cuál de los dos es más perverso, yo o él, que ve un falo en una berenjena. Del hecho de que haga semejante comparación con su persona, deduzco también que el señor Karzi no destaca precisamente por su modestia. Y la presunción es un pecado, señor Karzi.

El señor Karzi, mi principal acusador, se abalanzó sobre mi jaula e intentó arañarme con rabia. Le habría encantado descoyuntarse un hombro para que entrara entre dos barrotes. El juez lo sermoneó y le recordó que se trataba de un juicio equitativo en el que debía respetarse la palabra de todos. Le recordó también, para calmarlo, que «probablemente» me condenarían y que él tendría el privilegio de arrojarme la primera piedra, pues, en efecto, yo era una insolente declarada. Dirigiéndose a mí, añadió que aún tenía la oportunidad de disculparme. Decliné el ofrecimiento con una sonrisa.

—Señor juez, permítame que le recuerde la sura 88, versículo 21. Dios dijo: «Tú no eres sino un mensajero. Y no tienes autoridad sobre ellos. Es a Nosotros a quienes corresponde juzgarlos y recompensarlos sin omitir nada de sus actos». Por eso le pregunto: ¿se cree Dios? Se arroga usted una tarea divina. ¿O acaso le ha dado Dios un poder para juzgarme? Si es así, ¿puedo verlo?

Aquello era demasiado. Exigían desde todas partes mi condena inmediata. Pero, ante la sorpresa general, el juez ordenó que me condujeran a mi celda una vez desalojada la sala.

Podía oír los mugidos que se prolongaban en el exterior del edificio. En mi situación, compensaban un poco mi angustia. Me gustaba sacarlos de quicio. Y, la verdad, no costaba mucho.

Aún no sabía qué era, pero algo raro pasaba entre el juez y yo. Había oído hablar de él. Era un antiguo carpintero de obra que se había reciclado en el sector del derecho islámico, ahora que nuestras casas ya no tenían tejado y que los tiempos ya no favorecían los debates. Empezó como aprendiz en una escuela coránica clandestina. Recitó de memoria y sin calzones suras amputadas, aprendió versículos como se aprende el código de circulación, bailó por la noche para notables repugnantes y se ganó una paliza cuando quiso poner fin a aquello. En la adolescencia, para escapar a su infortunio y porque los oficios de fe estaban saturados, aprendió a construir armazones de casas. Por la noche regresaba a la suya cansado, mientras que los mulás regresaban ahítos. Y luego la situación en mi país degeneró. La guerra se instaló en nuestras vidas como un colono en un salón. El caos fecundó a la desesperación y perecimos en el parto. Solo los más rudos sobrevivieron, para formar la sucia ralea que ahora me juzgaba. El juez era lo que se llama un hombre respetable. A veces, parapetada tras una celosía matando el tiempo como podía, lo veía pasar por delante de mi casa: desgranaba una a una las cuentas ensartadas de un rosario, y a la séptima, lo hacía oscilar todo de izquierda a derecha hasta que se le enrollaba alrededor del índice.

Mi exmarido había sido su chófer. Así es como lo conocí. Su mujer —a la que yo ya conocía— estaba deprimida porque él era deprimente. Por supuesto, nadie lo formulaba así. Antes que esa patología de occidentales, era preferible alegar locura. A él lo compadecían porque su mujer estaba loca, pero cuando se pasaba a hablar de ella la compasión se esfumaba. Nadie se preguntaba, en concreto, cómo era posible llorar día y noche sin interrupción. Los hombres decían: «Una loca poseída por el diablo». Y las mujeres: «Una persona abrumada por una inmensa tristeza». Cuando la visitaba para llevarle la compra o unos bordados terminados, dejaba de llorar el tiempo que tardaba en recitarme en voz baja unos versos de su poeta preferido, Yalal ad-Din Rumi. Era una mujer con una vasta cultura, sabía cosas de otros lugares. Antes de estar tan mal, había dado clases en el colegio al que yo iba de pequeña. Nos enseñaba inglés, poesía e historia. A veces se salía de su papel de maestra para transformarse en una magnífica narradora. Tenía predilección por las historias de amor que se saltaban las normas, como la de Romeo y Julieta, la de Marco Antonio y Cleopatra, y la de Majnún y Layla. Pese a su entusiasmo, al final de todas ellas nos ponía en guardia contra nosotras mismas para que no nos dejáramos engañar. Lo que le gustaba ante todo de esos personajes, más allá del romanticismo evidente del que eran paladines, era su empeño. Una suerte de resistencia a la regla en la que las abdicaciones tenían aspecto de victoria, y las victorias, un regusto de renuncia. Se

llamaba Nafisa, y si yo era una mujer decidida, era en parte gracias a ella. Le debía mucho de lo que sabía, a pesar de que había desaparecido demasiado pronto de mi vida. A los trece años me prohibieron ir al colegio. Al año siguiente la habían quitado de en medio por incitación al desenfreno. Así que solo me había perdido un curso. Fue un pobre consuelo. Me habría gustado tener más trato con mi profesora, pero un día se mordió las venas porque le habían confiscado hasta el último cuchillo. Para cubrir su voz y que no nos pillaran, cuando iba a verla yo fingía hablarle de mi trabajo, pero en realidad escuchaba su poesía:

*Mi preocupación por ti vuelve mi corazón cada día más quejumbroso,  
pero tu corazón despiadado cada día se cansa más de mí,  
tú me has abandonado, pero mi pesadumbre no me abandona,  
a decir verdad, mi pesadumbre es más fiel que tú.<sup>[1]</sup>*

En cuanto me iba, volvía a sumirse en una desesperanza de la que no salía hasta el día siguiente, hacia mediodía, cuando le llevaba leche de oveja o *golchis*. A veces entreveía al juez yendo de una habitación a otra sin dirigirle la palabra a su mujer, no porque la detestara, sino más bien porque no era costumbre hacerlo. Una palabra cariñosa, una sonrisa, una mirada alentadora, una pregunta anodina, nada unía ya a una pareja casada, aparte del coito y los reproches. El juez no parecía mala persona; al contrario, me daba la impresión de que era un buen hombre. Bueno y metódico. Metódico y domeñado. Domeñado por sucesivos maestros que, con un látigo en una mano y el Corán en la otra, transmitían, con la gracia de un paquidermo, versículos demasiado sutiles para sus oídos tapados. Deplorables teólogos que les quitaban la inocencia a pobres niños como quien quita un diente cariado con unas tenazas y un bofetón para divertirse. El juez había sido uno de ellos. Nacido en el seno de una familia pobre, esta lo había cedido a una personalidad honorable del pueblo (los peores), que debía ocuparse de su formación y de que se pusiera manos a la obra... Como entre nosotros todo era una cuestión de interpretación, ese último favor permitía dar libre curso a la imaginación de cada cual. Yo tenía presente que este juez había sido un niño encantador en otros tiempos. Ahora, sin embargo, iba a ordenar que me lapidaran.

Oí que la puerta se abría, vi que los guardias se levantaban con deferencia y que la puerta volvía a cerrarse. En la penumbra, tardé un poco en identificar a mi visitante, aunque, por la reacción de los dos mamelucos, comprendí que se trataba de alguien a quien había que temer. Empezó bendiciendo el recinto y a continuación acercó un taburete, se sentó y me miró de soslayo. El juez en persona venía a visitarme. ¿Por qué estaba allí? Dicho esto, yo tenía razón en una cosa. Algo raro pasaba entre él y yo. Pronunció una breve oración, la entrada en materia más cómoda de cualquier

cobarde, e imploró a Dios que lo perdonara por estar cara a cara con una desconocida. A fuerza de lanzar fetuas en todos los sentidos y, en su caso, de autorizarlas, nadie podía ya dar un paso sin exponerse a ser azotado o colgado. La única solución para que un hombre y una mujer, desconocidos el uno para el otro, pudieran estar juntos en la misma habitación era la siguiente: el hombre debía mamar del pecho de la mujer para que así ella se convirtiera en su ama de cría y los uniese un parentesco apropiado. La perversidad de esos hombres no tenía límites. Nuestra capacidad para aguantar, tampoco. Sin embargo, y para no tentar al diablo, me guardé muy mucho de recordárselo al juez.

—Basta con que pida perdón, Bilqiss, y haré lo que haga falta para librarla de la muerte.

—¿Y por qué va a hacerlo?

Se tomó un poco de tiempo para responder, naturalmente. Sin duda alguna, creía que yo era la clase de mujer que aprovecha cualquier oportunidad para seguir viva, y pagando el precio que sea. No fue una gran sorpresa que no se permitiera aprovecharse de esa circunstancia para obtener un beneficio personal.

—Por Alá, por supuesto.

—Todo lo que hace, ¿es siempre por Él?

—¡Desde luego!

—¿No hay nada que haga por usted mismo?

—¡Nunca! Todas nuestras acciones deben ir encaminadas a dar gracias a Alá.

—¿No le parece que es una falta de modestia por Su parte? ¿Cree de verdad que un Dios justo, sabio e inteligente crearía una especie humana únicamente para que Le dé gracias de la mañana a la noche?

Para guardar las formas, se enfadó, me amenazó y exigió que pidiera perdón si no quería ser azotada. Con todo, no se levantaba, no se iba. Continuaba sentado en aquel taburete, como si estuviera ávido de seguir siendo maltratado. Reclamaba con medias palabras mis palabras enteras, imprudentes, desprovistas de envoltorio espiritual y que, contrariamente a las suyas, no se refugiaban detrás de cientos de interpretaciones para ser entendidas. Conforme avanzaba la conversación, iba tranquilizándose, hasta que dejó de hacerlo girar todo alrededor de Dios y empezó a hacerme preguntas para comprender qué me había empujado a hacer aquello. Aquel acto. Aquella locura. Aquel suicidio. Mis respuestas y la ausencia de motivo que estas revelaban lo dejaban atónito. Conmigo regresaba a un mundo que los mulás nos habían confiscado, aquel donde se hacían cosas sin más ni más. «Así que todavía hay gente que hace cosas sin más ni más», parecía decirse sin salir de su asombro. Permanecía alerta, pese a todo, y de vez en cuando se reafirmaba en una actitud severa para demostrarme que no se dejaba deslumbrar por mi fantasía. Sin embargo, era eso lo que necesitaba. Él y los demás. Fantasía. Un poco de frivolidad que hiciese descarrilar sus automatismos, una brizna de locura que diese relieve a su presunta sabiduría y una pizca de irreflexión que insuflara generosidad a sus actos. Total, que yo había hecho algo sin más ni más

y, por esa razón, iban a lapidarme. Visto con perspectiva, era un disparate. Pero en el momento de hacerlo me había parecido lo más natural del mundo.

Una mañana que el muecín aún dormitaba y yo no dormía porque ya no dormía, yo misma, con mi voz unánimemente elogiada, convoqué a los fieles de mi barrio para la oración. Esa era mi falta. Jamás se me habría ocurrido cometerla, si el destino no hubiera llamado a mi puerta. Pero lo hizo, y no me arrepiento de nada. Aislada al pie de una colina, mi casa, pese a estar muy lejos de la suya, fue la que su mujer eligió para pedir ayuda. Irrumpió en ella a la hora de la oración del alba y me suplicó que hiciera algo. Me llevó hasta su casa, donde encontré al muecín tirado en el suelo, junto a la cama. Entre las dos intentamos despertarlo, pero los litros de *arak* que se había metido en el cuerpo la noche anterior le impedían moverse. «Normalmente consigo despertarlo, pero esta mañana no se mueve», dijo. Sabía que nadie se atrevería a hacerle nada a un hombre de fe. Su venerable esposo. El inigualable muecín del barrio. A ella, en cambio, todo el mundo la desterraría de inmediato. Yo también lo sabía. Antes de salir, lo pusimos boca arriba con la esperanza de que se ahogara en su propio vómito. Mientras íbamos a avisar al imán de la mezquita más próxima, se me ocurrió una idea descabellada. Y enseguida el deseo tomó el relevo hasta convertirse en una evidencia. Así que fui corriendo hasta el alminar, abrí la puerta y subí los peldaños desiguales y tortuosos hasta arriba de todo de la torre. Me dejaba atónita, todo sea dicho, que no hubieran disuadido al muecín, enfermo de bocio y barrigón, de subir cinco veces al día desde hacía diez años, el tiempo que llevaba oficiando allí. Con su voz nasal, emitía salmodias desprovistas de gracia que nos sacaban sin ninguna consideración de nuestro único momento de paz, a las cinco de la mañana, y los fieles, haciendo un meritorio esfuerzo, se arrastraban cariacontecidos hasta su alfombra para rezar la oración diaria. Empecé así:

*Alá es el más grande,  
declaro que no hay más Dios que Alá y que  
Mahoma es su mensajero,  
venid a la oración, venid a la felicidad,  
la oración es mejor que el sueño,  
Alá es el más grande,  
No hay verdadera divinidad salvo Alá.*

La altura me daba alas y, sin pensar, me puse a enmendar aquí y allá pasajes excesivamente doctrinales para enriquecerlos con matices, misericordia y cotidianidad.

*La oración es virtuosa y el sueño recompensa a los virtuosos y a los honrados trabajadores; ambas cosas son importantes en la vida de un*

*creyente, pues Alá se congratula de ver a hombres piadosos y mujeres piadosas, pero se congratula sobre todo de ver al creyente que lleva a cabo algo, como tú, panadero, que veo que te diriges a tu establecimiento, donde amasarás el pan para alimentar a tu comunidad, o tú, hortelano, que dispones la cosecha en tu puesto para ser el primero y el mejor situado en el mercado, o tú, guardián de nuestros jardines, que los alimentas equitativamente con agua para que estén exuberantes, o tú, sí, también te veo a ti, profesor de geografía e historia, que corriges los ejercicios a la luz de un farol para que al menos los niños aprendan, pese a todo, que el mundo es vasto y cambiante, os veo a todos los que sois del mismo lugar que yo y creo que Alá siente por vosotros mucho amor, aunque os olvidéis de rezar esta mañana. Dios es grande.*

Gracias a la vista panorámica que ofrecía el alminar, vi que los hogares se iluminaban uno tras otro, como una inmensa guirnalda de Navidad parpadeante. Continué recitando el *adhan* sin preocuparme de lo demás, hasta que se invitó por iniciativa propia. El hortelano se detuvo un instante, el panadero volvió sobre sus pasos, el profesor dejó caer los ejercicios y el jardinero se equivocó y abrió el canal que no tocaba. Empujada por una suerte de levitación mística, ignoré deliberadamente los primeros signos del drama que se perfilaba. Primero se hizo el silencio, como siempre que el caos se acerca. Un silencio angustioso para quien sabe interpretar lo imperceptible. Abrieron las ventanas para asegurarse entre vecinos de que no se habían vuelto locos, y a continuación las puertas para comprobar que la tierra seguía bajo sus pies. Un rugido atroz se oyó cada vez con más claridad. Con mi voz imperfecta pero aterciopelada (así es como la describieron los días siguientes), había provocado la ira de los lugareños. Constaté, y me lo confirmaron después, que los más seducidos fueron también los primeros en fustigarme.

—¿Sabía lo que le esperaba?

—No me preocupaba por eso. Simplemente lo hice, sin más ni más. Eso le supera, ¿verdad, señor juez? Haciendo que el terror reine en nuestras vidas, usted y sus cómplices nos han vuelto locos de atar. Ahora no pueden reprocharnos que cometamos actos que desafían el entendimiento. A decir verdad, en parte fue usted quien me condujo hasta lo alto de ese alminar. Usted es mi impulso. Buenas noches, señor juez.

Empeñado todavía en hacer como si estuviéramos en un verdadero juicio, el juez insistió aquella mañana en que volviera a hablarse de mi situación general, pues, según él, no quería omitir ningún detalle de mi vida a fin de ser lo más objetivo

posible. Se documentaba en series policíacas turcas que se pasaba el día viendo entre oración y oración. Los lugareños no estaban acostumbrados a tantos remilgos, y menos conmigo. Lo que esperaban, después de todo, era matarme: apagar su sed con mi sangre, relamerse con mis lágrimas, bailar al son de mis gritos y bendecir mi último gemido. Nadie iba al juicio de una mujer ya condenada si no era por placer. Para algunos se trataba simplemente de una distracción, de un pasatiempo, tal vez incluso de una anécdota banal para divulgar camino del mercado. Pero la mayoría de ellos, los de las primeras filas, la jauría de carroñeros, los que esperaban arrojar la piedra que marcaría la diferencia, estaban allí por convicción y me odiaban por necesidad. Yo era el eje sobre el que reposaban todas sus creencias. Si yo me convertía en el bien, su mundo se derrumbaría, y con él, su destino. Era preciso conseguir a toda costa que yo encarnara el mal absoluto.

—¡Acusada, levántese!

Lo hice.

—Hábleme de su matrimonio con ese buen hombre con quien se casó y que murió el año pasado a causa de una desgraciada caída.

—No hay nada que decir de eso, señor juez.

—¡Hable! Necesito saber. Necesitamos saber quién es usted y por qué hace lo que hace.

Se enfadó, pero dio marcha atrás incluyendo a todos los presentes en su pregunta. Dejé pasar unos segundos sin saber qué decir. Me hacían una pregunta sobre algo en lo que nunca había pensado, porque nosotras, las mujeres de este país, no comentábamos ese tipo de cosas, hacíamos lo que nos decían que hiciéramos y después llorábamos en un rincón.

Tenía trece años cuando me casaron con un hombre viejo y panzudo. A decir verdad, no era tan viejo, pero tenía el rostro surcado por el viento al que se enfrentaba en los barcos pesqueros. Había sido pescador antes de convertirse en factótum. Tenía cuarenta y seis años. Casarse con él fue horrible. Eso era lo que mis detractores esperaban que respondiese, así que opté por informarles sobre otra faceta de mi matrimonio.

—Señor juez, usted fue carpintero de obra, ¿verdad? Pues intente meter un tornillo del diez en un taco del dos. Eso es lo que recuerdo de mi matrimonio con ese hombre tan bueno.

Como la mayoría de los asistentes eran idiotas, tardaron un buen rato en comprender mi metáfora, que, como era previsible, desencadenó un clamor de odio en toda la sala. Se pusieron a escupirme en masa, de modo que me apresuré a ponerme el burka, bajo el cual, por una vez, me alegraba de encontrarme. El juez aprovechó aquel revuelo para levantar la sesión y mandarlos a almorzar. Los dos guardias se comieron delante de mí la comida que me estaba destinada. Una vez más, tuve que alimentarme de poesía...



Lo más absurdo de esta historia era que todo el mundo creía que mi marido había fallecido de muerte natural, cuando en realidad había acabado yo con él a sartenazos un día que tenía una mano en el bolsillo y la otra sobre mi cara.

Había tomado la costumbre de pegarme por cualquier insignificancia cuando deambulaba por casa sin saber qué hacer, siempre al acecho de un paso en falso por mi parte para maltratarme y salir a gastarse nuestros escasos ahorros en el bar. Pero un buen día, aunque nada lo diferenciaba del anterior, respondí al sopapo con un potente sartenazo lateral que le hizo tambalearse y caer al suelo. La sorpresa, mezclada con el dolor, le impidió levantarse, lo que me permitió golpearle más fuerte aún en el otro lado. Gracias a los cientos de horas que me había pasado limpiando los cristales de mi casa, tenía el brazo tan atlético que no hubo necesidad de asestar un tercer golpe. La bofetada no había sido ni más terrible ni más injustificada que las demás, pero, no sé por qué, en el momento de recibirla decidí que sería la última.

Nada de lo sucedido a lo largo del día habría permitido presagiarlo. Aquella mañana, como muchas otras, me despertó revolcándose sobre mí; luego le preparé el desayuno, que no encontró bueno. Después, en la colada de la víspera, faltaba su camisa verde, la que, como por casualidad, había decidido ponerse. El día anterior fue la azul. En el almuerzo me acusó una vez más de querer envenenarlo.

Mientras él echaba la siesta, preparé la cena. Estaba rellenando unas samosas de queso de cabra y espinacas cuando se plantó detrás de mí y me tiró del pelo. Necesité unos segundos para reponerme y entender qué error había podido cometer. Sin dejar de zarandearme, lanzó los triangulitos de hojaldre por la cocina repitiendo que eran pecado. Yo no estaba al corriente de esa nueva prohibición, pero, al parecer, una vez cocidas las samosas, sobre su cara superior se dibujaba una forma que se asemejaba a una cruz cristiana. Una fetua lo condenaba. Sin pensar, agarré la sartén de hierro donde estaba friendo láminas de calabaza y se la volqué en la cara, golpeándolo con todas mis fuerzas. Empezó a salirle sangre de la oreja, y la nariz, frita por efecto del aceite hirviendo, se contrajo hasta adoptar el aspecto de una palomita caramelizada. En un primer momento no sentí nada. Lo miré —yacía, inmóvil, en el suelo de la cocina—, incapaz de concentrarme en lo que convenía hacer. Yo no sabía si era grave, pero era necesario. La incoherencia tiene a veces su lado bueno.

Desplacé el cuerpo hasta el recibidor, metí las samosas en el horno, calenté agua y dispuse los dulces de las grandes ocasiones en un plato. En el sofá del salón, un cráter me recordó la asiduidad con la que mi marido dormía la siesta y, cuando me hundí dentro, su corpulencia. Afortunadamente, justo en ese momento empezaba un episodio de *Fatmagül*<sup>[2]</sup>. Por una vez, no tuve que verlo preparada para levantarme en cualquier momento, temiendo que me pellizcara.

A la mañana siguiente, aprovechando esos segundos nebulosos que ponen fin a una buena noche de sueño, me tomé un poco más de tiempo para mí antes de regresar a la realidad. Cuando ya no tuve elección (eran casi las doce de la mañana), fui a ver a Dick Stone y a su ayudante, el sargento Ramirez. Un anexo de mi casa, subterráneo

y muy aislado, servía de refugio a soldados norteamericanos para fumar hachís u otras cosas. En contrapartida, ellos me dejaban utilizar su ordenador, conectado a internet gracias a una antena especial que me habían enseñado a manipular, circunstancia que yo aprovechaba durante sus ausencias. Les confesé mi crimen con la misma naturalidad que ellos hablaban de sus «extras» delante de mí, sin temer que se escandalizaran. Ellos me ayudaron a maquillar el asesinato para que pareciese un accidente, pues esa era su especialidad. Lo único que me quedaba por hacer era avisar a la policía y llorar como si aquello acabara de ocurrir. El trabajo estaba tan impecablemente ejecutado que hasta desperté su simpatía. La mezquita organizó una colecta y el barrio se deshizo en atenciones conmigo.

Por supuesto, la cosa no duró demasiado. El ciclo infernal del salvajismo reanudó su curso. Colgaron en la plaza pública, la misma que iba a acogerme a mí para lapidarme, a ocho hombres inocentes: soplones, ladrones y, entre ellos, un depravado.

—Un musulmán de mierda menos en la tierra. Además de todos los que vamos a cargarnos antes de irnos. Cuando me pregunte qué coño hacemos aquí, Dick, recuérdame eso, ¿OK?

Mientras golpeaban la frente de mi marido contra el suelo para hacer creer que se había caído del tejado de casa, los dos soldados se despacharon a gusto soltando improperios contra todos los musulmanes del mundo, cuya principal tara, según el sargento, era tener genes de musulmán. Yo sabía que Estados Unidos no seleccionaba a sus hombres entre la élite de la nación, pero de ahí a embarcarse en reflexiones científicas me parecía demasiado ambicioso. Simplemente, teníamos un interés común y, en nombre de eso, colaborábamos. Yo no me ofendía por nada y, a cambio, ellos olvidaban que era una musulmana de mierda. «Sí, pero ella es diferente, ¡ella ya habla inglés!». Hablaba inglés tan bien que anotaba todos sus «extras» en un cuaderno, con la fecha, el número de muertos y el escenario que habían montado para que aquello se clasificara en el dossier confidencial de los «daños colaterales» sin que sus superiores los molestasen. Deambulaban por nuestras callejas mugrientas, la chulería patriótica precediendo cada uno de sus pasos, capaces de lo peor y de lo mejor, con una acusada tendencia hacia lo peor. El caso es que yo les alquilaba mi sótano a cambio de unas horas de internet diarias y un poco de mi integridad. Cuando oía verdaderos horrores, me convencía de que algún día aquel cuaderno serviría para algo. El resto del tiempo me limitaba a imaginarlos al cabo de diez años. Aunque, a fin de cuentas, por qué no cinco. En cualquier caso, en un futuro próximo. A fuerza de quemar sus desechos en vertederos a cielo abierto dentro mismo de sus cuarteles, todos aquellos soldados respiraban un aire enormemente contaminado. Ignoraban las graves lesiones que muy pronto iban a padecer. Yo me consolaba con eso y, para mis adentros, apostaba a que, cuando regresara a su país, con la cabeza acorchada y el cuerpo maltrecho, el sargento Ramirez daría lo que fuera por cambiar sus genes por los de un musulmán.

En cuanto a Dick, no esperarí a la vuelta a su país para derrumbarse. Yo

presentía un fundido de plomos inminente en ese hombre frágil, atiborrado de psicotrópicos y regado con Red Bull, que se sinceraba conmigo mientras sus pantalones, sus calzoncillos y sus calcetines se secaban tendidos al sol en mi jardín. Solía orinarse encima durante las misiones y, en los últimos tiempos, también durante las rondas. Para no alarmar a sus superiores, venía a mi casa a lavarse y me hablaba de su vida de antes, «no increíble, pero, en fin, infinitamente más tranquila que ahora».

Un día lo regañé por haber fanfarroneado delante de sus compañeros soldados. En aquella época, yo iba a limpiar por horas a su cuartel y Dick, empujado por la estupidez que una reunión de capullos puede revelar, hizo un comentario sexista sobre mí. No volvió a hacer otro. A partir de entonces, confraternizamos por razones a duras penas diferentes: yo, para disfrutar de mayor bienestar, y él, a cambio de consuelo. Dick era el prototipo del soldado que, si no regresaba a su casa triplemente amputado o en un ataúd, acabaría saltándole la tapa de los sesos a un inocente en Wal-Mart o en un Taco Bell. Hablaba con vaguedad sobre su vida privada, dejando planear la oscuridad sobre sus inclinaciones, pero con una constante en el discurso: las mujeres norteamericanas eran unas zorras que querían la igualdad pero sin pagar su parte en los restaurantes. Dick prefería a las mujeres de aquí, discretas y humildes, buenas madres y esposas fieles, me dijo, pensando equivocadamente que me hacía un cumplido.

—Sí, y como aquí no hay restaurantes —le repliqué—, no corre ningún riesgo...

A las dos de la tarde, el juicio se reanudó. El abogado de la acusación comenzó así:

—Su voz nos turbó, señor juez, puso la mira en nuestro corazón, provocó a nuestra alma y distrajo a los fieles de sus oraciones. Está prohibido que una mujer levante la voz y ella lo sabe, ¡eso puede suscitar deseo en el hombre! Esta mujer pérfida acumula demasiados pecados para implorar su clemencia. Nunca lleva el velo correctamente, lo cual distrae a los hombres en la calle; sale de casa sin pedir permiso a su vecino más cercano, nuestro venerable mucicín; se pintó las uñas de un color nacarado, lo cual atrajo la mirada del cartero cuando le entregó el correo; lleva una tobillera que suena cuando camina, lo cual excita a los transeúntes, y sobre todo, señor juez, cuando se dirige a nosotros nos desafía con la mirada para seducirnos. Esta mujer encarna el mal, y para acabar con el mal, ¡hay que matar la fuente!

El juez me preguntó si tenía algo que responder. Y, en esta ocasión, sí, tenía algo que decir.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, su señoría, hay que matar la fuente del mal. Por lo tanto, si a mi vez yo acumulo todas las prohibiciones que una mujer arrastra consigo a causa de lo que eso provoca debajo de los calzoncillos de los hombres, pues sí, ¡hay que matar la fuente del mal! Más aún, la fuente debe ser masacrada. Guillotinada. Diezmada. Despedazada. Machacada. Triturada. Rebanada.

Exterminada.

Los muy lerdos tardaron unos segundos en identificar la fuente de la que hablaba; luego, con un mismo movimiento, probablemente inconsciente, cruzaron las piernas uno tras otro para proteger su muy controvertido pene. Ante el estupor general, el juez me envió de nuevo a la celda, escoltada por los dos guardias. Mientras salía de la sala de audiencias, vi teléfonos móviles grabando el morboso espectáculo de mis últimas horas. Me pareció increíble, pero, como ahora todos lo graban todo, no le di mayor importancia.

El juez volvió a visitarme esa noche. Era la quinta vez en una semana. Discurseó solo, mientras que yo asentía cuando el tono de su voz me llamaba a hacerlo. Se enfureció porque no protestaba bastante, me reprochó que no lo escuchara, que no fuese sincera con él como él lo era conmigo, que hiciera trampas, que hubiera dejado de creer en él, que lo despojara de su instinto, fuera de sí además porque esa noche permanecía callada. Yo quería que hablara él, que se destapara, que me dijera por qué venía casi todas las noches cuando supuestamente debía odiarme y acelerar mi muerte. No tenía nada que hacer allí, era un integrista. Un hombre como él no se prestaba a ayudar a una mujer como yo. A cambio de unas monedas, los dos bribones cerraban el pico. Nadie sospechaba que el respetabilísimo juez Hasan hacía horas extraordinarias junto a mi cabecera. Sus intenciones no estaban claras. ¿Venía para consolarme, para hacerme entrar en razón, o bien buscaba de verdad una solución para que me librara de la muerte, como afirmaba?

—Esto no tiene solución, señor juez. Yo sé reconocer cuándo el destino se rinde.

Se detuvo, se quedó inmóvil unos instantes y volvió a acercarse a mí con paso lento y torpe. Se sentó como un buen alumno en el taburete, agarrándose las piernas y con cara de impaciencia. Me coloqué frente a él, con la cabeza apoyada entre dos barrotes, para darle lo que en el fondo había venido a buscar: una adversaria. Siguió una confrontación salpicada de críticas y provocaciones como las que a él le gustaban y yo sabía alimentar.

Batallamos hasta muy tarde. La discusión iba mucho más allá del juicio, ya que él me preguntaba también mi opinión sobre ciertas cosas de la vida. Cada vez más consciente de su dependencia de mí, me permitía maltratarlo porque, al fin y al cabo, venía para eso. Los dos sabíamos que al día siguiente estaría allí para su cháchara nocturna. Así que anticipé su próxima visita vespertina y le dije en un tono meloso: «Hasta mañana por la noche, señor juez».

Ese descaro fue demasiado. Me agarró de la muñeca y apretó con todas sus fuerzas hasta el punto de hacerme caer de rodillas. Aquello socavó esos aires de seguridad en los que me gustaba envolverme cuando me visitaba. Así empezábamos de nuevo, creía él, sobre una base equilibrada.

Y luego, medio dormida en el camastro, rumiando sobre los acontecimientos

recientes, tuve una revelación. Repasé mentalmente la película de los últimos días, rememoré sus visitas nocturnas y sus preguntas, muchas de ellas sin relación con el juicio, su complacencia incluso cuando increpaba a la sala. Recordé cómo su semblante revivía cuando los argumentos de mi defensa indignaban a los asistentes. Desenredé el ovillo y me di cuenta de que el juez no era sino una pálida copia del rey Shahriar haciendo lo que en términos jurídicos recibía el nombre de estrategia dilatoria. Estábamos reinterpretando *Las mil y una noches*. Menos impresionante que el sultán con su traje (solo los bordados en el cuello y las mangas conferían a su capa ajada un resto de esplendor) y sin duda más perverso, el juez venía en secreto para que su condenada lo vapuleara, para buscar una excusa. Cualquiera. Con tal de que el juicio se alargara. Con tal de que el enfrentamiento se eternizara. Yo no era tan deslumbrante como Scheherezade, desde luego, pero ella y yo compartíamos algo sagrado para una mujer atrapada: el control de la lengua. La que dice, irrita, sonsaca, provoca, lame, narra, halaga, suplica, engaña, adorna, transgrede y después se retracta y luego transgrede de nuevo sin retractarse. A decir verdad, habría preferido tener el poder de los hombres y manejar las palabras como una tartamuda, pero, después de cientos de revoluciones, el orden no se había invertido: una mujer era inteligente, un hombre era poderoso.

Conforme pasaban los días, cada vez veía más teléfonos móviles en la sala. Yo aún no lo sabía, pero en Estados Unidos me había convertido en un auténtico icono. No sé por qué razón, un chico había colgado, desde un sórdido cibercafé de la calle principal, un vídeo en el que aparecía yo. En ese lugar, todos los ordenadores estaban colocados en círculo, de manera que ninguna pantalla era visible para el vecino. Puesto que, aun así, no podían masturbarse allí mismo por 15 céntimos el minuto, chavales detestables filmaban con sus teléfonos vídeos abyectos que después visionaban a resguardo, y aquellos con más suerte, bajo las sábanas. Mi país alcanzaba el mayor flujo de visitas a las páginas pornográficas, junto con su vecino y no muy por encima, todo sea dicho, de la media mundial.

En una ocasión vi una de esas películas en el cuarto subterráneo que les cedía a Dick y sus compinches. Un día que estaba sola navegando por la red, fui a dar con una película pornográfica en la que una mujer gritaba: «¡No, no!», a lo que cuatro hombres, alrededor de ella, replicaban: «¡Pues claro que sí!». La mujer repetía, suplicante: «¡No, no!», y los hombres decían: «¿Oyes a esa zorra decir que sí?». Al principio pensé que había un problema de doblaje, pero las escenas siguientes me orientaron más bien hacia un problema de lengua: al parecer, un «no» significaba «sí» en ese tipo de películas. Los cuatro hombres, que, por una vez, habrían podido comparar su sexo con una berenjena, se desfogaban con la chica como para profanarla. Se incitaban unos a otros, cómplices y asociados en el castigo que le infligían. Al final parecía una mujer distinta de la del principio. Sudorosa, chorreante

y despeinada, recibía en plena cara litros de esperma, que ellos extendían como perros para delimitar su territorio y afirmar su omnipotencia. Aquellos hombres me recordaban, en más sonoro, a mi antiguo marido, que se felicitaba justo después de haber terminado de hacerlo conmigo. Lo oía rendirse pleitesía, con los ojos todavía cerrados, por su potencia. Se congratulaba también por la calidad de su semen, con el que, mascullaba, estaba convencido de que podía repoblar la tierra entera. Volvíamos incansablemente a la obsesión del territorio. De la huella. Del dominio. En muchos países, nacer mujer era ya una provocación en sí, pero en esa película era claramente una agresión. La actriz, salvaje, afirmaba querer más lamiéndose la barbilla y los pechos antes de recibir un último bofetón atronador. Salí de la habitación asqueada. No obstante, tenía curiosidad por saber si ese vídeo estaba en el ordenador por error o si Dick y sus amigos lo veían por placer. No tuve que esperar mucho tiempo la respuesta, ya que una noche, alertada por un alboroto inusual, los sorprendí viéndola y pelándosela al mismo tiempo.

¿Qué había detrás de esa violencia que ellos solían llamar «fantasía» o «delirio entre amigos»? Una traición, tal vez. Como un eco de la que se producía en la adolescencia, cuando el chaval perdía fe en su madre porque experimentaba con las chicas, potencialmente futuras madres, cosas inconfesables. ¿Podía ser todo eso la consecuencia de una simple desilusión? ¿La de unos pobres niños que se negaban a creer que sus adoradas mamás hubieran podido «retozar» antes de concebir? ¿O, peor aún, mientras concebían? ¿Acaso los hombres no podían hacerse a la idea de que quizá eran más el fruto de un coito en la posición del perrito que a través de una sábana con un agujero? ¿Era eso, entonces, lo que se les reprochaba a las mujeres? ¿Ser mujeres? ¿De la cabeza a los pies?

Pese a su rango, el juez tuvo que aumentar la propina que les daba con disimulo todas las noches a los dos guardias. Como su presencia no tenía ya nada de ocasional, procuraba no comprometerse a lo tonto. Aquella noche me echó una buena bronca porque lo recibí con el velo mal puesto, como las mujeres provocativas que dejan sobresalir un mechón de pelo. Un mechón que acompaña con naturalidad el óvalo del rostro, que caracolea cuando una mueve la cabeza, que, enrollado alrededor de un dedo, permite disimular, que a veces se pega a las comisuras húmedas de los labios, que se escapa una y otra vez de detrás de la oreja y que anuncia hábilmente cientos de mechones más. Yo no era una mujer muy guapa según los criterios de belleza de los hombres de mi país. Tenía un rostro demasiado expresivo para aquellos a los que no les gusta leer, unos ojos demasiado habladores para esos mismos que no quieren escuchar, una nariz aguileña semejante a la de un halcón salvaje y unos labios tremendamente carnosos que nunca permanecían cerrados demasiado tiempo. En cambio, para unos turistas de paso, yo era un modelo ideal. En mi rostro, ningún reclamo. Ni dulzura ni armonía. Magnético, expresivo. Era perfecto para sus

objetivos sofisticados, pues no había que fingir ni imitar nada. Tampoco nada que retocar. Yo era lo que se llama una belleza trágica de mirada intensa. Alguien me dijo eso en una ocasión. Un inglés, creo.

—¡Acusada, levántese!

Obedecí. El fiscal mostró un retrato de manera que toda la sala pudiese verlo. Era yo, claro. Debía de tener catorce años en esa foto. Me acordé inmediatamente de aquel día. Era la víspera de la cosecha. Acababa de practicar incisiones en las cápsulas de adormidera para que mi marido recogiera la savia al día siguiente. En el camino de regreso, me encontré con un aventurero inglés que llevaba una cámara de fotos. Vestía un chaleco y unos pantalones de lona color caqui con miles de bolsillos. Me preguntó el camino que debía tomar, pero no solo eso. El aire opiáceo del valle había rebajado enormemente mi nivel de vigilancia, ya que enseguida me encontré de cháchara con un extranjero cuando era algo que estaba prohibido. «Soy fotógrafo, me encanta tu cultura, tu país, sus paisajes atormentados de estepas y arena, esta tierra de promesas que no consigue cumplirlas, me adhiero de todo corazón al dolor de las mujeres y los hombres perseguidos de tu país y quiero mostrarlo, pero no con violencia, sino con rostros, para que el mundo entero sepa lo que está dejando hacer... Simplemente con la fuerza de vuestros rostros. ¿Aceptarías, bella niña, que tome una foto del tuyo?».

Demasiadas palabras, demasiadas penas, demasiadas emociones. Negocié sin demora una sonrisa a cambio de unas monedas y todo lo que llevaba para leer en su gran mochila. Me regaló dos libros, uno de Victor Hugo y otro de Edgar Allan Poe, una revista de fotografía y el manual de instrucciones de la cámara de fotos. Me quité el velo y, sin saberlo, empecé a posar para la posteridad. No hice nada aparte de imaginar todo lo que podía haber en su chaleco y sus pantalones. ¿Para qué demonios podía servir un bolsillo más pequeño que un paquete de tabaco? Se extasió ante mi retrato, chapurreó unas cuantas palabras agradables más, las completó con un billete arrugado y me dio calurosamente las gracias dudando si estrecharme o no la mano, pero yo me apresuré a meterla en el bolsillo para evitar el incidente. Él se fue por un lado y yo por el otro.

El fiscal me pidió que identificara a la persona de la fotografía.

—Soy yo.

—¿Puede explicarnos por qué posó para un extranjero sin velo, con el rostro descubierto?

—Simplemente lo hice, sin más ni más.

—¿Ha dicho sin más ni más?

—Sí, sin más ni más, pero usted no puede entenderlo —respondí, lanzándole una mirada de complicidad al juez.

El fiscal solicitó un centenar de latigazos por esa imagen. Yo ignoraba por

completo que ese retrato siguiera existiendo, y sobre todo que fuera famoso en todo el mundo. El fiscal le recordó al juez que yo tenía catorce años en aquella época, que era una mujer casada y que me había quitado el burka delante de un extranjero. Como si eso no fuera suficiente para aquel día, añadió que llevaba el velo como una zorra, con un mechón de pelo sobresaliendo de él. El juez me pidió que me lo pusiese como era debido.

—¿Por qué hace eso? —me preguntó el juez.

—¿Por qué hago qué?

—¿Por qué no lleva nunca el velo como es debido?

—Porque soy una optimista irredenta, señor juez. Y, al contrario de las que lo llevan correctamente, yo no he abdicado.

—No comprendo, ¿abdicar de qué?

—Todavía confío en ustedes, señores. Sigo alimentando la esperanza de que algún día cercano logren superarse y contemplarnos de arriba abajo sin tener una erección.

El juez recuperó el dominio de sí mismo en el preciso momento en que reprimía una carcajada. Tomó conciencia de la gravedad de su acto y gritó como un perro rabioso para crear confusión y que los presentes olvidaran su patinazo sonoro. Se abalanzaron sobre mi jaula y me echaron salivazos, escupitajos y gargajos sin que en esta ocasión pudiera esquivarlos. El juez ordenó que me administraran inmediatamente treinta y siete latigazos en la plaza pública. De ese modo se aseguró de que olvidaran por completo que se había reído. Los mulás se apresuraron a atar la cuerda a la única rama bastante robusta para aguantar un cuerpo desplomándose treinta y siete veces seguidas. Me pidieron que me desnudase bajo el burka para que nada se interpusiera al dolor. Así lo hice, llorando y delante de todo el mundo. No obstante, en el camino de la sala de audiencias a la fuente, me había jurado que no dejaría escapar un solo gemido. Hinchida de orgullo y convencida de que el bien estaba de mi parte, me prometí no flaquear. Era absolutamente preciso que yo ganara allí donde ellos habían perdido todo sentido moral. Era absolutamente preciso que yo fuera su fracaso.

Me ataron con fuerza las manos. El trenzado de la cuerda me cortó las muñecas. Me concentré para no gritar después del primer latigazo. Estaba segura de que, una vez evaluado el dolor, lograría controlarlo. Hacerlo entrar en razón. Que no se desencadenara hasta que estuviese en mi celda, a salvo de sus miradas escudriñadoras. Para atizar la agitación de la multitud, los dos guardias hicieron restallar varias veces el látigo contra la gravilla, recitando fragmentos de versículos en los que el Más Grande seguía siendo una vez más el invitado de honor. Le pasaban el látigo a Él para lavarse ellos las manos. Ese pensamiento reforzó mi deseo de no concederles nada, ni una lágrima ni un gemido. El primer latigazo me lo dieron en la cintura. Me desgarró la carne con un corte limpio. El dolor no creyó en mí. Grité con todas mis fuerzas e imploré con toda mi alma. Me lo hice encima. Pedí perdón. A



todo el mundo. Mi sufrimiento tenía principio, pero no fin. La heroína que había esperado ser aquel día se transformó en un lamentable pingajo colgado de una cuerda. Mi orina oscureció el burka y antes del cuarto latigazo oí a algunos reírse de eso. Hacia el undécimo, dejé de contar, incapaz de recordar lo que seguía después. Me habría gustado que el 37 viniera después del 11, pero sabía que no era así; a fin de cuentas, había ido al colegio. Habría preferido ignorarlo.

Al cabo de muy poco, ya no salía ningún sonido de mi boca. Aquello no tenía nada de heroico. Entre muerta y desvanecida, supliqué a Dios que dejaran de azotar sobre las mismas heridas abotargadas y a punto de explotar. Me encomendé cobardemente a Él invocando Su clemencia o, mejor, una intervención divina. Por un momento creí que mi espalda iba a desprenderse de mí y caer a trozos a mis pies. Mi carne se había convertido en una especie de hamburguesa que se desmenuzaba azote tras azote. De pronto me asaltó el pánico: ¿y si, como era muy probable, los dos canallas que me azotaban no sabían contar? ¿Y si, además de ser un bárbaro, el juez me había endilgado a dos ignorantes sanguinarios que confundían el 37 con el 89? O, peor aún, con el 208. Iba a ser despedazada por culpa de dos nulidades en matemáticas y entre la multitud no había nadie capaz de corregirlos. No guardé recuerdo del último azote porque era igual que todos los demás. Pero cuando recobré el conocimiento en mi celda, deduje que habían llegado a 37. O a 89. O a 208.

—¿Cómo se encuentra, Bilqiss?

—Me duele mucho —dije.

Ya no había lugar entre nosotros para las frases ingeniosas. Mis heridas, pues eran múltiples, habían borrado el menor rastro de cinismo en mí. El orgullo y la arrogancia de los que abusaba con el juez se habían volatilizado. Frente a un látigo no se peroraba. Era el látigo el que imponía su tono. Yo ya no era la avispada Bilqiss, sino una patética presa que olía a orina.

—No tenía otra opción.

—Lo sé.

—¿Me oyó reírme cuando le contestó al fiscal?

—Desde luego.

—No puedo reírme, lo entiende, ¿verdad? No puedo reírme cuando dice cosas como esa, si no, será a mí a quien maten.

—Lo entiendo.

—Aquí puedo reírme. Pero allí no. Es allí donde usted es peligrosa. Con usted pierdo las referencias.

—Perdón.

—De todas formas, no debería reírme ni siquiera aquí. No puede usted decir que el velo está mal.

—De acuerdo.

—Son cosas que no deben cuestionarse nunca. El velo es la protección de la mujer.

—Sí —admití.

Dejó en el suelo un tubo de crema; por supuesto, él no podía aplicarla sobre mi espalda incandescente. Así que embadurné un cuadrado de suelo, después, sufriendo lo indecible, arranqué los trozos de burka que se habían secado sobre las heridas y me tumbé encima procurando cubrir toda la superficie.

Cuando los guardias vinieron a buscarme a la mañana siguiente, me encontraron tendida en el suelo, soñolienta, con los ojos hundidos a causa del dolor. Sin contemplaciones, me levantaron. Las heridas se abrieron una tras otra. Caí a sus pies, implorando una compasión que no me concedieron. Se vengaron por todas las veces que yo les había dado arrogantemente esa espalda que ahora ya no tenía nada de insultante. Ese día, el juez mandó suspender la audiencia. Creo que no quería que me vieran así.

Por la tarde, vino a visitarme. Había escondido comida y una crema con cortisona bajo su gruesa capa. Me pareció, cuando lo vi a través de los ojos entornados, que le afectaba verme humillada. Le gustaba endemoniada e impetuosa. Doliente y modesta, era como todas las demás. Cuando abrí los ojos, me tendió un bollo de anís y me lo llevé inmediatamente a la boca. Dejé que se impregnara de saliva para no tener que masticar. Al masticar me dolía la espalda. El menor movimiento despertaba las heridas. Pero tenía hambre. Un hambre atroz. Entonces lo troceó, acercó uno a uno los pedazos a mis labios y, con un gesto tímido, me los introdujo en la boca. Al hacerlo, me rozaba la cara y el pelo, cuyos bucles ondeaban a merced de sus caricias. Con los ojos entreabiertos, no se me escapaba ni un detalle del arrobamiento que le iluminaba la cara.

—¿Puede ponerme crema? —le pedí.

—¿Perdón? —dijo, a punto de atragantarse mientras se esforzaba en adoptar una expresión severa.

—Me duele mucho, y yo no llego. ¿Tendría la bondad de pensar por una vez en términos médicos y no sexuales?

—Veo que está recuperándose.

—Póngame crema en la espalda, por favor.

—¡No, no puedo! Sería un pecado imperdonable —dijo.

—Muy bien. Pues continúe alimentándose, rozándose los labios, acariciándose el pelo y aspirando el aliento que exhala mi boca, señor juez, continúe no pecando...

Se levantó y se fue. Estoy casi segura de que huyó. El bollo y las aceitunas aliñadas con pimentón se desperdigaron por el suelo. Cogí las que estaban al alcance de mi mano y volví a dormirme, porque las demás estaban demasiado lejos.

El juez siguió aplazando la fecha de la lapidación con el pretexto de que había irregularidades administrativas. Además, recibió la visita de una mujer norteamericana que solicitaba entrevistarse conmigo. Se llamaba Leandra Hersham y

deseaba verme.

## 2

Por primera vez desde que visitaba a Bilqiss, uno de los guardias se permitió hacerme una pregunta cuando salí de su celda. Al principio creí que había oído mal, pero después me di cuenta de que, en efecto, se dirigía a mí. Después de mil cumplidos que sonaban obsequiosos, pasó a hacerme la pregunta que no debería haberme hecho, y yo, con un sonoro revés de la mano, le cerré la boca, que no volvió a abrir sino para disculparse cobardemente. No hizo falta que lo pusiera bajo custodia, pues esa misma noche fue encerrado en la prisión de una provincia vecina y sustituido por otro rufián.

Al llegar a casa, mi joven esposa me había preparado una copiosa cena a base de *bolanis* con puerro, *qabili palau* y succulentos *farni*<sup>[3]</sup>. La comida estaba cubierta con una gruesa tela bordada que conservaba el calor. Ni siquiera las peores dificultades me habían quitado nunca el apetito. Me gustaban también los platos indios. Había cometido la torpeza de regalarle a Seniz un libro de cocina india, sin tener en cuenta que no sabía leer. Así que me dedicaba a leerle las recetas y ella las ilustraba en una libreta dibujando un cordero, curri y otras especias. Por lo demás, en esos ratos era cuando ella y yo compartíamos más cosas. Aquello nos permitía hablar, descubrirnos un poco, sincerarnos también, y si llegábamos a sobrepasar los límites del decoro, volver a la receta era un recurso muy cómodo para replegarse.

Me senté en mi alfombra, con la espalda apoyada en un cojín y las piernas cruzadas, delante de una mesa baja perfectamente adecuada para esa postura e iluminada por una ridícula lámpara de estilo victoriano que ella había comprado en el mercado. Encendí el televisor y no me sorprendió en absoluto que saliera un gran muftí predicando. Recité a media voz una oración y pulsé insistentemente el botón del mando a distancia en dirección a la parabólica para captar las cadenas de fuera. Y fuera era un festival. Había concursos de talentos en los que la gente cantaba y luego se echaba a llorar de alegría, juegos de reglas alambicadas gracias a los cuales los participantes ganaban mucho dinero y se ponían a dar gritos de contento, programas en los que espléndidas mujeres bailaban levantando una pierna cada vez más alto y animados debates en los que era más importante vibrar que pensar. Fueran polacos, italianos, ingleses, libaneses, españoles, turcos o franceses, me divertía viéndolos. En una ocasión, Bilqiss me dijo que nuestras vidas pecaban de una cruel falta de fantasía. Yo protesté, pero tenía razón. Me gustaba reír con cosas fáciles, liberarme de las imposiciones, zafarme de una existencia atribulada y, lo confieso, pensar menos en Dios. Pensar menos en Él para amarlo mejor. Eso me recordaba los años felices en los que era carpintero de obra, cuando, durante días enteros, no pensaba en otra cosa que no fuese perfeccionar el trabajo que tenía entre manos. Despreocupado, con la mente no se sabe dónde y el cuerpo exhausto, no tenía ni tiempo ni energías para rezar, y aquello, si mis recuerdos se ajustaban a la realidad, no parecía contrariar a Dios. Acongojado, me acordaba de las melodías que mi amigo Hosmi canturreaba a horcajadas sobre una viga. De ese modo, Fairuz, Umm Kalzum y Abdel Halim Hafez

nos acompañaban desde el suelo hasta el techo, consolando nuestras almas cuando estaban atormentadas o deleitándolas si se hallaban en paz. Pero luego tuvo que cantar más fuerte para cubrir el rumor. El que enardeció nuestras conversaciones. El que hizo temblar los edificios. La guerra. Fairuz, decía él, era la única que podía salvar a nuestro país del caos. Sin embargo, los fundamentalistas la hicieron callar quemando la única tienda de discos y casetes del pueblo. Recuerdo aquellos años como los más hermosos de mi vida. Y pienso en aquel amigo con emoción, pues desde entonces ya no canturrea, y en parte es por mi culpa.

Fue también la época en que me enamoré. Al principio, de unos ademanes. De un porte. De un aura que emanaba de aquella mujer tapada cuyos pies estaban adornados con un pequeño anillo de oro rosa y una pulsera. Tuve que conformarme con eso y construir el resto a partir de ahí. La aceché, la imaginé y un buen día la seguí. Era maestra. Así que jamás mostraría interés por un carpintero de obra. La guerra que enfrentaba la cabeza a las manos era tenaz. Me informé sobre ella a través de la vía habitual: las casamenteras y los hombres de fe. Me desaconsejaron vivamente que me interesara por ella, pues, afirmaban, «es díscola y los libros le dan alas... Necesita un hombre que le impida desplegarlas, ¡un hombre firme y, desde luego, que no esté enamorado!». Esa fue su conclusión. Me mandaron de vuelta con mis taladros y mis cepillos, burlándose de mis sentimientos y aconsejándome que mirara la base de la pirámide, entre las manuales. Pero yo no renuncié. Incluso me arriesgué a sobornar a un niño camino del colegio para que me describiera a su maestra. A cambio de una moneda, obtuve por boca del niño un retrato muy personal: «Mi maestra tiene cara de cierva, los ojos melosos y las manos como plumas. Ah, sí, y además, cuando se enfada, se le marca una vena en la frente. La llamamos el volcán». Curiosamente, esa descripción atizó mi deseo. Estaba pendiente de sus idas y venidas, apostado detrás de un parapeto, con Hosmi a mi espalda aguantándose la risa como un crío y canturreando: «Tus ojos son el verano y mis ojos son el invierno, nuestro reencuentro, oh amor mío, está allende las estaciones». A la salida de las clases, fuese verano o invierno, allí estábamos, Hosmi para apoyarme y yo para enamorarme. Estábamos allí hasta la siguiente vez, aquella en la que, lo juraba, iría a declararme. Solo que esperé más de la cuenta. Aquel día, un compañero nos denunció a la policía de los vicios y la virtud. En el transcurso de una comida en la obra, nos habíamos hecho algunas confidencias, pero, al parecer, entretanto uno de nosotros se había radicalizado: yo confesé no respetar todas las oraciones diarias y Hosmi contó que bebía agua con azúcar durante el ramadán. Coincidimos en que Alá no era sino compasión y que jamás podría reprocharnos que fuéramos más razonables que obedientes. Mazen protestaba enérgicamente, arguyendo que «ser razonable es subjetivo, mientras que ser obediente es objetivo, ahí no cabe la tergiversación, ¡es más sencillo!».

—¿Sencillo? ¿Es eso, entonces, lo que buscamos ahora? ¿La sencillez? ¿No sería más saludable reflexionar y ponerse de acuerdo para encontrar una manera de ser que

convenga a todos? —preguntó Hosmi.

—Obedecer no tiene nada de degradante.

—Obedecer es para los holgazanes, los claudicantes, los cobardes.

Éramos jóvenes, nos gustaba debatir, exaltarnos, reconciliarnos. Podíamos sincerarnos los unos con los otros, expresar nuestros pesares y nuestras esperanzas, nosotros que, en la inmensa mayoría, habíamos sido separados de nuestras familias para que estudiáramos en madrasas y aprendiéramos a leer de derecha a izquierda balanceándonos de delante atrás y así, forzosamente, mezclarlo todo.

Pero la atmósfera, del suelo al techo, se tensó, la voz de Hosmi se atenuó y la de Mazen se reforzó. Energúmenos de la peor calaña invadieron nuestras calles, apaleando al que llevaba la barba corta y molestando a la que vestía ropa vistosa. Una mañana nos vinieron a buscar a nosotros. A Hosmi y a mí. Una horda de sinvergüenzas desdentados nos sacudieron y después nos dejaron en manos de unos policías en un local insalubre donde, al amanecer, admitimos que no siempre rezábamos y que bebíamos un poquito durante el ramadán. Unos días más tarde, cuando se me deshincharon los párpados, reconocí a mi carcelero: era un antiguo compañero de la madrasa. Juntos habíamos aprendido a recitar perfectamente el Corán. Yo podía reproducirlo en todos los sentidos y a partir de cualquier línea, pero no sé si he llegado a entender lo que tenía que decirme. Por suerte (aunque hoy ya no estoy seguro de eso), ese antiguo compañero abogó por mí ante sus superiores, asegurando que había sido un alumno modelo. «El más apto», aseguró... Hosmi no gozó de los mismos favores, mientras que yo me convertí rápidamente en un chivato y más adelante en un predicador reputado. «El más apto», decía la gente.

Destaqué en mi nuevo trabajo. La rigidez con la que me habían educado volvió a convertirse en un automatismo. A todo lo demás, incluido Hosmi, le di la espalda por siempre jamás para mirar en una sola dirección, la de La Meca. Mi campo de visión se estrechó. No mis ambiciones. Para ascender en la jerarquía, era preciso casarse. Mis nuevas funciones de director de las madrasas de todas las provincias del norte me permitieron elegir más o menos la esposa que quería. Me informé sobre la mujer de los pies divinos y los ojos melosos. Se llamaba Nafisa. Me casé con ella. Tuvimos hijos enseguida. Uno de ellos, varón. Dios era grande. Mi amor por ella también. Del suyo nunca se habló, y era preferible así. La respuesta me habría anonadado.

Nafisa no era una mujer cómoda. A veces lamentaba haberme empecinado. Me lo habían advertido. Había subestimado la metáfora del escolar, aquella en la que la comparaba con un volcán en ebullición. Una noche, inconsolable tras el incendio de los archivos de su colegio, lo que se abalanzó sobre mí fue un volcán en erupción.

—No tenía elección, Nafisa, había fotos inapropiadas en los archivadores, imágenes *haram*<sup>[4]</sup>, cuadros, retratos de hombres y mujeres de costumbres decadentes. ¡Eso es intolerable!

—¡Eso se llama historia, Hasan, historia! —replicó ella, desbocada—. Del arte, del mundo, de las civilizaciones, de los pueblos. La historia, la de la humanidad, la

que tú pisoteas porque no quiere saber nada de ti. ¡Sois una vergüenza para la historia y la historia os lo hará pagar!

Añadió que íbamos a perecer todos porque Dios estaba enfurecido y hacíamos oídos sordos. Que, a fuerza de salmodiar demasiado fuerte, cubríamos Su voz. Arremetió contra mí como una furia. Al verla como poseída, la abofeteé para que se moderase. Además, no me gustaba verla llorar.

—¿Nunca asumes tus actos, Hasan? ¿Acaso tomas a Dios por idiota? ¿Pensáis que podéis pegársela, pandilla de santurrones? ¿Crees que no vio que te aprovechabas de tu nueva posición para imponerle a una mujer un matrimonio que no quería? Si yo lo vi, es que Él lo vio. Aquí todo está podrido. Todo. No hay nada bueno, empezando por el poder establecido y acabando por el estanque de este jardín. Así que déjame llorar, Hasan, estas lágrimas son la única agua potable que me queda.

Nafisa se atrincheró en su mundo. Permaneció muda como una estatua días enteros. Las mujeres son imbatibles en ese juego. Tienen una mente de campeonas. Transforman el silencio en una estruendosa fanfarria que te impide vivir y en el corazón de la cual el menor suspiro retumba como un tambor. Así que, cuando aquel día llegué a casa y no la oí, no me extrañó. Fui a ponerme la *gandura*, a lavarme las manos, a besar en la frente a mis hijos, dormidos ya, y bajé al salón. Como todas las noches desde el día que discutimos, estaría adormilada en un rincón, sobre un colchón improvisado, dado que no quería seguir durmiendo a mi lado. Yo le había propuesto dejarle la cama, pero ni siquiera me escuchó. Procuré entrar con paso resuelto y no me sorprendió encontrarla tumbada sobre una alfombra que cubría un fino colchón, con un libro abierto a su lado en medio de un charco de sangre. Su sangre. El volcán había entrado en erupción.

Llamé a Qasim, mi factótum, para que viniera urgentemente. Se presentó con su mujer, Bilqiss, quien, según él, tenía nociones de primeros auxilios. Trasladamos a mi esposa a la gran ciudad, a un centenar de kilómetros del pueblo. Nafisa estaba consciente, apretaba la mano de Bilqiss, que en otros tiempos había sido alumna suya. Una alumna aplicada. Capaz. Curiosa. Espiritual. «Distinta», añadió, puesto que se trataba de hacerla hablar todo lo posible.

Faltaban aún unos diez kilómetros para llegar al hospital. Las carrocerías calcinadas que sembraban la carretera polvorienta anunciaban la gran ciudad. Las murallas acribilladas de impactos de bala, también. Nos encontrábamos con camiones repletos de hombres enturbantados que se iban y con otros que regresaban. Tocaban el claxon y nos deslumbraban con los faros. No circulábamos lo bastante deprisa. Sin embargo, sus cacharros desvencijados avanzaban únicamente gracias a la voluntad de Dios. Qasim conservó la calma y cambió el retrovisor de dirección. Ya no prestábamos atención a aquellos conductores enloquecidos.

—Me duele. ¿Hemos llegado? —murmuró Nafisa.

—Llegaremos enseguida, *insha'Allah* —respondí.

—¡Alá quiere, Hasan! ¡Alá quiere...!

Pese a estar sin aliento, no había perdido ni un ápice de su sagacidad, y aquello parecía alegrar a Bilqiss, que sonreía de buen grado al reconocer un poco a su adorada maestra.

—Hasan, ¿cuántas mezquitas hay en el pueblo? —añadió mi esposa con la voz trémula.

—Veintidós —contesté con orgullo, feliz de que recobrar el sentido.

—O sea, hay veintidós mezquitas y ni un solo hospital... ¿Te parece normal?

—¡Nafisa, para!

—Esa es la razón por la que todos vosotros acabaréis ardiendo en el infierno.

—¡Nafisa!

—Aduláis a Alá, pero no lo honráis jamás.

Nafisa no murió. La hospitalizaron en la gran ciudad. Bilqiss se quedó con ella. Qasim y yo íbamos y veníamos. A la gente del pueblo le dije casi la verdad. «Nafisa se hirió cortando una pierna de cordero, el cuchillo resbaló sobre el hueso, con tan mala suerte que se le clavó en el vientre. Pero se está recuperando en el hospital y estará de vuelta con nosotros dentro de unos días, si Dios quiere». Dios lo quiso, ya que ella regresó a casa una semana más tarde. Agradecí con un abultado sobre a mi chófer y a su mujer, Bilqiss, la eficiencia y la discreción que habían demostrado. Nafisa volvió enseguida a su alfombra, estrechó a nuestros hijos contra su débil corazón y, desde aquel día, se ahoga en un mar constante de lágrimas frías mientras repite machaconamente a media voz: «Qué desastre, Dios mío, qué desastre...».

La locura se adueñó de ella el día que se dispuso a salir de casa sin velo y con los brazos al aire. La retuve por los pelos, mirándola atónito, y le impedí como pude cruzar la puerta para ir no sé adónde. Para que recuperase el sentido común, la zarandé sin miramientos mientras ella repetía:

—¡Hace demasiado calor para taparse! ¡Dios es justo, no puede imponernos esto! ¡La temperatura es la misma para todo el mundo, así que, si tú tienes calor en mangas de camisa, imagínate cómo me siento yo bajo el burka, pedazo de idiota!

—Hacemos esto para proteger a las mujeres —protesté, con una última brizna de esperanza de que entrara en razón.

—¿Protegernos de qué? —vociferó ella, con los ojos desorbitados—. ¿Protegernos de quién? ¿De vosotros, los hombres? Entonces, ¿admitís que sois peligrosos?, ¿que sois vosotros el problema? ¿He pedido yo que se me proteja? Si vosotros sois peligrosos, es a vosotros a quienes hay que matar, no a nosotras a quienes tenéis que sacrificar...

La empujé tan fuerte que se cayó al suelo. Con expresión indignada, se levantó al mismo tiempo que yo me vi empequeñecer. No me gustaba el hombre en el que me convertía en su presencia. Yo no tenía su entusiasmo ni sus ansias de vivir, no estaba furioso como ella, había encontrado mi lugar en una sociedad ociosa y sin pasiones, pues, a fin de cuentas, el más vivo de nosotros dos era ella, pese a estar agonizante. Durante la última discusión, me pidió que la dejara irse de este mundo. «Y si te queda



un ápice de fe, me ayudarás a hacerlo». Retiré de inmediato todos los objetos cortantes de la casa, las cuerdas y los cordones de los zapatos, cerré con cerrojo las ventanas y tiré todas las bolsas de plástico. Solo quedaron en pie las paredes, aunque sabía que tendría valor para estamparse la cabeza contra una de ellas. Cada vez que volvía del trabajo, se me encogía el corazón en el momento de cruzar el umbral. Temía encontrar la mirada desesperada de mis hijos o pisar un charco de sangre mayor que el de la vez anterior, porque Nafisa, lo presentía, no se iría discretamente.

El agostamiento de su ser unido a un abundante sangrado de encías me llevaron a pedirle a Bilqiss que velara por mi esposa. Ella aceptó en el acto. Venía todos los días para charlar, bordar, cocinar y leer con ella. Yo les conseguía, a través de una red de contrabando, obras que dejaba como casualmente en el salón para no tener que dárselas en mano y pecar doblemente. Desde la habitación de al lado, una vez oí a mi esposa decir:

—¿Te das cuenta, Bilqiss? Hoy en día uno tiene que acudir a los contrabandistas, no para conseguir opio, sino libros. Así es la triste época en la que vivimos. Eso es lo que hemos hecho con nuestra civilización. Morir es un deber, una forma de resistencia. ¿Lo comprendes, hija mía?

—Sí —respondió esta sin demasiada convicción, me pareció.

Con Bilqiss, mi mujer había recuperado a una alumna. Una función. Una pasión. Como un extraño en mi propia casa, a veces me sentaba detrás de la puerta para escucharlas. Con la poesía, Nafisa arreglaba el mundo a su manera. Ese mundo que yo estropeaba cada día un poco más con ayuda de cómplices de los que ya no podía prescindir, pues eran mis avales ante Dios y mi inmunidad frente a mi mujer.

*Pero la belleza, por naturaleza, no tolera que la oculten,  
el rostro bello no puede soportar el ocultamiento,  
y si a la cara hermosa le cierras la puerta, se mostrará por otra abertura.  
Mira el tulipán en la montaña,  
qué alegre y vistoso se muestra en primavera,  
agrietando la piedra dura  
y revelando entonces su belleza.<sup>[5]</sup>*

Nafisa decía que los artistas no buscaban la verdad, sino la armonía. Yo, aunque me pasaba la vida, rodeado de los mayores exégetas, estudiando la nuestra, me encontraba indefenso frente a personas a las que eso no les interesaba. Sin embargo, Nafisa ya no tenía nada de armonioso. Los pequeños paréntesis de placer que yo le concedía y gracias a los cuales aún respiraba se habían cerrado sobre ella. La gente hacía cada vez más preguntas sobre su estado y yo no podía seguir mintiendo. Aquello empezaba a perjudicarme. Así que un día, después de haber ordenado que

colgaran a un blasfemo, me retiré decidido a ocupar de nuevo mi lugar en casa, puesto que fuera de ella era ya cosa hecha. Con paso seguro, me dirigí al cuarto de estar rumiando para mis adentros el monólogo que había preparado cuidadosamente. Y repetido. Y que me disponía a pronunciar cuando, anonadado, la descubrí apoyada contra la pared, mordiéndose las venas mientras clavaba la mirada en la mía. Me quedé paralizado, con los ojos petrificados pero bien abiertos. No me abalancé sobre ella para salvarla, porque me di cuenta enseguida de que no se podía luchar contra una mujer que se destrozaba las muñecas a dentelladas. Su ensañamiento con la vida era más fuerte que cualquier otra cosa. No intervine. Ella no opuso resistencia cuando, llorando con amargura entre su cabellera despeinada, la abracé. Nunca sabré si ese día Nafisa no tuvo fuerzas para rechazarme o si, como espero, fue su manera de agradecerme que no la obligase a vivir. Esa fue mi mayor prueba de amor hacia aquella mujer con la que había querido casarme movido por un impulso sincero, mientras que ella simplemente se había resignado.

El entierro fue discreto. Y rápido también. El cementerio, desbordado en los últimos años, había tenido que crecer y llegaba hasta el caravasar abandonado en la entrada del pueblo. Allí fue donde la enterré, rodeado de algunos allegados y de nuestros hijos. Bilqiss se había quedado apartada, sollozando detrás de una arcada porque no podía estar allí. Los notables pensaron que se trataba de una mendiga que deambulaba casualmente por allí. Yo la reconocí por el ruido que hacía al andar. Nafisa le había regalado su pulsera de tobillo y Bilqiss la llevaba, como ella, en el pie derecho.

Gracias a mi posición, no tuve que dar explicaciones sobre las circunstancias de la muerte de mi mujer. Enseguida me presentaron a la que iba a reemplazarla y que, me juraron, me causaría menos quebraderos de cabeza.

Para agradarme, Seniz cambió la decoración de la casa y llenó el salón de baratijas religiosas a cuál más de relumbrón, como, por ejemplo, alminares dorados embellecidos con geranios rojos de plástico. Pronto me di cuenta de que el período Nafisa estaba superado y que mi mujer actual me deslumbraría por otras razones. Llegué a situarme a la cabeza de los ulemas de mi distrito y me convertí en el juez de las cuestiones islámicas.

No volví a ver a Bilqiss hasta que se produjo la muerte de Qasim. Inconsolable, fui a presentarle mis condolencias acompañado del muecín y su mujer. Le entregué un sobre lleno de billetes para que subsistiera algún tiempo. El futuro se anunciaba sombrío para una viuda sin hijos y sin familia. Una mujer que no ocupaba una posición social en el pueblo ponía en peligro el buen funcionamiento de la comunidad. Los electrones libres siempre provocaban cortocircuitos, había que desconfiar de ellos. Además, como la había tratado indirectamente, sabía que Bilqiss era igual de díscola que Nafisa. Había visto que se le escapaba la risa con las bromas de mi mujer, que asentía a cuanto esta decía y que lo hacía girar todo en torno a ella. Por eso no podía recomendarla, ni siquiera para trabajos menores, a los notables con

los que me relacionaba. Me exponía a que lo contara todo y la tomaran conmigo.

Los días acabaron por reanudar su curso habitual. Iba acostumbrándome a una vida normal, sin tensiones ni conflictos, con mi nueva mujer, que estaba en total armonía con la existencia que le ofrecía y me recibía todas las noches con los ojos bien abiertos. Cuando caminaba por el paseo que me llevaba a casa, ya no era el mismo hombre. Al doblar la última esquina, antes de llegar a la puerta, efluvios de especias impregnaban el aire, anunciándome sutilmente el aroma de la velada. En el umbral, el griterío de mis hijos me encantaba. Un poco más lejos, en la cocina, Seniz trajinaba junto al horno. Yo me dejaba caer con todo mi peso sobre la gruesa alfombra de lana, encantado de presidir una sabrosa comida familiar en un ambiente plácido. Sereno. Indulgente. Complaciente. ¡Soportable, Dios mío!

Hasta que, una noche, se produjo lo impensable. Al principio creí, como la mayoría de los fieles, que estaba soñando, pues la voz seráfica que nos despertó aquella mañana no podía ser real. Seniz se incorporó en la cama, me zarandéo y, cuando puse un pie en el suelo y este no se me tragó, pensé que iba a desmayarme. Todas las noches Nafisa merodeaba en mis sueños y, si no era ella quien estaba cantando, ¿a quién pertenecía esa voz? Seniz abrió las contraventanas desencajadas del dormitorio para preguntar a las vecinas. Ya no había duda: una loca, porque forzosamente lo estaba, había subido a lo más alto del minarete para entonar la oración reinterpretándola, pues animaba a unos a rezar y perdonaba a otros por no hacerlo. Evocó la bondad de Dios, Su benevolencia y Su amor infinito, que prefería los corazones despiertos a los cerebros atiborrados de Él. Y cuando la voz repitió las palabras de Nafisa para terminar la oración, supe que la loca era Bilqiss.

*Aduláis a Dios, pero no lo honráis jamás.*

Un centenar de pasos encolerizados ya hacían retumbar el suelo. Seniz se asustó y se tapó las orejas. Yo cerré los ojos para que no me distrajera nada que no fuese aquella voz etérea. Pero no tardaron en oírse las primeras manifestaciones de un vibrante caos. Abrí los ojos, cerré las contraventanas, me puse el capote, tranquilicé a mi mujer y salí a enfrentarme a mi destino. Acepté mi castigo y se lo anuncié en voz alta a Dios. Bilqiss sustituía a Nafisa. No había acabado conmigo...

Puesto que nuestra legislación no había contemplado nunca esta situación, no teníamos establecido un castigo en el caso de que una mujer recitara el *adhan*. No nos resultó nada fácil, en la reunión que siguió al incidente, decidir entre un centenar de latigazos y la lapidación, pero al final, por unanimidad, optamos por la solución más radical a fin de disuadir en el futuro a las más rebeldes. Bilqiss serviría de ejemplo. No le preocupaba a nadie. Una viuda sola y marginal. No sabíamos qué hacer con ella desde que su marido había muerto. A decir verdad, no sabíamos qué hacer con una mujer.

Volví a ver a Bilqiss el día del juicio. Cuando se levantó el burka, se me encogió el corazón. Me recordaba a Nafisa. No se parecían, pero tenían la misma mirada: imponente. Me escondí detrás de las preguntas administrativas para darme un respiro,

posponiendo los primeros días la sesión hasta el día siguiente para, decía yo, ajustarme a la justicia de Dios, que abomina de los abusos y es amante de la equidad. Gracias a Él, una vez más, pude prolongar aquel juicio todo el tiempo que necesité. La cuestión era que Bilqiss había tomado el relevo de Nafisa. La una en la sombra y la otra a la luz, ambas me perseguían. Yo tenía poder para poner fin a ese suplicio condenándola sin dilación, pero ahora sabía que no bastaba morir para desaparecer, así que fui a por todas.

Tras la primera semana de juicio, ya no podía pasar sin ella. Iba a verla a su celda. Una noche tras otra. Para guardar las formas (y justificarme ante los guardias), montaba en cólera, fingiendo de ese modo que estaba allí por razones legales. Pero todo cuanto era ella hundía las raíces en la ilegalidad, el exceso y la pasión. Ardía de un deseo incontrolable por ella, traicionando a la vez mi razón, mis convicciones y la ley. Y cuando me resultaba insoportable, me marchaba a toda prisa, con un Corán contra el pecho para sofocar los latidos de mi corazón desbocado.

Una mañana, al llegar a la sala de audiencias, una jovial periodista norteamericana se me acercó tímidamente para saludarme en mi lengua y presentarse en la suya. Me encantó que supusiera que un hombre como yo entendía el inglés. De modo que me esforcé. Cuando me informó de que en internet circulaban vídeos del juicio contra la mujer, la invité a que me acompañara a mi despacho. Rebosante de suficiencia, como todas las mujeres occidentales que creen que pueden conseguir más ocultando menos, solicitó la merced de entrevistarme sobre el juicio que estaba celebrándose, además de la de ver a Bilqiss. Pensando que así me ablandaría, elogió mi imparcialidad, la cual, me dijo, era muy comentada en las redes sociales. Procuré adoptar un aire indiferente, pero, en realidad, me sentía como esas personas que deambulan por las calles y a las que a veces se les pide información sobre algo: halagado. Halagado de que mostraran interés por mí y dispuesto a hacer cuanto estuviese en mi mano para satisfacerla. Era un modesto juez orgulloso de sí mismo por despecho frente a una mujer audaz. Un moralizador fosilizado feliz de jugar en el patio de los mayores.

—Antes de nada, señor juez, ¿puede explicarme por qué se condena a esa mujer a la lapidación, cuando en ninguna parte del Corán se menciona esa práctica? ¡He leído el Corán y lo sé!

Pese a todo, cuando se adentró en mi terreno, la puse en su sitio.

—Señorita, aplaudo su loable esfuerzo, pero manténgase al margen de eso. La religión es lo único que nuestros gobiernos sucesivos, ampliamente apoyados por los suyos, no nos han confiscado. La explotamos a nuestra manera y, hasta ahora, en su país nadie ha encontrado motivo de queja.

—De acuerdo. Tengo otra pregunta, señor juez. ¿Por qué es usted tan clemente con Bilqiss?

—Si hubiera sido puta, habría sido una gran puta, señor Smoller. ¡Me gusta el trabajo bien hecho! Gracias por haberme dedicado tiempo y quizá demasiado interés.

Así fue como acabó mi conversación con el jefe de redacción de la *New York Magazine*. Salí hecha un basilisco de los locales donde ya me había imaginado ocupando el despacho de la esquina, de espaldas a la ciudad, enterrada bajo una pila de hojas sueltas entre las que destacaría una taza de café caliente. Pese a mi juventud, me gustaba trabajar a la antigua usanza y tachar palabras sin borrarlas. Volví, pues, a mi antiguo despacho, donde encontré, pegado a mi pantalla, un pósit de color chillón: «Lobby Gramercy 1 p. m., entrev., actriz, muy comprometida, superbuenas», escrito, sin lugar a dudas, por mi compañero Oliver. En el metro, leí por encima su filmografía y su actividad. O sea, iba a recoger el relato de una joven actriz vegana, bisexual, bloguera y diseñadora para Heimstone de una colección de la que, al parecer, un porcentaje de los beneficios se invertiría en crear talleres de yoga en los colegios de primaria de los barrios desfavorecidos. Antes de que la sección de cultura desapareciera de las páginas de la revista en favor de una nebulosa sección llamada «sociedad», siempre tomaba notas a mano, ávida de aprender cosas nuevas, pero desde que los sucesos habían sustituido a la historia no retenía nada y lo grababa todo.

—Cuando leí el guion, supe que ese papel estaba hecho para mí. Perseguí al director de casting por teléfono, me pasé horas plantada delante de la casa del realizador, cuya dirección me había agenciado sobornando al tipo que hace de guía en el recorrido por las casas de estrellas que viven en Bel Air, me afeité la cabeza porque el papel lo exigía y yo quería meterme ya en la piel del personaje, tomé clases intensivas de serbocroata porque, por supuesto, había mentido sobre eso, y cuando por fin conseguí una prueba, era Bogdana, ¡no había otra! Además, desde la adolescencia acompaño a niños a visitar a su padre o su madre preso, y por lo tanto estoy increíblemente familiarizada con el medio carcelario, y yo creo que el realizador lo percibió. En fin, no estoy aquí para hablar de mí, sino más bien de mi personaje, Bogdana, que sí que es una auténtica heroína. Yo soy actriz, no está mal; no salvo vidas, no he inventado vacunas, pero como toda expresión pública tiene un alcance político, creo que esta película puede cambiar las cosas. Y si, a mi modesto nivel, puedo contribuir a que efectivamente cambien, eso valdrá todos los Oscar del mundo. Dicho esto, no tengo nada en contra de que un día me concedan uno, ¿eh? (Risas). Todavía recuerdo la expresión de mi madre cuando recogió el suyo y yo estaba en pijama viendo la ceremonia en la tele con mi hermano y la niñera. Aquel día me quedé sin lágrimas de tanto llorar y supe que eso era lo que quería ser, actriz...

—Sí, claro, si los hijos de las estrellas quisieran ser neurocirujanos, se sabría.

—¿Perdón?

Sin darme cuenta, había pensado en voz alta. Por suerte, mi teléfono sonó y aproveché para quitarme de en medio un momento. Cuando respondí, reconocí de inmediato la voz de Kenneth Smoller, el jefe de redacción al que había abroncado esa misma mañana. Me anunció que había conseguido el puesto y, cuando le pregunté por qué había cambiado de opinión, me contestó, riendo a carcajadas: «No me gustan las putas, solo las que tienen potencial para serlo». Aquello me hizo sonreír. Él lo percibió. Antes de colgar, insistí en tener «el despacho de la esquina, gracias».

Volví a sentarme frente a la actriz. Ella, contrariada, me tendió un teléfono al otro lado del cual su agente echaba pestes. Me negué a ponerme al aparato y recogí mis cosas disculpándome por tener que marcharme tan precipitadamente, pero debía ir a la cárcel, donde Madoff me esperaba para su cana al aire semanal, porque yo también hacía voluntariado en el medio carcelario. Dejé sobre la mesa unos dólares e incluí una propina en consonancia con el trato de la camarera, pues iba a menudo a comer en familia a aquel hotel, cuyo propietario era un amigo de mi padre.

Había crecido en Connecticut, en el seno de una familia privilegiada. Mi infancia había sido bastante feliz, entre recorridos en kayak por el río que discurría junto a nuestra propiedad y paseos por el mar en la espléndida goleta de mi padre, que se pasaba casi todo el tiempo a bordo. Hacíamos también mucho deporte, atletismo, danza clásica y tenis; yo formaba parte del grupo de teatro de Saint Ambroise, mi querido colegio, y los domingos recorríamos Nueva Inglaterra con el objetivo de descubrir en chamarilerías joyas que mi madre compraba sin regatear para sus insólitas creaciones, las cuales vendía más tarde en su tienda de Stonington. Mis padres se conocieron en Nueva York en los años noventa, cuando ella era modelo y él multimillonario. Abusaron de la gran ciudad y cedieron a todos sus vicios. Luego se retiraron al campo antes de que fuera demasiado tarde. Mi padre era un poderoso productor de cine que despreciaba el oficio de actor y siempre se había opuesto a que sus hijas se plantearan serlo. Se trataba de un oficio de «shiksas», decía, y, aunque se había enriquecido con el cine, le parecía inconcebible que nosotras formáramos parte de ese medio. Era uno de esos mandamases que acumulan enormes beneficios gracias a superproducciones, pero para quienes la familia, sagrada más allá de cualquier límite, debe permanecer al margen de ese carnaval. Desde su velero amarrado en Mystic Seaport, organizaba su vida en torno al trabajo y a mis hermanas y a mí, que pasábamos por delante de todo. Nos enseñaba a hacer nudos marinos o a orzar, mientras mi madre esculpía en sus ratos perdidos. El resto del tiempo, esta última recibía a amigas de paso en su tienda-salón de té, donde exponía sus obras, que casi siempre regalaba, porque: «No lo hago por dinero, cielo, lo sabes perfectamente». En las fiestas benéficas del colegio, nuestros tenderetes eran siempre los más innovadores, y me gustaba eso de ella. Era original. Y una mente atormentada.

Mis tres hermanas y yo habíamos heredado la belleza de nuestra madre y la

robustez de nuestro padre. Las cuatro en conjunto representábamos una América rebosante de salud. Teníamos el pelo de un rubio hitchcockiano. En cuanto asomaban los primeros rayos de sol primaverales, nos pintábamos las uñas de los pies, que dejábamos moverse al aire libre en sandalias de dedo multicolores. Nuestras piernas doradas y perfectamente torneadas, que emergían de pantalones cortos vaqueros, enloquecían a los transeúntes que deteníamos en la calle por una buena causa: la guerra, los ancianos, los discapacitados o los tornados. Nuestros padres nos habían sensibilizado desde pequeñas al infortunio de los demás. Disfrutábamos de todos los privilegios que inundaban nuestra existencia, pero los sábados, en general por la mañana, dedicábamos parte de nuestro tiempo a recaudar fondos o limpiar las orillas.

La vida era agradable en Essex, aunque demasiado pura. Me gustaba la idea de haber crecido allí, pero ahora esa sensación de eterna quietud me aterraba. Ya era neoyorquina, con todo lo que eso implicaba de caótico. Me había instalado en el piso de mis padres, situado en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Sesenta y cuatro, para cursar estudios de periodismo. Mi madre se repartía entre el campo y la ciudad, con la que poco a poco iba reconciliándose. Prefería cenas reducidas en casa con su profesor de yoga y personas que la elevaban espiritualmente a las actividades mundanas, que evitaba. A veces, cuando me enfadaba con ella, le decía que era la persona más previsible del mundo. Eso la apesadumbraba, y entonces llamaba a su terapeuta, cosa que, por supuesto, yo no dejaba de señalar como lo más previsible también. Mi madre había hecho carrera como modelo en los años ochenta, década durante la cual se había perdido en innumerables brazos para ir a parar a los más curtidos de mi padre.

—No querrá que haga lo mismo que en el periódico de antes, ¿verdad? Ir en busca de confidencias falsas e insustanciales de artistas que no lo son...

—¡Pero entrevistar a los One Direction no tiene nada de deshonesto! Son los que más ganaron en 2013.

—Mire, señor Smoller, yo tengo ganas de escribir cosas de peso, cosas con las que me implique. Tengo ganas de trabajar, me refiero a trabajar de verdad...

—No sea tan arrogante, señorita Hersham. Mírese las manos, no han fregado ni un plato en su vida.

—Pero han escrito. Y cosas muy buenas, cosas con fuerza.

—Lo que ha hecho es, sobre todo, conseguir que hablen de usted con el artículo «Un Israel para mujeres». Una idea ridícula.

—Una de cada cinco mujeres es víctima de violación o de intento de violación en el transcurso de su vida, señor Smoller. No es grotesco para las que sufren abusos, hay demasiadas. Las cosas no cambian, las cifras son abrumadoras, y algún día habrá que cortar por lo sano y tomar medidas radicales. Imaginar un país donde todas las mujeres del mundo estén seguras tiene sentido.

—Tiene hasta mañana por la mañana para conseguir que me entren ganas de mantenerla en su puesto —concluyó Smoller suspirando ruidosamente.

Me pasé la noche navegando por la red. Vi indistintamente vídeos insólitos, enfrentamientos, The Roast, debates políticos, los Twins, documentales, conferencias TED y, como internet no se interrumpía nunca y un vídeo siempre llevaba a otro, al amanecer me encontré ante una mujer a la que estaban azotando. Le envié el enlace a mi amiga Rula, que trabajaba para una ONG cuya función era fomentar la educación de las niñas en los países musulmanes. Ella me mandó inmediatamente otro, gracias al cual descubrí a esa misma mujer sentada en el banquillo de los acusados de un tribunal siniestro. Rula siempre iba por delante de mí. La llamé para averiguar algo más de aquel asunto.

—Los vídeos son recientes, es posible que a la chica la lapiden pronto, pero el juez parece un poco menos cretino que otros, se toma el tiempo necesario para estudiar el caso. Al parecer, ella recitó el *adhan*, la llamada a la oración, y las mujeres lo tienen prohibido, por supuesto. No sé qué pretendía, no haces la revolución sola en un país como ese. Y por si fuera poco, no quiere abogado, se defiende ella misma. Si vieras lo que les suelta a la cara... Debe de estar loca, creo yo. Es asombrosa, pero está completamente loca. Dicho esto, si yo viviera allí, también lo estaría.

Rula me pasó todo lo que tenía sobre el caso. A mi entender, la chica no estaba loca. Simplemente debía enfrentarse a unas acusaciones inverosímiles, como, por ejemplo, la de haber comprado en el mercado berenjenas enteras, de forma fálica, cuando era obligatorio pedirle al verdulero que te las cortara antes de llevártelas a casa. ¿Qué podía responderse a eso? Un corte de mangas de forma fálica me parecía la réplica más apropiada. En una clara sobreactuación, esa mujer se disculpaba con aire compungido ante el juez, para, acto seguido, preguntarle quién era más perverso, ella o el abogado por ver un falo en una berenjena. Y a este último le recordaba que, comparándose con una hortaliza tan voluminosa, pecaba de falta de modestia, y que a Dios no le gustaban los presuntuosos. La sala protestaba, el juez daba un respingo y el vídeo se detenía de manera brusca. Ya tenía un tema: esa mujer.

Probablemente espoleados por el número de visitas que recibían, los aprendices de documentalistas habían colgado varios vídeos más. No me cansaba de mirar a la acusada enfrentarse a aquel gallinero que el juez se esforzaba en controlar tras cada intervención. Instalado en su tribuna, ese hombre desentonaba en el paisaje. Me daba la impresión de que era bastante mesurado, caritativo y afable. En comparación, era un simple violador en medio de una horda de pederastas. El más amable de los malísimos. En el cuarto vídeo, me enteré por fin del nombre de la mujer. Se llamaba Bilqiss. Como la reina de Saba. Me parecía un detalle encantador y muy apropiado.

El tiempo corría, la hora no tenía ya nada de matinal. Le envié un correo electrónico a Kenneth Smoller exponiéndole el tema que había elegido (ese con el que conseguiría que le entraran ganas de mantenerme en mi puesto), al que él contestó con un escueto «¡Sí!». Cuando llegué a la redacción, encontré a todas mis



compañeras apiñadas delante del vídeo en el que se veía a Bilqiss recibiendo los treinta y siete latigazos que parecían mil. La imagen no era estable, pues la gente — una muchedumbre— exultaba. Esos castigos en la plaza pública permitían a los jefes del pueblo operar una especie de catarsis a bajo precio en las pobres almas que lo habitaban. Gritos alegres se elevaban de entre la multitud. Había mujeres. Mujeres enardecidas que mojaban el burka con un torrente de baba, ya que allí les estaba permitido gritar. Solo allí. Cuando hubo terminado, se llevaron a Bilqiss en una camilla, tumbada boca abajo para que todo el mundo pudiese admirar su espalda magullada, lacerada y con ampollas.

Antes de ponerme manos a la obra, fui a servirme un té a la cocina de la redacción, donde encontré a mi jefe preparándose una sopa china. Se metió conmigo porque le parecía demasiado entusiasta para un tema tan dramático.

—Se trata más de una cuestión de inspiración —repliqué.

Él sonrió y dijo, mientras salía de la cocina:

—Se trata, sobre todo, de diferenciar el apasionamiento de la indignación, cosa que a vosotras, las mujeres, os cuesta hacer.

Kenneth Smoller era un troglodita irreverente. Solo contrataba a mujeres, a las que reunía en un espacio abierto, que llamaba afectuosamente «mi gallinero». Era el tipo de hombre que, cuando dos mujeres se peleaban, decía: «Lo de siempre, cosas de tías», incapaz de imaginar que pudiésemos cantarnos las cuarenta también por cosas serias. Y si un amigo se alejaba de su grupo de coleguillas, era «por culpa de su chica», siempre proclive a acusar a la novia, frívola y lianta, de ser la fuente de todos los males. Pero decía esas cosas «en broma, no pasa nada...». En efecto, no pasaba nada, porque la *New York Magazine* era una joya, y publicar artículos ahí, una suerte. Era chic, mordaz, cultural, escandalosa, espectacular, independiente y audaz, era neoyorquina.

De repente tuve un flash. Cinco minutos más tarde, paré un taxi que me dejó delante de mi casa. Lo primero que vi al abrirse las puertas del ascensor fue el trasero de la señora de la limpieza, la cual pasaba el aspirador por el descansillo con unos auriculares metidos en los oídos y, claro, se sobresaltó cuando invadí su campo de visión. Entré como una furia en el piso y fui directa a la cocina para abrir todos los armarios: imposible dar con él. Por lo tanto, tenía que estar forzosamente en el lavavajillas. Llamé a Emeline. Le pregunté si sabía cómo se paraba aquel cacharro. Ella me aconsejó que esperara, puesto que estaba en la fase de aclarado.

—¿Está segura de que no pasa nada, Leandra?

—Sí, Emeline, no pasa nada, perdone, es que... Es que en el trabajo me someten a mucha presión y..., bueno, me gustaría comprobar algo ahí adentro.

Aquello no tenía ningún sentido, pero Emeline no pareció inmutarse y se dio por satisfecha. Había estado al servicio de mis padres durante sus años neoyorquinos y, por consiguiente, no se mosqueaba cuando yo decía bobadas. Cuando al fin terminó el ciclo de lavado, abrí el lavavajillas. Un denso vapor me impregnó la cara. Una vez

disipado, cogí la taza en la que aparecía una cara de mujer. Esa mujer era Bilqiss. La reconocí de inmediato. O sea, que había estado años tomando el té con ella sin mirarla realmente. Como un viejo matrimonio. Mi madre me había regalado esa taza una vez que asistió a una conferencia sobre la violencia doméstica. La había comprado a la salida, en la tienda de productos relacionados con el tema. «¿No te parece que esta chica tiene una belleza trágica?», me había dicho. «Sí, y una mirada intensa», le había contestado yo. Después la había guardado en el armario de las tazas junto con las de la efigie de la reina de Inglaterra, los bebés de Anne Geddes, los personajes de *Friends* y los *Simpson*, y los que llevaban el logo de la maratón de Nueva York, que yo había corrido en tres horas y quince minutos. Puede que fuera un pelín demasiado entusiasta para una historia tan dramática, pero esa taza era una señal.

Me planté en el despacho de mi amiga Rula y le puse la taza delante de las narices. Ella se echó hacia atrás, se ajustó las gafas y, boquiabierta, reconoció también con bastante rapidez a la chica que aparecía grabada en él.

Decidimos ir a comer a la Tartinery, como hacíamos a menudo, y pedimos dos sándwiches mixtos. Las redes sociales continuaban manifestándose apasionadamente en favor de esa mujer que, con palabras sencillas y una lógica desconcertante, se defendía como podía ante una asamblea que ya no disimulaba sus intenciones asesinas. Su principal acusador, un mojigato disfrazado de abogado, rogaba en nombre de la religión que el juez la condenara sin demora. Pero el juez no la condenaba. Todas las noches, al concluir la audiencia, la enviaba de nuevo a su celda ante los abucheos de una multitud impaciente por que la mataran. Ya circulaban varios vídeos. Hacía casi una semana que el juicio había empezado. Muchos se preguntaban por qué no se dictaba sentencia. En los pueblos recónditos como aquel, las autoridades religiosas casi nunca tenían ningún empacho en lapidar a una mujer pecadora. Se mataba con total impunidad a las recalcitrantes y se buscaba después una buena razón para haberlo hecho. Sin embargo, cuando Bilqiss tomaba la palabra, la gente escuchaba respetuosamente, como si quisiera más. Parecía que se indignaran porque no sabían aplaudir.

—Fíjate, baja la guardia cuando ella habla. Parece turbado, ¿no crees? —le señalé a Rula.

—Ves demasiadas comedias románticas, Leandra. Ese tío se la cargará dentro de unos días. Simplemente prolongan el espectáculo porque en su nido de ratas se aburren como una ostra. ¿Sabes que el día de la lapidación esos cerdos utilizan primero piedrecitas pequeñas, redondas y lisas, para hacer daño, y luego arrojan piedras más grandes y angulosas para rematar a la víctima? O sea, que hay alguien cuyo trabajo consiste en seleccionar antes las piedrecitas «de aperitivo» y las piedras del desierto. ¿Y tú me hablas de una historia de amor entre el juez y la acusada?

—Usted desvaría, Leandra. ¡Ni hablar!

—Iré con o sin su bendición.

—Pero ¿por qué va a complicarse la vida yendo allí? ¿De qué más va a enterarse en ese país infecto? Pergeñe un retrato lacrimógeno sin moverse de aquí. Ir a ensuciarse las manos al lugar de los hechos no la hará mejor periodista.

Todo el mundo se quedó sorprendido por aquella repentina decisión completamente disparatada. «Una noble emulación», repliqué. Kenneth Smoller la consideraba orgullosa y un pretexto para demostrarle no sé qué a no sé quién. En parte era verdad. Para empezar, estaban las celosas de la redacción, quienes, bien informadas sobre mí, se habían aplicado desde el primer día a hacerme el vacío, respondiendo a duras penas a mis saludos y no haciendo ningún caso a nada de lo que yo decía. También tenía cosas que demostrarle a mi padre, encantado de que escribiera para un blog; a mi madre, que pensaba que solo la meditación podía salvar el mundo, y a mis hermanas, Ethel, Tabitha y Hortense, mi preferida. En cuanto a James, mi novio, tuvo la misma reacción que mi jefe. Era abogado en Puech & Katz «y, francamente, ir allí es una idea de bombero...». Solía emplear un lenguaje mucho más pulido, pero, como le revelé mi proyecto en un bar de NoLita cuando ya estaba muy avanzada la velada, me contestó lo mejor que pudo. Al día siguiente, convertido de nuevo en abogado mercantil, me puso más claramente en guardia:

—Si te vas a ese país de hijos de puta, no te molestes en llamarme cuando vuelvas.

Ante mi obstinación, me tachó primero de idiota. Luego, en el pasillo, de niña rica en busca de sensaciones fuertes. En la entrada, me deseó que todos esos obsesos sexuales de mierda me violaran. Y se marchó dando un portazo. Yo me quedé paralizada. Recé para que aquello fuese una pesadilla, para que no fuese demasiado tarde, para que James no hubiese proferido todas aquellas abominaciones y para que nos casáramos como estaba previsto el año siguiente en East Hampton, en su propiedad de Georgica Pond.

Recé, pero era demasiado tarde. Él había pronunciado palabras imperdonables. Aun estando enfadado. Aun estando desesperado. Aun estando todavía un poco curda. Le encargué a mi madre que cancelara el contrato con el grupo de rock que debía tocar en la fiesta. Mis hermanas Ethel y Tabitha pusieron todo su empeño en convencerme de que no me precipitara porque «no pasa nada, no es la primera vez que dices cosas que no piensas realmente». Solo Hortense se alegró de mi decisión porque «James era un tío demasiado asentado, y además con él te habrías convertido en el tipo de esposa que se dedica a organizar recepciones». Así que fue a ella a quien le conté lo del viaje que me disponía a hacer. Era la única que podía comprender las neurosis que impulsaban a una «jap» (*jewish american princess*) a ir a un país hostil. Decía a menudo, en broma: «Judía no solo naces, además te haces», y a partir de ahí,

ninguno de nuestros actos es anodino. Pasé por alto esas reflexiones desmedidas y me limité a hablarle de la taza, de la señal que representaba para mí, «tal vez una señal tonta, pero de todas formas me apetece hacerlo». «Entonces, hazlo», dijo por toda respuesta. Pero Kenneth Smoller no cedió. Seguía negándose a oír hablar de ese viaje «totalmente absurdo», así que le propuse financiarlo yo misma, cosa que, por descontado, no mejoró mis relaciones en la redacción. Aun así, me hizo firmar un documento descargándolo de toda responsabilidad en caso de incidente.

—Y si el artículo está bien, puede que lo publique, pero para eso tienes que volver entera.

Gracias a Rula, que conocía a todas las almas caritativas de Nueva York, embarqué en el vuelo AA 567 con su amigo Yann, el presidente de la fundación Womanity de ayuda a las niñas sin escolarizar de la región. Lo había conocido en una gala de beneficencia y, después de que le hiciera partícipe de mi deseo de comprometerme en algo útil, nos prometimos hacer algún día este viaje juntos. No olvidaré jamás la sonrisa insolente que James exhibía esa noche, convencido de que aquello no era más que blablablá adecuado para la ocasión. Fue en eso en lo que pensé al subir al avión. No era lo mejor que podía hacer, lo reconozco, eso corroboraba el juicio de mi jefe, pero también fue determinante en mi decisión: no negaba el espíritu de revancha que me animaba.

Después de nuestra discusión, James me acosó, me envió rosas y azucenas que no quise aceptar y devolví al florista, se apostó debajo de mi casa, pero el conserje y el guardia de seguridad le prohibieron acceder al inmueble, llamó a mis hermanas y a mi madre, que siguieron mis instrucciones, hizo que me transmitieran a la vez mensajes de disculpa, de amor y de arrepentimiento, pero se había acabado. Yo siempre rompía definitivamente.

En el avión, iba sentada al lado de Yann. No sabía si, cuando se iba a hacer labores humanitarias, era apropiado ver una película en posición semitumbada, con una copa de champán en la mano. Así que, para no dar un paso en falso, lo imité a él: rechacé, para empezar, los aperitivos y la copa que me ofrecieron después del despegue. Yann se puso enseguida los auriculares y empezó a hojear folletos. Cuando la azafata se acercó para tomar nota de lo que quería, le dio las gracias con un gesto de la mano. Fue marcando con fluorescente los documentos fotocopiados y a continuación encendió el ordenador, donde miles de archivos ocultaban la pantalla de inicio. No obstante, se podía adivinar que una chica muy guapa de cabellos color caramelo y ojos color avellana se ocultaba tras las carpetas de mujeres menos afortunadas. En lo que a mí respecta, estaba hambrienta y, por lo tanto, no renuncié a la comida. Al fin y al cabo, quizá mi vecino simplemente no tenía hambre y su actitud no guardaba ninguna relación con la seriedad que imponía aquel tipo de viaje. Por otra parte, seleccioné en la pantalla individual una película de Michael Haneke, solo por si acaso.

De todas formas, cuando después de cenar atenuaron las luces, me dormí

enseguida, y diez horas más tarde me despertó el tintineo del carrito del desayuno. Moví un poco las mandíbulas, me limpié discretamente con un dedo los lagrimales, me froté las mejillas, me arreglé la cola de caballo y me incorporé para sentarme a la mesa. A través de la ventanilla, veía las luces dispersas de una ciudad casi sumida en la oscuridad. Podría tratarse perfectamente de Corea del Norte. Había dado la vuelta al mundo, pero nunca había viajado a otro universo. El de los países que no se abandonan en vuelos directos. El de los países que solo vemos en la televisión, a menudo con una diana encima. No me gustaba admitirlo, pero estar allí, unos cientos de kilómetros por encima de un suelo peligroso, me llenaba de una extraña euforia. Tras una primera escala, nos quedaría un vuelo de tres horas para llegar a la capital y luego un recorrido de medio millar de kilómetros en coche para ir hasta el pueblo. Yann me dejaría en el aeropuerto en buenas manos, las de un viejo amigo cuya familia me acogería en su casa. Hasta ahí, todo bien.

En la sala de espera de los pasajeros en tránsito, solo éramos cinco norteamericanos. La única mujer era yo y, aunque se trataba de un hecho anodino, constatarlo me alegró. Llevaba un fular a lo Benazir Bhutto y eso también me resultaba excitante. Con todo, me guardaba mucho de mostrar una relajación inoportuna delante de Yann y los demás, que, pese a estar acostumbrados a tales condiciones en los viajes, parecían ansiosos. El recinto donde estábamos sentados se parecía a los que había visto en películas sobre la guerra y el terrorismo. En las paredes desconchadas se reflejaba una luz mortecina, los tubos de neón chisporroteaban, había muebles desparejados y a los teclados de los ordenadores les faltaban varias teclas. Tras una hilera de escritorios, unos hombres hablaban tan fuerte que uno temía que de un momento a otro estallara una trifulca general. Pero, en lugar de eso, chocaban los cinco y se tronchaban de risa abrazándose. Ese país estaba lleno de contradicciones: colgaban a los homosexuales, pero a los hombres les encantaba manosearse a la menor ocasión. Estos, que no sabíamos si eran aduaneros, barrenderos o mozos de equipaje, desentonaban en aquella parte del aeropuerto reservada a los vuelos interiores. Donde habíamos aterrizado, los uniformes anticuados permitían al menos diferenciarlos. Pero aquí todos llevaban el mismo traje: el de los excluidos que nunca miran hacia el exterior. En aquella sala de espera, intenté no hacer otra cosa que esperar para demostrarle a Yann que no había ido allí como turista. Sin embargo, había cientos de detalles que me habría gustado fotografiar y poner en circulación a través de mis diferentes cuentas en redes sociales. Pero me abstuve de hacerlo. Embarcamos rápidamente. El vuelo fue movido. El avión aterrizó tres horas más tarde, como estaba previsto, sobre una pista de cemento que solo tenía una curva, la cual conducía a una única terminal. Al bajar del aparato, me asaltó un tufo de tierra mojada y emponzoñada. A través de la ventanilla, justo antes de aterrizar, me había parecido distinguir una inmensa chatarrería a cielo abierto. Ahora la respiraba. Había

impactos de obús en el suelo y de bala en las paredes. Habría podido ser divertido si no hubiera sido real.

Pasamos la aduana sin tropiezos. Seguí a Yann tal como me había indicado que lo hiciera. Se oyó el ruido del tampón al estamparlo el funcionario en el pasaporte y se acabó. Dos hombres nos esperaban en el vestíbulo de llegadas. Yann los conocía desde hacía tiempo. No se abrazaron como los sobones del aeropuerto, pero sus enérgicos apretones de manos hablaban con elocuencia de los malos tragos que debían de haber pasado juntos. Yann me presentó al que, durante los siguientes días, iba a ser mi brújula. Le tendí mecánicamente la mano. Ninguna mano acudió a su encuentro, de modo que me apresuré a meterla en el bolsillo, donde me prometí dejarla en lo sucesivo. Se llamaba Hamza Vafaï e iba a instalarme en su casa, con su familia, que vivía en el pueblo de Bilqiss. Yann los apreciaba mucho y depositaba en ellos una confianza absoluta, así que me marchaba tranquila. Nos despedimos sin efusiones para no llamar la atención. Mi madre se había interesado durante una temporada en la morfopsicología y, como yo había echado algún que otro vistazo a sus libros, me reconfortó el rostro de Hamza, que no tenía nada de maligno.

En el interior del vehículo, una especie de camioneta desvencijada, Hamza me tendió la mano y estrechó calurosamente la mía.

—Fuera está prohibido, pero en privado hacemos lo que queremos. Bienvenida, Leandra. Esta es Alna, mi hermana pequeña.

Esta última estaba sentada detrás, soñolienta pero feliz de conocer a «una norteamericana del lado bueno», decía. Era nuestro aval moral. Con una niña, nos era imposible copular en los asientos delanteros, puesto que, según los rumores, era a eso a lo que se entregaban todos los hombres y todas las mujeres del mundo cuando se hallaban libres de vigilancia. Como si la humanidad se dividiera en dos categorías: los grandes folladores y las grandes folladoras.

En la blancura del amanecer, salimos del aeropuerto, delimitado por una alambrada de espinos, y nos adentramos en la calle principal, bordeada de aceras tortuosas. Más allá, vestigios de antiguos edificios recordaban que allí había habido una verdadera ciudad, en pleno funcionamiento, con administración, despachos y teléfonos que suenan. Sombras fantasmagóricas cruzaban la carretera y se internaban en dédalos de callejas. En la salida de la ciudad vi por primera vez a una mujer tapada con un burka de color lavanda. Me impactó. Aquello no tenía nada de ficticio. Y, en lugar de considerarlo abyecto como cuando estaba en Nueva York, me pareció magnífico. A decir verdad, hacía tiempo que no veía nada tan bello. Al pasar junto a ella, parapetada tras su visera, intenté captar su mirada, pero apretó el paso en dirección a un barrio donde se confundió entre sus casas de tierra. Pese a la guerra, el sentido de la estética de aquellas personas había permanecido intacto. Eso es lo que me sorprendí pensando cuando vi a aquella pobre mujer musulmana oprimida cruzar la carretera.

A las nueve de la mañana, por fin llegamos. En la entrada del pueblo nos recibió

un inmenso mercado de animales. Más allá, las calles no eran sino una sucesión de empalizadas de hormigón agujereadas por los obuses y de edificios abandonados. Los hombres iban y venían sin preocuparse de la circulación. Continuaban comerciando. En sus tenderetes, al borde de la calzada o en el interior de barracas, se negociaban los precios. Con un ribete de *khol* en los ojos y soberbiamente enturbantados, cubrían con sus voces los bocinazos y los insultos de los automovilistas que debían abrirse paso entre el gentío. Nuestro vehículo giró a la altura de un tanque abandonado y nos adentramos en una especie de barrio de chabolas de chapa que recibía consuelo de un precioso alminar azul Majorelle. Una vez que lo dejamos atrás, desembocamos en un camino de tierra que conducía a una aldea. Desde el asiento trasero, la niña me señaló con el dedo su casa y, en un inglés perfecto, dijo:

—Tenemos el huerto más bonito de la provincia. Pero desde aquí no lo ves, está escondido detrás de un muro. No hay que atraer el mal de ojo...

Cuando entramos en el patio, los miembros de la familia de Hamza estaban tomando el té desperdigados sobre gruesas alfombras de lana, entre las que había varias mesas bajas. Alna se echó en brazos de su padre, un hombre todavía joven que se apresuró a estrecharla contra sí. La madre, una mujer de físico agradable, se levantó y me tendió la mano, cuando yo me esperaba un abrazo. Menos mal que me contuve a tiempo. No tenía aún todos los códigos en mente. Y, además, me había sorprendido que Alna abrazara con tanta libertad a su padre. El mío había sido siempre muy mimoso, así que no me chocaba esa cercanía, pero allí, donde se suponía que los hombres eran unos verdugos atrasados, me desconcertaba. Me tendió también la mano y se la estreché calurosamente. Él sonrió y me invitó a sentarme a su lado. Enseguida me sirvieron un vaso de té endulzado con miel de espino, que fue el anuncio de un desfile de golosinas orientales al que, por educación, tuve que hacer los honores hasta el final. Las mujeres llevaban indolentemente un velo en la cabeza, y cuando les caía sobre los hombros, se apresuraban a colocárselo bien. Pero era un simple complemento. Se cubrían con él y, al levantarse, un largo pedazo de tela flotaba tras ellas para deleite visual de los que se quedaban sentados. Aquello hacía que me entraran unas ganas tremendas de ponerme uno yo también. Aquel pedazo de tela envolvente daba al menor desplazamiento un carácter tan poético como épico. Por lo demás, lo primero que hice, atrincherada en un burka negro, lo fue también. Después de dar unos pocos pasos, tropecé con una piedra. Así que practiqué delante de su casa con tres de las hermanas de Hamza, que se burlaban de mi paso vacilante. Cada vez que me topaba con un obstáculo, soltaba palabrotas en inglés que sonrojaban a Alna y Bahati. Zuleikha, menos expansiva, permanecía apoyada en un inmenso tronco de árbol acribillado de impactos de bala. Pasamos un rato maravilloso las tres mientras ellas se esforzaban en enseñarme a andar con un velo integral. Cuando les pregunté qué sentían por tener que llevarlo a diario, Bahati simplemente me respondió:

—No tenemos elección, lo llevamos y ya está. Pero pasamos de ellos.

Me gustaba la manera en que se quitaba el problema de encima. Pasaba de ellos porque no podía hacer nada más. Prefería luchar por algo que dominaba: su erudición. Alentada por unos padres ilustrados, iba a presentarse en breve al examen de entrada en la Facultad de Medicina de Trípoli, donde daba clases un tío suyo. Tenía esperanzas de que su solicitud de visado fuera atendida y, si no lo era, volvería a pedirlo, me dijo, animada por una fe indestructible. No se daba a sí misma otra opción que convertirse en la mejor cirujana de todos los tiempos. Aquello me hizo sonreír, pero Bahati hablaba en serio. Me gustaba su certeza, esa confianza extraída de años de privaciones y empeño.

Zuleikha me llevó un burka de mi talla a la habitación que habían acondicionado para mí, una especie de antiguo dispensario. Se sentó en el borde de la cama y me contó que conocía a Bilqiss. Empezó diciéndome que con toda seguridad iba a morir y que el muy loable combate que yo iba a entablar era en vano. Y eso no tenía nada que ver con la larga lista de sus supuestos pecados. Su verdadero delito era ser una mujer sola. Pobre, viuda y marginada, nadie en el pueblo sabía qué hacer con ella. Sus padres habían muerto cuando era pequeña. Su abuelo la había vendido a un pescador reciclado en el seno de la canalocracia religiosa, que compaginaba su tarea de chófer de un *fqih*, un alfaquí, con la de soplón de los mulás. Incluso allí, el nacimiento prevalecía sobre las aptitudes. En una sociedad normal, Bilqiss se hubiera convertido en una reputada cuentacuentos o una escritora famosa. Pero en un país donde la tradición oral estaba todavía muy enraizada, amordazar a los hombres y las mujeres cultos equivalía a matarles el alma. Estaban los que se negaban a ser zombis y estaban todos los demás, que se adaptaban a la situación. Incluso les convenía. Zuleikha y ella habían ido al colegio juntas, estaban en la clase de la difunta esposa del juez que hoy la condenaba. Me aseguró que Bilqiss tenía algo más. Cuando le pregunté qué, me contestó:

—La gracia.

Me habló también de Nafisa, su maestra. Era ella quien había descubierto el potencial de Bilqiss. Y a aquella andrajosa agazapada al fondo de la clase le había enseñado a sentarse en la primera fila, a levantar la mano continuamente y a reír a carcajadas aunque le faltaran algunos dientes. La comparaba a menudo con Scheherezade, pues, decía, Bilqiss se dirigía a las almas mientras que los demás recitaban de memoria. Después de su matrimonio forzado, Nafisa había continuado enseñándole cosas. Bilqiss enterraba libros en su jardín, dormía a su marido con cloroformo y devoraba los poemas de Hafez, de Jami y de Gibran hasta que él se despertaba. La policía religiosa desenterró también novelas y libros de historia en el registro que llevaron a cabo en su casa.

—Por los vídeos que he visto en la red, me parece que Bilqiss tiene un vocabulario muy elevado. Y una elocuencia audaz que contrasta con la idea que nos hacemos de una mujer de aquí.

—¿Quiere saber qué idea nos hacemos nosotros de una mujer de allí?



Zuleikha salió repentinamente de mi cuarto. Me quedé sin habla tras nuestra conversación, que me tomó como lo que era: una advertencia cordial. Ya a mi llegada, ella no se había mostrado cálida. Mientras tomábamos el té, su padre había querido presentarme sus respetos, a mí y también a Bilqiss, por quien, había precisado, sentía una gran ternura. Yo me había unido a él haciendo a mi vez un panegírico entusiasta de esa mujer emblemática e inspiradora para todas nosotras. Como una tonta, había levantado el vaso de té, pero nadie me había secundado. Allí no hacían brindis.

—¿Cómo sabe que es inocente? A lo mejor ha hecho algo grave...

Zuleikha volvió a aparecer en mi habitación mientras yo borraba los mensajes de James sin escucharlos. Primero no comprendí a qué se refería, pero ella me iluminó enseguida:

—Esta mañana, en su vibrante defensa de Bilqiss, no ha mencionado ni una sola vez la posibilidad de que sea culpable.

—Bueno, es que... Yo creo... En fin..., para mí, nada justifica una lapidación... Da igual que se sea culpable o no.

—Estoy de acuerdo, pero nada le dice tampoco que Bilqiss sea inocente. Usted no sabe nada, pero está aquí. Ha visto tres o cuatro vídeos, la han conmovido e inmediatamente se ha puesto de parte de esa pobre mujer con velo porque le dan pena las mujeres con velo. Por ellas se lanza a las barricadas sin hacer ninguna comprobación. Su condescendencia, por no decir su injerencia en nuestros asuntos internos, por bárbaros que sean, me deja atónita. Quería que lo supiese. La esperamos para cenar —concluyó—. Hay *bolanis* de puerros, están deliciosos, ya verá.

La manera en que cambió de tono para invitarme a cenar me aterró más que el resto. En aquel momento, sus palabras me sorprendieron, ya que parecía defender un sistema que les era impuesto a ella y su familia. Me recordó a una amiga judía de Nueva York muy comprometida con la paz en Oriente Próximo, que en presencia de amigos judíos no dudaba en criticar con dureza a Israel, pero que entre personas hostiles lo defendía apasionadamente. Para ella, yo era una norteamericana rebotante de buenas intenciones que venía a dar voz a una heroína. Pero ¿qué sería de esta una vez finalizado mi papel? ¿Qué iba a ganar siendo una heroína allí y una traidora aquí? Nada. Al contrario, lo perdería todo. En sus asuntos internos, por bárbaros que fueran, no había que inmiscuirse a la ligera. Creo que eso fue lo que intentó decirme.

Fui a compartir la mesa con ellos y me senté a la izquierda de Hamza, que me dio la buena noticia. Su contacto le había informado del horario de llegada del juez a su despacho. Bastaba con que estuviera delante del tribunal a la hora indicada para pedirle que me recibiera. El juez era un hombre bastante amable, partidario de la verdad. Estaría encantado de responder a las preguntas de una periodista norteamericana, estaban convencidos. El padre me aconsejó que me pusiera un burka para ir hasta allí, pero que para abordarlo llevase solo un velo. Debía saber inmediatamente que yo era occidental para no sentirse incómodo ante los curiosos.

Fui a acostarme antes que los demás, como una alumna aplicada la víspera de un examen. Desde mi habitación, oí prolongarse sus risas hasta bastante avanzada la noche. Trasnocaban a menudo y recuperaban el sueño perdido al día siguiente con una breve siesta. Zuleikha había puesto en duda mi buena fe. Sin embargo, mi ingenuidad no me restaba un ápice de sinceridad. Mi teléfono sonó en el momento en que iba a apagarlo. Era un SMS de Kenneth Smoller: «¡Increíble! ¡La primera dama ha hablado hoy en la tele de esa tal Bilqiss! Haz lo que quieras, conviértete, acuéstate con el juez, pero tráela a NY», seguido de un segundo mensaje: «Bueno, era una forma de hablar, no la traigas, serías capaz de hacerlo». Al tercero: «¡Y haz fotos el día D!», no contesté. Cabreada, los borré todos. Me acosté entre sábanas perfumadas con azahar y, antes de dormirme, repasé la película del día escribiendo en mi libreta las anécdotas que lo habían acompasado. Anoté una conversación simpática que había tenido con el patriarca cuando, en plena tarde, mientras muchos dormían la siesta, había visto a los dos hermanos y la hermana pequeña chapotear en la balsa en medio del patio. Alna llevaba un pantaloncito de punto lila y una camiseta sin mangas de flores, y sus hermanos, sendos bañadores por debajo de la rodilla. Su padre había advertido mi perplejidad y, con la mirada, me había invitado a que le preguntara sobre la cuestión.

—Es raro ver esto aquí. Yo creía que a las mujeres no se les permitía bañarse.

—Si mis hijos tienen calor, eso quiere decir que mis hijas también lo tienen.

A la mañana siguiente, envuelta en un burka, estaba lista para ver al juez. Hay cosas a las que uno no se acostumbra nunca. En mi caso, esa cosa es el avión. Todavía hoy estoy pendiente del despegue haciéndome siempre la misma observación: hecho, ya no pisamos tierra firme, estamos en el aire. Pues bien, aquella mañana seguía sin salir de mi asombro por estar allí. Tres días antes, descubría la existencia de un juez y su condenada en unos vídeos de mala calidad, y aquel día, en el otro extremo del mundo, me disponía a hablar con él. No sabía aún si era una suerte, pero sin duda era ya una victoria.

Por el camino, unos agentes nos detuvieron en un puesto de control a causa de un atentado perpetrado por milicianos pro o anti (nadie distinguía ya entre unos y otros, me dijo Hamza) en una provincia vecina. Encontramos otro en la entrada del pueblo, junto a las dependencias administrativas, y lo pasamos tan fácilmente como el anterior. Hamza aparcó a unos metros del tribunal y fue a hablar con su contacto. Mientras lo esperaba, me fijé en el ajetreo del pueblo a mi alrededor. Una vez más, la foto era bonita. Los hombres deambulaban, las mujeres caminaban deprisa. Mocosos descalzos y con los labios agrietados debido a los cambios extremos de temperatura se perseguían, haraganes sostenían las paredes alisándose la barba teñida con alheña, viejos pasaban el rato yendo de un puesto a otro con los bolsillos vacíos y, en cualquier caso, agujereados, guardianes de la virtud acechaban, porra en mano, la

menor desviación en la conducta para golpear con fuerza. Delante de mí, el afectado fue un hombre de cierta edad. Al parecer, le reprochaban la largura de la barba. No se ajustaba a la ley islámica. El hombre escapó tratando de esquivar los golpes entre las burlas de los niños, que no tardaron en recibir también su parte, puesto que reír también era pecado. Se me pasaron las ganas de fotografiarlo todo. Ya no estaba tan contemplativa como el día anterior. Quizá porque el espectáculo dejaba un regusto de fin del mundo.

Tal como estaba previsto, el juez llegó a las diez. Hamza me hizo una seña indicándome que me acercara. Salí del coche y simplemente me dirigí hacia él.

—Buenos días, soy Leandra Hershman, periodista estadounidense. Me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Tendría la bondad de responder a ellas?

Encerrado en su aire taciturno, fingido o real, el juez dejó que me expusiera acerca de mi viaje y de las expectativas que tenía al ir allí. No intenté ablandarlo elogiando su imparcialidad, era realmente sensible a ella. Tampoco oculté la inmensa emoción que Bilqiss —quien, en mi opinión, no merecía ser lapidada— había suscitado en mí. Me llamó al orden cuando afirmé que la lapidación no era un precepto moral islámico, que lo había verificado preguntando a mis amigos musulmanes. Y en el Corán. Lo había leído entero durante un retiro en el centro judío Isabella-Freedman, en Connecticut, convencida de que se trataba de algo audaz y moderno. Me guardé mucho de compartir esa apreciación con él y, para no predisponerlo en mi contra, le hice partícipe de la agradable sorpresa que su lectura me había producido. Él celebró el esfuerzo, pero me invitó a quedarme donde hiciera pie.

Me arremangué como cuando uno se enfrenta a un ingente trabajo, presintiendo que no había nada ganado de antemano. Él me miró las muñecas e inmediatamente temí haber incurrido en falta. Allí, los gestos más anodinos adquirirían una connotación sexual delirante, así que dudé si bajarme las mangas. Al final no lo hice; a fin de cuentas, no eran más que las muñecas. Continué explicándole mi iniciativa, mis aspiraciones, por qué ella y no otra, por qué ir hasta allí y no limitarme a relatar desde allá, y por último le hice la pregunta que me quemaba los labios: ¿qué razón había para lapidar a una mujer por una falta tan poco grave? Él tomó la palabra para hablar con cautela:

—Señorita Hershman, nuestra religión tiene una finalidad pedagógica: organiza la sociedad. La opinión personal importa poco cuando se tienen responsabilidades como las mías. Está mal, está feo, de acuerdo, eso los convierte a usted y a sus lectores en gente que se implica. Pero mi papel es más ambicioso, debe servir de guía a personas diferentes, cada una de las cuales tiene una definición particular de lo que está bien y lo que está mal. Con todo, Bilqiss podría invocar públicamente a Dios para escapar al castigo, pero esa desvergonzada afirma que no compartimos el mismo Dios. Que el Suyo no tiene nada que ver con el nuestro y nos detesta. Por el bien de la sociedad, no podemos tolerarlo.

Le pregunté entonces, puesto que no había respondido a mi pregunta, si sabía cuál era la procedencia de semejante práctica, ya que —y lo repetí expresamente— en el Corán no aparecía la lapidación ni por asomo.

—La lapidación se basa en un hadiz.

—¿Recogido por quién?

—Pues no lo sé, fue hace mucho tiempo, probablemente por un sabio.

—No, por un carnicero. Ustedes basan sus leyes en palabras escritas por un carnicero.

—Bueno, ¿y qué tiene usted contra los carniceros? —balbució.

—Todo. Soy vegetariana.

En el centro de retiro judío, al que había ido a descansar tras la tumultuosa publicación de mi artículo «Un Israel para mujeres», hice migas con un viejo profesor de economía que, como yo, ignoraba cuál era la procedencia de los pepinillos. ¿Un árbol? ¿La tierra? ¿Un pepino daba a luz pepinillos? Mientras plantábamos semillas en el huerto, nos entró una risa incontrolable que se prolongó tomando un té en los jardines de la granja. Nos sinceramos el uno con el otro y él se rio del tema de mi artículo. Se rio con mucha indulgencia. Y cuando le conté cuál era mi lectura del momento, volvió a reírse.

—Pero esto no tiene nada de gracioso, es horrible. En todas las religiones, las mujeres son sistemáticamente perdedoras, se les puede pegar, repudiar... ¡Deje de reír! Es atroz, ¿no? No hace ni una semana, en Irán, condenaron a otra pobre mujer, Sakineh no sé qué, a morir lapidada. ¡Esos tíos son unos enfermos!

—Leandra, históricamente, la lapidación viene de la Ley judía. Los judíos lapidaban a los hombres y las mujeres adúlteros. Eso procede de la ley mosaica. Fue Jesucristo el primero que se opuso a esa práctica enfrentándose a los miembros del Sanedrín. Cuando un día le llevaron a una mujer adúltera, Jesucristo dijo: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra». Y todos, uno tras otro, se retiraron como la pandilla de desgraciados que eran. Como lo soy yo. Y como también lo es usted, Leandra. Es usted una desgraciada.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque estamos aquí los dos, en una granja, y ni siquiera sabemos de dónde salen los pepinillos. Durante mucho tiempo creí que los champiñones eran carne. Es demencial, ¿no?

—Pueees... sí.

—En cambio, siempre he sabido montones de cosas que no sirven para nada.

Como lo notaba abierto, me permití decir las cosas sin rodeos. Daba la impresión de que el juez necesitaba hablar. Se moderaba para no parecer demasiado entusiasta, pero mi visita lo llenaba de cierto orgullo. Un orgullo ridículo que por un instante me enterneció, hasta que, sobre su mesa, una pila de documentos se desmoronó y entre

ellos apareció una foto de Bilqiss. Nos miramos. Por supuesto, se justificó.

—Aquí tengo un retrato que demuestra que posó para un extranjero, cuando eso está prohibido. Esta fotografía forma parte de la larga lista de sus pecados. Y todos esos archivadores reúnen las pruebas irrefutables de su perversidad.

No sé por qué, pero inmediatamente me pregunté por qué razón la foto se encontraba en medio de una pila de documentos diversos en lugar de tenerla en un archivador. Encima de su mesa. Al alcance de la mano. No obstante, me lo guardé para mí.

Mientras ordenaba sus papeles, me informó de que iba a poner nuestra entrevista en conocimiento de sus colegas para saber si podía asistir a la audiencia. Me permití recordarle que el juicio estaba abierto a todos y que en burka nadie podría identificarme, de manera que mi presencia no perturbaría en ningún caso su desarrollo. Una vez más, a fin de no dar la impresión de que sabía más que él, añadía después de cada frase un «¿no?», como para concederle la última palabra.

—El juicio está abierto a todos, ¿no?

—Sí.

—En ese caso, podría asistir a él de forma anónima y no perturbaría su desarrollo, ¿no?

—Hummm... Sí, claro.

Abordé entonces el verdadero motivo de mi viaje. Uno no iba hasta allí para asistir a un juicio cuyas imágenes inundaban ya la red. Tras mil rodeos más o menos bien ejecutados, pero que no desembocaron en nada, le pregunté si me autorizaba a ver a Bilqiss. Se quedó sorprendido. Se disponía a decir que no, pero lo evité marcándome un farol.

—Podría preguntarle también por qué Bilqiss parece azorarse tanto cuando usted se dirige a ella. Lo ha notado, ¿no?

—No, no he notado nada —protestó—. Yo miro a esa mujer con los ojos de un juez, no con los de un hombre. Yo no veo en ella más que una pecadora. Ustedes, los occidentales, tan llenos de afectación y artificios, son muy aficionados a bordar allí donde no hay nada que tejer. Pero, si cree que esa chica se azora, vaya a preguntárselo si eso le divierte y llene su artículo de necedades como hacen en todos sus periódicos —concluyó.

En situaciones como esa es preciso atreverse a todo, como los tontos. Había tenido un presentimiento en Nueva York que se había confirmado cuando pronuncié por primera vez el nombre de Bilqiss. El juez estiró el cuello como un petirrojo en celo. Parecía confundido, empezaba una frase y la dejaba sin acabar, pasaba sin transición a otra y luego volvía a la anterior. Hizo como si leyera un papel importante, pero sus ojos estaban inmóviles. Se esforzaba en convertir a Bilqiss en un caso más, aunque lo traía por la calle de la amargura. Le faltaba convicción cuando censuraba su conducta. Cargó contra mi periódico, mis maneras y Occidente en bloque, pero aceptó que la viera. «Así podrán hablar de trapos», minimizó. No me quejé.

Mandó que me condujeran a su celda. Dos tipos estaban apostados en la entrada. Uno de ellos me abrió la puerta. Para mi gran sorpresa, Bilqiss estaba rezando. No se inmutó. Permanecí a un lado. Sometida a Dios, con las manos juntas y salmodiando en silencio, me pareció todavía más guapa. Cuando hubo terminado, dobló cuidadosamente la alfombra, se desató el pañuelo y lo dejó caer sobre sus hombros. Descubrí entonces a una mujer de belleza trágica. Una ira sorda brillaba en su mirada. Llevaba el pelo recogido en un moño casto pero desestructurado, como esos que hacen los peluqueros de moda cobrando un ojo de la cara. Una vez más, me sorprendió pensar eso estando donde estaba, pero Bilqiss resultaba tan intimidante que todo se embarullaba en mi cabeza. Había idealizado tanto ese momento que al final lo había estropeado. Ella me miró, se sentó y me preguntó con toda naturalidad qué quería. Yo había preparado unas palabras, pero, nada más pronunciarlas, sonaron huecas.

—¿De qué lucha habla? —me interrumpió en plena parrafada.

—Su juicio lo es para todas las mujeres del mundo, lo quiera o no, usted es un ejemplo —balbucí.

—Viene usted a mi país llena de certezas, de emociones falsificadas y de caridad intrusiva para imponerme una lucha que no existe, sin saber si soy culpable o no.

—Simplemente pienso que ningún ser humano merece ser lapidado, da igual lo que haya hecho.

—En mi país es la ley.

Me acordé de Zuleikha y comprendí que había querido avisarme. Allí no les ponían la alfombra roja a las almas caritativas. Empecé a carraspear como una idiota, sin saber si debía marcharme o insistir. Al final recurrí al mismo truco que con el juez y me marqué un farol.

—¿Había previsto, en sus pensamientos más descabellados, que el juez se enamoraría de usted?

Su turbación al oír aquello fue tan profunda que se estremeció. Llevaba allí apenas unos minutos y ya había descubierto su secreto. Con el semblante descompuesto, atribuyó primero esas maledicencias a los guardianes de la celda, pero luego rectificó.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Él? Imposible. ¿Los guardias? No, ellos seguro que no, le son fieles. En cualquier caso, me había desmayado. Si ocurrió algo, yo estaba inconsciente.

Bilqiss estaba desesperada, parecía una mosca encerrada en un vaso. Gracias a un método tan viejo como el mundo, acababa de confirmarme lo que yo solo suponía. Me ofrecía, a su pesar, el mejor tema que una periodista podría soñar: el amor imposible de un juez fundamentalista y su condenada.

Preocupada ante la idea de que corriera la voz, me recordó que volverían a azotarla, dejarían que se restableciera y después la lapidarían. Una acusación más o menos en la larga lista de sus pecados no cambiaría ni un ápice su suerte,

simplemente retrasaría el suplicio.

—Además, debe saber que, si quiere castigar al juez revelando nuestra historia, usted se expone mucho más que él. Él negará ese beso y usted pagará por lo que ha dicho.

Sin embargo, ese beso había existido, ella lo recordaba y se puso a contármelo angustiadísima. El juez había ido a visitarla el día que le dieron treinta y siete latigazos por haber insultado al fiscal. Estaba inmovilizada por el dolor cuando él le llevó una crema calmante, aunque se negó a aplicársela. Bilqiss aprovechó el relato de los hechos para pedirme el mismo favor. Me tendió un tubo de gel frío, se levantó la túnica de seda satinada y me ofreció su espalda cubierta de heridas secas, de un marrón rojizo. Impresionada, tardé unos instantes en obedecer, con mano trémula, rodeando los puntos que aún estaban en carne viva, a su petición. Empecé rozándola y, al llegar a la parte superior del cuerpo y la nuca, que no estaban dañadas, friccioné con más energía. Con un movimiento de hombro que denotaba impaciencia, me pidió que masajeara más fuerte; al hacerlo, acercándome a su cuerpo y apoyándome en ella, vi sus pechos perfectos, que, pese al zarandeo, no se balanceaban de un lado a otro. Firmes y redondos, nunca habían sido maltratados por la boca de un niño. Durante una audiencia en la que se lo reprocharon, declaró, sin emocionarse, que era lo mejor que le había pasado, «porque mi cuerpo es inteligente y se niega a dar vida para que acabe en vuestras manos». Luego se levantó, se cubrió con la larga túnica y retomó el asunto del beso: tras el episodio de la crema calmante, el juez había vuelto, ya de noche, para llevarle aceitunas moradas con pimentón y un bollo de anís. Aún nebulosos, distinguía los recuerdos reales de los novelados mientras me los contaba.

—Se fue de prisa hacia la salida, ya no me acuerdo por qué, y entonces tiró las aceitunas al suelo, y como yo no podía moverme, pues me dormí en mi camastro acunada por el dolor.

¿Y el beso?, pensé.

—Pero regresó. La espalda me dolía demasiado, tanto para dormir como para permanecer despierta. Regresó y, aunque estaba adormilada, recuerdo un primer beso en mis labios ausentes y un segundo en mis labios más abiertos.

Bilqiss, mortalmente pálida, se asustaba a sí misma rememorando ese escandaloso paréntesis. Clavó los ojos en los míos y, como si se dirigiera a su acusador, me plantó cara diciendo a gritos que yo no podía comprender la aridez emocional en la que vivía desde siempre, que antes de ese hombre jamás había respirado el olor del deseo, que su vida de mujer casada no había sido sino una sucesión de violaciones maquilladas de relaciones conyugales, que se avergonzaba de sí misma, pero que le había gustado ser acariciada y besada por un hombre, aunque fuese su verdugo. La calmé, demostrándole una profunda empatía, la tranquilicé y le prometí que jamás revelaría nada de lo que me había dicho.

—Estoy de su lado, Bilqiss, créame, puede contarme lo que sea, jamás la traicionaré.

Así que prosiguió su relato, en el que me sumergí alegremente. A partir de aquel momento, Bilqiss no me escamoteó ningún detalle. El juez partió unos trozos de bollo, se los puso en los labios y los empujó con el índice hacia el interior de su boca. Primero la acarició con los dedos, apartando los mechones que le caían sobre la cara para esconderlos detrás de la oreja. Bajó por la nuca y por el pecho hasta que la recorrió un estremecimiento que hizo que se detuviera. Se alejó de ella un instante, pero, cuando Bilqiss entreabrió la boca para pedir más, él la abrazó con un ardor salvaje, casi colérico. Se besaron tanto tiempo como pudieron prescindir de aire. Bilqiss mantuvo los ojos cerrados. De esa forma se protegía. En la oscuridad, aquello no sucedía realmente. En la oscuridad, lo que notaba en el vientre no era más que una sensación alimentada por un exceso de imaginación y de sueños impúdicos. En la oscuridad vio que su carne recuperaba el color, en la oscuridad abrió las piernas para recibir la vida, en la oscuridad gimió y no fue a causa de la espalda.

Se calló de golpe. No me dijo nada más sobre aquello. Como si quisiera, pese a todo, conservar un poco de ese momento para ella sola. Se encerró en sí misma y volvió a mostrarse desconfiada, insistiendo de nuevo en saber quién, cómo y cuándo.

—He seguido mi intuición, Bilqiss. Desde el principio. Ya en Nueva York, en los vídeos que vi, la clemencia del juez con usted me resultó llamativa. Y también sus gestos. Son los de un enamorado que es esclavo de su propia moral.

Su risa sardónica me recordó la de Rula cuando la hice partícipe de mi impresión. Las dos orientales compartían el mismo odio al sentimentalismo. Bilqiss puso fin a nuestra entrevista desenrollando la alfombra de oración y extendiéndola en dirección a La Meca. Se cubrió con un largo ropón negro ceñido con una goma elástica en el cuello. Yo cogí el bolso y salí de la celda. Desde el otro lado de los barrotes, le pregunté si quería que le llevase algo el día siguiente. *Halva* y *golchis*, me respondió. Repetí aquellas palabras mentalmente para que pareciese que me eran familiares. Después volví sobre mis pasos y le hice una última pregunta antes de que se sumergiera en la oración:

—¿Sigue rezando a Dios?

—Pues claro. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, a mí me parece que en los últimos tiempos la ha abandonado.

—Alá no me ha abandonado nunca, somos nosotros quienes Le hemos dejado tirado.

Sonreí de buena gana. Respetaba su fe. Intacta pese a la infamia.

—Creo que no necesita rezar, Bilqiss, irá al paraíso, estoy segura.

—No. Iremos todos al infierno —objetó ella, muy en serio.

—Pero ¿por qué?

—Porque todos podríamos haber actuado mejor.

¡La muy idiota! Alá, perdóname por haberme burlado de esa americana y haberme



inventado ese beso ridículo entre el juez y yo, pero tengo tan pocas ocasiones de divertirme que no he podido evitarlo. ¡Si la hubieses visto beber mis palabras como si fuera un elixir! ¡Una gozada! Una cabeza de chorlito romántica con aspiraciones de reportera era una tentación demasiado grande. Me la imagino ahora transcribiendo con apasionamiento en su diario de viaje esta conmovedora historia. Casi la oigo decir: «Fantástico, he conseguido algo turbulento y transgresor que a las madres demócratas con tres hijos les gustará leer». Y hasta tomándola como fuente de inspiración: «Si Bilqiss se acuesta con el juez, entonces yo también puedo hacerlo con mi compañero del departamento jurídico, el apuesto Brad». Hasta tal punto el sexo se ha convertido para ellos en una preocupación, en una inquietud pequeñoburguesa explicada, contada y analizada sin ningún pudor. ¿Y si no hubiera otra cosa que hacer que hacerlo? Hacer el amor. Practicarlo, explorarlo e invitar al diablo para formar un trío.

Así se desarrolló mi primer encuentro con Bilqiss. No me había parecido oportuno enseñarle la taza con su retrato por miedo a pasar por una fan. No quería que se formara una idea equivocada de mí. En el camino de regreso, en el coche de Hamza, anoté en mi cuaderno de notas cosas que ella había dicho y otras que solo había sugerido. Sin embargo, lo esencial del día se me escapaba. No logré transcribir lo sucedido tan apasionadamente como lo había vivido. Al releerlo, todo me parecía sin brillo, ni a la altura de lo que había escuchado ni a la de lo que había sentido. A duras penas conseguí describir la austeridad de su celda, el rostro descarnado de uno de los guardias y la cabeza surcada de cicatrices del otro. Llena de una energía nueva, cerré mi Moleskine y decidí no escribir nada más. Bilqiss me había conquistado hasta tal punto que sabía que se me revelaría cuando la necesitara. Una magnífica puesta de sol se convertía, cuando la fotografiabas, en una puesta de sol de chicha y nabo. Era preciso aceptar que a veces las cosas se nos escapan para recuperarlas mejor después. Que un sol se sale del encuadre, por ejemplo. Bilqiss no tenía nada que hacer en una libreta. Y menos aún en una taza.

Cuando llegué a casa, nadie se interesó por cómo me había ido el día. Zuleikha, sus hermanas y sus hermanos estaban estudiando con su padre, mientras su madre bordaba un inmenso trozo de cañamazo en el que distinguí a una odalisca escondiendo un sable bajo su lánguido cuerpo. Después de haberme refrescado y haber dormitado una media hora, compartimos la tradicional merienda en familia, que se prolongó hasta la cena de tantas historias fantásticas que el patriarca tenía para contar. En todas ellas, yo lo interrumpía para preguntar, admirada, si aquello había sucedido realmente, a lo que él respondía haciendo un gesto correcto pero irritado con la cabeza. Llevada por mi entusiasmo, me pasé de la raya cortándole, lo que provocó que Zuleikha perdiera la paciencia y me dijera en un tono lapidario que la verdad no tenía ninguna importancia, y lo que sí la tenía, en cambio, era que los

dejase viajar con su padre.

—Leandra, lo que mi hija intenta decirle es que su obsesión por la verdad no forma parte de nuestra cultura, más oral que la suya, como habrá observado. Cuando les cuento historias a mis hijos, lo de menos es que hayan sucedido o no, lo importante es que comparto con ellos un momento feliz y les transmito una parte de mi vida, embellecida o no. La verdad no le interesa a nadie; viniendo de América, debería saberlo.

Me callé al instante. La desagradable sensación de ser la americana mala y superficial empezaba a cabrearme. A fuerza de fantasear sobre su pasado, se desconectaban de su presente. Los viejos siempre tenían razón, se santificaba a los ancianos y su juventud se empantanaba en unas aguas estancadas. Me habría gustado decírselo, pero incluso en Estados Unidos se respeta a quienes te ofrecen su hospitalidad. Así que cerré el pico y tomé otro café con canela que la mamá me puso delante. Un poco más tarde, la ayudé en la cocina a disponer unos aromáticos entrantes en una bandeja lacada y el plato principal en una vajilla china. Aproveché para preguntarle dónde podía comprar *halva* y *golchis*. Buscó en los armarios y sacó un paquete.

—Los *golchis* —me dijo— te los prepararé mañana antes de que vayas al juicio.

De manera espontánea, la abracé y me eché a llorar. Ella no era el tipo de mujer amante de las efusiones afectuosas, pero como no le di la oportunidad de elegir, me rodeó también con sus brazos.

—Intento hacerlo lo mejor que puedo, he venido sin conocer sus códigos. En la conversación de hace un rato, yo no quería molestar a su marido, solo manifestarle interés, era mi forma de valorarlo. Él cree que lo he tratado de mentiroso, pero no era esa, ni mucho menos, mi intención —farfullé.

—Leandra, esa es la razón por la que hay que desconfiar de las buenas intenciones. No bastan. Lo que conocemos de ustedes es lo peor: sus soldados, sus mercenarios, sus mentiras, el saqueo que hacen de nuestros bienes y sus cantantes desnudas. Usted llega a nuestra casa rebosante de belleza, de alegría, de suerte. Sé que admira a nuestra familia y que, una vez de vuelta en su país, le dirá a todo el mundo que aquí no todos somos terroristas, que hay personas increíbles, pero eso no cambiará ni un ápice nuestra vida. Somos profundamente desdichados, estamos amargados y desesperados. No intente conseguir que la queramos, no tenemos medios para hacerlo.

Llevé a la mesa baja unos platos copiosos y variados y, poniendo como excusa una fuerte migraña, me disculpé ante el patriarca por no cenar con ellos. Él sacó del bolsillo un polvo amarillento para diluir en un vaso de agua tibia y avinagrada. Acababa de tumbarme cuando llamaron a mi puerta. La madre venía a traerme un plato con diferentes manjares. «Por si acaso», susurró. Cerró la puerta en silencio y me dije que tenían un modo muy peculiar de no querer a la gente...

Pese a las palabras severas de Zuleikha, decidí confiar en ella. No escribir nada,

no tomar nota de nada, dejar que los acontecimientos viajaran por mi interior y fiarme de mi memoria sensorial. Creía estar oyendo a mi madre, pero, de hecho, todo parecía grabado en mi mente. Aquella aventura era distinta de todas las demás. Por más que la minimizaran, que la aburguesaran, yo sabía que me cambiaría la vida. Faltaba por saber en qué sentido.

Bilqiss presentaba un rostro en el que los contrastes se compenetraban. Estaba segura de su carisma y de su envergadura, su belleza sutil rehuía los ojos de la gente vulgar, era gélida y un instante después ardiente, mujer y, acto seguido, niña, y sobre todo imprevisible, pues me había contado de entrada lo que debería haber reservado para el final. Habría podido escabullirse, hablar con vaguedad, incluso desmentir, pero había preferido decirlo todo y revivir conmigo aquella noche haciéndola real de verdad. En cuanto di a entender que me había parecido que el juez se sentía turbado durante nuestra entrevista, se lanzó a hacerme un relato apasionado. Hasta me confesó que su amante le había recitado al oído, al final (en ningún momento pronunció explícitamente «el acto sexual»), unos versos de Rumi, su poeta preferido: «Tu nombre está en mis labios, tu rostro está en mis ojos, tu recuerdo está en mi corazón, ¿a quién podría, pues, escribirle, puesto que tú te paseas por todos esos lugares?».

Yo no podía imaginar una vida sin besos. El marido de Bilqiss, que murió a consecuencia de una caída mientras reparaba la parabólica en el tejado de su casa, no le había dado nunca ninguno. Así pues, el primero que había saboreado era el del juez. «Nada podía separar nuestros labios, que normalmente se increpaban, y menos aún nuestros cuerpos, que acabamos dominando a la fuerza. Fue algo tan potente, Leandra, que todavía hoy me pregunto si era real». Así es como me lo había relatado y como yo había querido imaginarlo. Me dormí recordando sus palabras para despertarme ocho horas más tarde, en plena forma, con una sola preocupación: los *golchis* que le había prometido a Bilqiss. Los encontré delante de mi puerta, en una cesta de mimbre, cubiertos con gruesos mantelillos para preservar el calor. Después de lavarme como los gatos y tomar un desayuno pantagruélico, Hamza me indicó que estaba listo para salir. Me puse el burka, con demasiada naturalidad para mi gusto, y me fui a la audiencia.

Por comodidad y para no incitar a los abogados a sobreactuar delante de una extranjera, me lo dejé puesto y me senté al fondo, en un rincón, como todas las demás mujeres. Pensaba encontrarme una feria de ganado, pero, cuando entré en la sala, reinaba una calma solemne. Todo el mundo se volvió hacia mí. No era tan anónima como quería pensar. Y el burka no ocultaba lo esencial. Los rostros macilentos y el aspecto andrajoso de la gente del fondo de la sala contrastaban con los celadores de la primera fila, el cuadro VIP del corredor de la muerte, lleno de abogados, legisladores y exégetas de aire petulante. Ebrios de fe y seguros de su moralidad, aguardaban,

apoltronados en sus asientos, a que la pecadora les fuese entregada. Cuando por fin esta apareció, se irguieron, no tanto por educación como por la sobreexcitación que les producía. A mi alrededor, los desharrapados se levantaron, estirando sus cuellos descarnados para verla. Desde que le infligieron el castigo en la plaza pública, el juez la había eximido de estar presente. Bilqiss avanzaba, con la cabeza cada vez más alta y la mirada más perdida, igual que una medusa se mueve en el océano, indiferente a lo que la rodea, dando la sensación de no tocar el suelo. Unos cuchicheos difusos recorrieron la sala, pero la llegada del juez los interrumpió de golpe. Gracias a mi elevada estatura, tenía una visión panorámica de la sala. Estaba pendiente de las miradas de los dos amantes, que no se cruzaron enseguida. Yo era la única testigo, junto con Dios, de aquel amor inconcebible, lo cual me hacía sentir, con toda probabilidad erróneamente, cierto orgullo. No compartía un todos los días secretos con Alá siendo judía como yo lo era. Reprimí la risa tonta que me había causado esa imagen absurda, olvidando que bajo el burka no se me veía y, por lo tanto, era más libre de exteriorizar mis emociones. Esperaba que Bilqiss me buscase con la mirada, pero no hizo nada en ese sentido. Temía que estuviera arrepentida de haberse sincerado conmigo. La sesión comenzó. Ella, etérea, se levantó para escuchar la enésima acusación.

—Cuando recitó el *adhan*, deformó la palabra de Dios, dijo textualmente que Alá perdona a los que no rezan. En cierto modo, los animó a desviarse del buen camino y a convertirse en unos impíos.

Aquella mañana, ya no sabía si el juez tenía realmente poder para salvarme o si me utilizaba como pretexto para ofrecer una flor por su salvación. En la sala todos pedían que me mataran. Teólogos extranjeros habían tomado mi caso para crear jurisprudencia. Lo estudiaban a fin de acordar un castigo proporcional a la gravedad del pecado. Los imaginaba repantigados en alfombras, departiendo sin fin para ponerse de acuerdo sobre la pena con la que debía castigarse a una mujer que recitaba el *adhan* desviándolo de su sentido original. Original: nada era menos seguro cuando se sabía la cantidad de iletrados existente entre los ulemas. ¿Se trataba de una blasfemia o era el fruto de la locura? Tales eran las consideraciones de los sabios musulmanes de hoy en día mientras otros iban a la Luna. Siete siglos llevábamos ya en declive, mirando pasar el tren del futuro e incapaces de subirnos a él. Siete siglos llevaba el mundo musulmán respirando con un solo pulmón y pagando a un elevado precio el amordazamiento de sus medias naranjas. Siete siglos llevábamos llamando a esto una regresión fecunda para no admitir el marasmo. Lejos quedaban los tiempos en que el valor espiritual de un musulmán se medía por la cantidad de libros que tenía, en que las bibliotecas se multiplicaban como alminares, lejos también los tiempos en que las mezquitas, además de las salas de oración, albergaban el saber que hombres y mujeres sin distinción podían ir a degustar. En lugar de recordarles en vano lo que Nafisa me repetía a menudo, respondí:

—El profeta Mahoma, la paz sea con él, dijo: «La tinta del alumno es más sagrada que la sangre del mártir». También dijo que la ciencia está muy por encima de la devoción ciega. Señor juez, partiendo de ahí, he interpretado sus palabras y he llegado a la conclusión de que Alá no censuraría a un hortelano, un jardinero, un panadero o un profesor de historia que no rezara para dedicarse a su trabajo o, lo que es lo mismo, a su ciencia.

—Usted no está autorizada a interpretar las palabras del profeta Mahoma, la paz sea con él.

—¿Y usted sí lo está? —repliqué—. ¿Quién le ha otorgado ese derecho y me ha privado a mí de él? ¿Acaso el Corán le pertenece? ¿Está registrado el nombre de Alá? Usted ha robado Su palabra y Lo ha tomado como rehén para convertirlo en la marioneta a la que da voz como ventrílocuo, a fin de hacerle decir abominaciones y refugiarse detrás de Su grandeza. Porque Alá es grande, pero también puede ser muy pequeño, invisible, si así lo decide. Y ese día no lo verá venir, pero pagará por todo el daño que nos han hecho.

Recibí un violento golpe en la mejilla, propinado con un cinturón por el mismo hombre que había intentado descoyuntarse el hombro entre dos barrotes para pegarme durante la primera audiencia. La hebilla me partió el arco ciliar y el cuero del cinturón me marcó la mejilla en diagonal. Dos guardias lo agarraron de inmediato obedeciendo al juez, que les ordenó sacarlo de la sala. El hombre profirió unos

insultos más hasta llegar a la puerta del tribunal, que los acalló una vez cerrada. En la sala proliferaban las protestas, pero el juez puso fin a ellas suspendiendo la audiencia hasta el día siguiente. La gente se levantó. La chica americana fue la última en salir. Me animó discretamente levantando el puño en mi dirección. Los guardias me escoltaron hasta mi celda, donde normalmente encontraba *halva* y *golchis* todavía caliente.

La americana no estaba allí. Pensaba que, tras una controversia tan viva, se habría apresurado a venir a verme para traermé las viandas y preguntarme en caliente, pero no. Así que, mientras la esperaba, me limpié la herida, apliqué crema cicatrizante sobre el tajo y me tumbé en el camastro canturreando *Sawah* para cubrir el ruido de mis tripas, cada vez más sonoro. Me adormilé enseguida, hasta que el chirrido de la puerta metálica me despertó. Leandra estaba delante de mí, ceñuda, con una cesta en la mano de la que se desprendía un aroma de almendras y azahar. No dije nada. Ella tampoco. ¿Cuál de las dos cedería antes? En ese juego, yo era la mejor. Cedió ella, como estaba previsto.

—¡Me mintió!

—¿Sobre qué? —pregunté con aplomo.

—Sobre su noche de amor con el juez. Me mintió. No existió. Ni beso ni amor, no sucedió nada de todo eso. ¡Me mintió!

—Yo no le menté, Leandra, le di lo que ha venido a buscar —tuve que reconocer tras una larga pausa.

—¿Y qué he venido a buscar, según usted?

—Una historia. Un tema. Un cuento que acabe bien. El retrato de una mujer extraordinaria. Y no hay nada de todo eso aquí. Lo único que hay es muerte, y eso no le interesa a nadie.

¿Qué había dicho que hubiera podido abrirle los ojos, cuando el día antes, rebosante de admiración, salió de la celda flotando a un metro del suelo, ebria de mi noche de amor con el juez? Hasta tal punto se lo creyó que yo misma llegué a dudar. Y además, en cuanto empecé a contárselo, recordé que, después de haber rozado mis labios al introducir entre ellos un trozo de bollo, el juez se había marchado a toda prisa, aterrorizado por aquella oleada de sensaciones inusuales en él. Yo estaba medio inconsciente, pero lo vi estremecerse como una mujer y huir como un hombre. Me había divertido con la americana, ávida de malvavisco espolvoreado de buenos sentimientos, de películas en las que el malo nunca lo era del todo porque era preciso que al final lo quisiéramos un poco. Leandra era una joven occidental demasiado jovial para admitir mi desamparo sin intentar paliarlo. Necesariamente sincera en su proceder. No obstante, me negaba a encarnar sus temores y todavía más a que mi realidad sirviese de estera para sus sueños. En el retrato que quería trazar de mí, de quien se hablaría al final sería de nuevo de ella, la atractiva rubia que se había enfrentado a mil peligros, porque eso era lo único que los occidentales sabían hacer: deleitarse en su propia humanidad. Leandra se había volcado en mi historia para

escribirla con sus lágrimas teñidas de rímel. Incluso cabía la posibilidad de que algún día me encontrara en el expositor de los quioscos de prensa de aeropuertos y estaciones, entre otros best sellers, para divertir o emocionar a los viajeros de los vuelos y los trenes de larga distancia dependiendo de si les gustaban las mujeres o detestaban a los musulmanes. Me negaba a ser una trabajadora temporal en su espectáculo. El mío era insoportable. No iba a confiar en esa mujer que tenía todos los números para ser la presunta mejor amiga que se apresura a contarte las cosas malas que ha oído de ti. Bajo una apariencia de bondad, por supuesto.

—¿Por qué simplemente no se ha negado a recibirme en vez de inventarse esa historia?

—Porque me apetecía comer *golchis* y *halva*.

Contra toda expectativa, me tendió la cesta con los dulces todavía calientes y sacó del bolso un termo y dos tazas. Se arrodilló, puso las tazas en el suelo y me sirvió té con cardamomo. Me tocaba a mí ahora sentirme un poco idiota. Me senté frente a ella y empecé a comer *golchis*. Al acercarme la taza de té a los labios, descubrí mi propia cara y estuve a punto de atragantarme. Me reconocí de adolescente, cuando posé para aquel extranjero que, a cambio de una sonrisa forzada, me dio unas monedas, dos libros, una revista y el manual de instrucciones de su cámara. Era el retrato que el fiscal había mostrado durante el juicio. Así que la «belleza trágica de mirada intensa» decoraba tazas... Esa era la forma en que aquel inglés había querido manifestar su apoyo a mi pueblo, sin violencia, sin palabras, simplemente con rostros. Me acordaba perfectamente de él y de su chaleco de color caqui con minúsculos bolsillos inútiles. Imposible contenerme, me eché a llorar. Era como los gatitos que aparecen en los calendarios, como las flores de color pastel de las postales de felicitación. Era la que impedía a las personas felices beberse el té sin conciencia, la que les recordaba que seleccionaran los residuos, comieran productos ecológicos, utilizaran menos papel, hicieran donativos a la Cruz Roja, eliminaran el aceite de palma de su alimentación, se ducharan en vez de bañarse, utilizaran el transporte público y productos de belleza no testados en animales, salvaran el bosque amazónico y las focas del casquete polar, no abandonaran a sus perros en el arcén de una autopista, hicieran deporte todos los días y llevaran una dieta equilibrada, a ser posible comiendo pequeñas cantidades a partir de las seis de la tarde. Dejé la taza, cogí la suya y bebí un largo trago de té para ahogar en él mi emoción. O mi rabia. Leandra me contó entonces que, después de haber visto los vídeos de mi juicio, se había dado cuenta de que yo era la chica de belleza trágica y mirada intensa. Pero, después de tantos años acompañándola durante los descansos para tomar café y los domingos mientras veía una película, ya no era más que la chica de la taza. En eso nos convertían cuando confiábamos en personas así, bienintencionadas, emotivas e indignadas, en personas para las que, por lo demás, las labores humanitarias eran un sector de actividad como cualquier otro. No tenía ganas de verme en adhesivos, pósteres, bolsos y camisetas, no tenía ganas de que mi historia inundara las páginas arrugadas de las revistas de salas de espera, no tenía

ganas de ser la que hiciera relativizar las cosas a los demás obligándolos a darse cuenta de que, al fin y al cabo, no eran tan desgraciados. Lo que yo habría querido, en cambio, es que el fotógrafo me hubiera llevado con él.

—Lo siento, Bilqiss, no era mi intención hacerla llorar. No me daba cuenta de hasta qué punto el objeto es obsceno. He bebido en esa taza durante años sin sentir ni una pizca de su angustia. Tal vez porque es imposible. Lo que ese fotógrafo hizo es, en última instancia, una especie de violación —deploró la americana con aire compasivo.

—No, es simplemente un robo —la corregí—. Violación es cuando unos mercenarios de su país vienen a derribar las puertas de nuestras casas y aterrorizar a nuestras familias, cuando violan a las vírgenes porque tienen el agujero tan pequeño como el ojo de una aguja.

—¿Perdón?

—¿Perdón qué?

—¿Qué ha dicho? No estoy segura de haberla entendido.

—Creo que me entiende muy bien, Leandra, y en todo esto lo peor es que está condenada a ser patriota, usted ha elegido el Bien y eso es algo por lo que hay que pagar un precio. No sea tan emotiva, porque a la menor oportunidad, a la menor claudicación, al menor ablandamiento por su parte, iremos a matarla. Si yo tomo el poder, Leandra, la mato.

Un guardia interrumpió nuestra aterradora conversación para decirle a la americana que tenía que marcharse. Todavía bajo la conmoción de lo que acababa de escuchar, recogió sus cosas y, respirando entrecortadamente, salió de la celda. Le pedí pastas con corteza de naranja para el día siguiente. Ella asintió. Ya en la puerta, volvió sobre sus pasos y me preguntó:

—¿Cómo puedo estar segura de que esta vez no me miente?

—Porque esto no tenía ganas de oírlo, Leandra.

—¿Qué quiere de usted esa americana? —me preguntó el juez.

Su tono lapidario me sacó del sueño profundo en el que me había sumido, ahíta, justo después de que Leandra se hubiese marchado. Se había invitado de nuevo a venir a mi cabecera en plena noche, sin preocuparse de los dos tipos que vigilaban mi celda. Repitió la pregunta, pero no por ello me apresuré a responder. Me desperecé como una gata persa, bostecé increíblemente fuerte, me froté la cara con las palmas de las manos y solo entonces me digné decir, por encima del hombro:

—Quiere trazar un retrato de mí, escribir un artículo o un libro, eso da igual. En pocas palabras, le parece abyecto que me lapiden...

Arremetió contra América, la arrogancia de su pueblo y su turismo solidario, que no era sino injerencia. ¡La culpa de todo eso la tenía Estados Unidos, los impíos y los enemigos del islam! En eso mi juez no era diferente de los demás hombres. Al igual



que ellos, nunca se cuestionaba a sí mismo. Recordaba haberlo pensado cuando, una mañana, mi marido se levantó con todo el cuerpo dolorido, víctima de una fuerte amigdalitis y maldiciendo al mundo entero porque había cogido frío. Aún me oía decirle, el día anterior, cuando se disponía a ir al bar para disfrutar de las primeras horas de la primavera, que se pusiera una camiseta interior porque «los rayos de sol en esta época del año son traidores, Qasim, lleva cuidado...». No me escuchó y, como es lógico, cayó enfermo. Una mala costumbre filológica de nuestra lengua quería que fuese el exterior quien nos castigara y no a la inversa. Así, no decíamos «he cogido frío», sino «el frío me ha castigado», «la ventana me ha golpeado», «la sopa me ha quemado». Nunca éramos responsables de lo que nos ocurría. Éramos eternamente irresponsables. Cuando se lo señalé, mi marido me cerró la boca con un bofetón quejándose entre dientes de recibir tan poco apoyo. Pero el juez pareció más receptivo a mi razonamiento cuando se lo expuse. Se calló, reflexionó unos instantes y se echó a reír de buena gana, incapaz de parar.

—Entonces, la culpa de que seamos tan miserables la tiene nuestra lengua... Claro...

Continuó riéndose mientras enunciaba decenas de giros lingüísticos en los que arrojábamos la piedra contra el aire si este nos levantaba las faldas y contra el sol si nos quemaba la piel. Aquella noche el juez se reía a gusto, estaba relajado y tranquilo. Yo lo prefería estricto e inhumano para poder despreciarlo impunemente. Y, de repente, dejó de reír, sonrió y se calló sin apartar la mirada de la mía. Me incliné y volví la cabeza, turbada al ver en sus ojos lo que hasta aquel momento había conseguido disimular.

—¿Por qué me mira así? —pregunté.

—Porque los ojos ya no me obedecen. Mi corazón se rebela y mi cabeza está hecha trizas.

—Para un hombre de leyes, eso es una contrariedad.

—Para un hombre sin más, es el peor castigo posible.

Se había instaurado un jueguito malsano sin que yo lo hubiera visto venir. La gente reclamaba con fuerza mi lapidación en cada audiencia porque estaban seguros de que el juez la pospondría una vez más. Por lo demás, me había convertido en un eje de la economía del pueblo, pues en los bares de los alrededores del tribunal se prolongaban las sesiones hasta muy avanzada la tarde, lo que hacía frotarse las manos a los vendedores de cigarrillos y de buñuelos. Leandra, solícita, me traía a diario dulces y los últimos chismorreos sobre mí. Como periodista americana, estaba autorizada a deambular por las terrazas con el cuaderno y el bolígrafo a la vista. Me divertía verla con burka, cuando habría podido limitarse a llevar un pañuelo y una túnica. Sospechaba que estaba ávida de exotismo; debía de pensar, equivocadamente, que ponerse un burka facilitaría su inmersión en el país. Como esta no tenía nada de

definitivo, Leandra lo llevaba como un disfraz, mientras que para nosotras era una segunda piel. Una segunda piel para engualdraparnos como vulgares yeguas útiles para ser montadas y, por supuesto, teñida en colores tornasolados que iban del malva al azul nomeolvides y del verde jade al amarillo azafrán. Esos malnacidos no tenían corazón, pero gusto sí, y cuando nos deslizábamos entre ellos o desaparecíamos en las callejas oscuras del pueblo, lo que se dibujaba ante sus ojos era un cuadro viviente. En lo que a mí respecta, había decolorado sistemáticamente todos mis burkas sumergiéndolos en litros de lejía para no dar relieve al paisaje. Para gritar en silencio todo el asco que me inspiraban.

Un día, un guardián de la virtud me detuvo para indicarme que el color de mi burka no concordaba. Le pregunté con qué no concordaba y tuvo la cara dura de contestarme: «Con la estética islámica». Me encantó enterarme de que aquello le preocupaba, de que los hombres virtuosos no estaban desprovistos de sentido estético, de que su islam era sensible a las cosas bellas y de que mi burka descolorido contrariaba a sus delicados ojos. Azulado, grisáceo, amarillento: esa era la única manera que se me había ocurrido de fastidiarlos. Afeaban nuestra vida, pero esta debía ajustarse a sus criterios de belleza. Forzosamente, la tensión aumentó cuando le señalé que su observación estaba obsoleta. Tras lo cual, le rogué que me dejara pasar con esa pizca de arrogancia que mostraba a menudo al acabar las frases para subrayar mi descontento. Él me replicó que no le gustaba mi actitud y que en una mujer la impertinencia casaba mal con la virtud. Enseguida se formó un corro a nuestro alrededor en el que cada cual daba su opinión sobre mi actitud. Algunos veían en ella una forma de insumisión o de recelo hacia las autoridades religiosas, otros me reprochaban ser demasiado imaginativa y que de blanco atraía más las miradas, ya que no era el color tradicional. Como todos los hombres se aburrían muchísimo, el menor incidente callejero se transformaba en un animado espectáculo, en el transcurso del cual podían hacer oír su voz uno tras otro con petulancia. Oí a uno de ellos exigir que me azotaran, a otro que me pusieran una multa, pero el guardia, propinándome un bastonazo en la espalda, puso fin a aquel sainete ridículo. Poco a poco todos se dispersaron, estrechándose calurosamente la mano después de haber estado en desacuerdo. La llamada a la oración sonó y desaparecieron, rápidos como flechas, en la media docena de mezquitas de los alrededores. Me encontré sola con mi ira. La plaza estaba desierta. Los guardianes de la virtud habían dejado sus armas en la entrada de las salas de oración. No tenía más que coger una y cargármelos a todos por la espalda. Reventar sus cerebros gangrenados. Habría podido hacerlo y, sin embargo, no lo hice. No sé qué me retuvo, por encima de las ganas o de la desesperación. Quizá una falsa idea del bien. El principio según el cual a la barbarie no se responde con barbarie me lo había enseñado Nafisa. Ella no paraba de repetirme que bajo ningún concepto había que volverse como ellos. Y luego, por ser una mujer de palabra, un día dirigió la barbarie contra sí misma mordiéndose las muñecas. Dick expresó la misma idea cuando una noche le conté que había deseado

matarlos mientras rezaban como bueyes. «No hay que perder la esperanza, el bien triunfará, nosotros estamos aquí para conducirlos hasta él y aniquilar a todos esos bárbaros», me dijo con la misma intensidad en la voz que debía de haber puesto el que lo había reclutado para conseguir que renunciara a su formación de experto contable. Ni Dick ni Nafisa me habían convencido. De lo que estaba segura, en cambio, era de que, si los mataba, no podrían seguir haciéndonos daño. Rezaban al unísono, en un movimiento acompasado y cadencioso, ofreciéndome el trasero en primer plano como un blanco perfecto. Pero, cuando me disponía a empuñar una metralleta, los menos habladores empezaron a salir de la sala de oración, con la marca de la *zebiba*<sup>[6]</sup> oscurecida a causa de los repetidos frotamientos contra la alfombra para ser el que la tiene más grande. Titubeé demasiado. Y pensé demasiado. Aquel día no maté a nadie.

—Señor juez, cuando esta mujer recitó ilegalmente el *adhan*, nos informó sobre las actividades del panadero, del jardinero, del profesor de historia y del hortelano a una hora en que se supone que estos debían estar rezando. En consecuencia, le pido que ordene administrarles veinte latigazos por infracción de uno de los cinco pilares del islam.

—Señor juez, no, se lo suplico —protesté, saltando del asiento—. Azóteme a mí en su lugar, ellos no han hecho nada malo.

La condena, no obstante, fue confirmada. Llevaron sin contemplaciones a los cuatro hombres, en plena tarde, a la plaza central del pueblo, donde los azotaron entre un arrebató colectivo prodigioso. Leandra me relató el episodio con los ojos enrojecidos y el corazón en un puño. Yo, postrada en la celda, inconsolable, dominada por una rabia irreprimible, me puse a delirar en voz alta sin que ella pudiera interrumpirme. Hizo repetidos intentos: «¿De quién habla?», «Pero ¿quién mató a su marido?», «¿Una metralleta en la entrada de la mezquita?», «¿De qué se arrepiente?», «Cálmese, Bilqiss, usted no tiene la culpa...». No me calmé. Tuvo que marcharse cuando uno de los guardias anunció la llegada del juez, sobre el que me abalancé con ímpetu para matarlo con mis propias manos. Siempre que podía, mordía, arañaba o golpeaba. Aunque era robusto, él no logró controlar mi ira sin ayuda del guardia, el cual, pese a todo, liberó una mano para coger un billete. En cuanto aflojaban la presión, mi cuerpo volvía a agitarse para seguir golpeándoles. Lamentaba amargamente haber desaprovechado aquella ocasión de matar a algunos. Lo deploraba y se lo dije. Como un ciclón, se lo conté todo.

—Es y será lo que más lamento de toda mi vida. Mi salvación se encontraba en la boca del cañón de aquella metralleta, pero no me atreví a cogerla. Los habría matado a todos metiéndoles una bala en el culo para castigarlos por pensar con él.

El juez ordenó al guardia que se retirase, cosa que este hizo en el acto.

—Por lo menos me cargué a uno, y ese es mi mayor triunfo. ¿Nunca se preguntó

cómo mi marido había podido freírse la nariz al caer de una escalera? No pueden ser ustedes más zopencos, pero tienen el poder. Son unos pobres idiotas con las llaves del templo. Los odio con toda el alma, todos los huesos y todo el corazón. Debería haberlos matado a todos.

—¿Por qué me dice eso, Bilqiss? ¿Por qué me abrumba así?

—En este país maldito, o bien eres presa, o bien carroñero. Usted ha escogido su bando. Cuatro hombres inocentes han sido azotados porque trabajaban en vez de rezar. ¿Entiende usted esa locura? ¿Cree que engañan a Alá con su frente golpeada, mutilada y marcada por años de oraciones compulsivas? ¿Piensa que su frente dará la talla en comparación con mis rodillas estropeadas o las manos marcadas de esos hombres a los que ha condenado? He pasado mi triste vida fregando suelos para que ustedes se puedan prosternar sin mancharse, llevo los estigmas de ese trabajo en las rótulas, mírelas y no se haga el pudibundo, no sueña con otra cosa desde el primer día. El panadero, el hortelano y el jardinero le han alimentado, el profesor de historia le ha instruido, y ¿cómo se lo ha agradecido usted? Se ha rendido ante un zorro recién afeitado de voz insidiosa, que tiene de abogado lo que yo de astronauta. Sus doctrinas deletéreas han acabado correyéndoles el alma, perseveran en el mal porque saben que están condenados. El mundo avanza sin ustedes, así que ustedes le escupen, progresa sin ustedes, se burla de ustedes, explota su degeneración para blanquear su negrura. Podría haberse interpuesto, haber suavizado el asunto, pero ha cedido por cobardía.

—¡No! —saltó él, furioso—. Ha sido por amor por lo que he cedido, por amor, ¿me ha oído bien, Bilqiss? No soy capaz de dejar que se vaya. Accederé a todo lo que me permita conservarla a mi lado. No me importan nada los daños colaterales, las injusticias, los azotados y los muertos, lo que quiero es prolongarla a usted, Bilqiss. La amo, pero todavía no soy digno de usted, su fuerza me asusta, su valor me impresiona, su humanidad me conmueve, sus inconveniencias me encantan, me ha devuelto la vida, y si se va, moriré por no poder seguir sintiéndola, temiéndola y amándola. No tendría suficiente con mil y una noches para saciar mi sed de sus palabras, ahora cuento en términos de eternidad. Le pido ayuda, Bilqiss.

El juez empezaba a creer en un final feliz, como en la famosa recopilación de cuentos. En su rostro extático se veía la turbación del hombre que se ha desnudado. Miró discretamente a su alrededor, como para comprobar que el suelo no se había abierto bajo sus pies ni las paredes se habían derrumbado. El juez era el tipo de hombre que creía que Dios castigaba en el instante mismo a los pecadores. Que todo estuviera intacto en la celda casi le hizo sonreír, pero cambió de expresión cuando encontró mi mirada, probablemente porque no vio en ella lo que esperaba. Severo y rigorista en el estrado, se había transformado en una pobre cosa que suplicaba juntando las manos bajo el capote como si rezara. Mil interrogantes se agolpaban en mi cabeza, pero no conseguí formular ninguno. La estupefacción, unida a la ira que me producía aquel espectáculo, me paralizó unos instantes. Sin embargo, tuve que dominarme para disipar la esperanza que comenzaba a asomar a su rostro. Habría

podido dejar que lo creyera y reírme de él cuando hubiera estado en el suelo, pisotearlo y ridiculizarlo, asegurar que nos escaparíamos a medianoche, que haríamos el amor al amanecer y volveríamos a hacerlo al anochecer, habría podido humillarlo y decirle en el frenesí del momento: «Vayámonos, amor mío, y mañana ya veremos»; habría podido, pero no lo hice. Lo interrumpí sin dilación en sus proyectos quiméricos.

—¿Y si en la vida hubiera algo peor que la muerte, señor juez? ¿Y si quedarse fuera más doloroso que irse? ¿Y si huir con usted fuera la peor perspectiva imaginable? ¿Y si amarle fuese lo más degradante que me hubieran pedido hacer? ¿Y si la osadía de haberlo hecho fuera en sí misma un insulto a mi persona? ¿Y si ayudarle fuera la última acción que querría hacer en este mundo, y prefiriera con mucho lapidar a un niño de pecho y destripar a mi propia madre? ¿Y si amarle fuera simple y llanamente inviable? ¿Ha considerado todo eso, señor juez?

—¿Cree en Dios, Leandra?

—Tanto como en las cremas rejuvenecedoras.

—Eso debe de ser muy gracioso en su país, pero no responde a mi pregunta.

—No, no creo en Dios. ¿Y usted?

—No me gusta hablar de eso.

—Pero yo le he respondido.

—Nadie la ha obligado a hacerlo. Y, de todas formas, le encanta abrirse. En su país no hacen otra cosa que hablar de sí mismos. O hablar de los demás para hablar mejor de sí mismos. Se explayan, se cuentan los sinsabores, las alegrías, los amores, los traumas, entre amigas, en internet, en la consulta de un psicoanalista, en las revistas, en la televisión, son porteras narcisistas. Responderme y endilgarme su frase ingeniosa ha debido de dejarla muy satisfecha de sí misma.

—Bilqiss, si no fueran a lapidarla injusta y cruelmente, si eso no me repugnara hasta un punto indescriptible ni fuera la cosa más abyecta e inconcebible que puede haber, si no representara la indignidad humana por excelencia, si todo eso no fuera real y usted no fuera a morir, le diría que se fuese a tomar por culo. Pero estoy atrapada porque hay muchas posibilidades de que todo eso pase y yo no puedo hacer nada para evitarlo, estoy empantanada en mi felicidad, la llevo a cuestras y se la arrojo a la cara a mi pesar cada vez que nos vemos, debilitada, empequeñecida también por la suerte que tengo de ser yo en lugar de usted, casi desolada por no sufrir, y debido a ello me veo obligada a dejar que me maltrate y, por lo tanto, a no decirle que se vaya a tomar por culo.

—Ah, les gustan las mujeres musulmanas oprimidas, ¿eh?, esa especie les chifla. Y cuanto más bárbara es la persecución, mayor es la simpatía. Saltan a la más mínima para defendernos, levantan la voz para apoyarnos, todo ello sobriamente, con el semblante apropiado, sin maquillarse demasiado, sin apenas peinarse, como en la foto

que tan orgullosa se sentía de enseñarme la última vez, rodeada de sus amigas comprometidísimas el tiempo de tomar una instantánea, mudas porque no hay mucho que decir ante el horror, la injusticia y la barbarie. ¿Quién era la afortunada en esa ocasión? ¿Sakineh? ¿Meriam? ¿Malala? ¿Las nigerianas? ¿Y sus vecinas? ¿Se indignan por ellas? ¿Organizan marchas por esos millones de blancas anónimas que mueren como consecuencia de los malos tratos de un hombre, o prefieren que sigan siendo una masa informe emparedada en estadísticas con comas? Yo voy a morir, exactamente igual que ellas pero de forma espectacular, porque nosotros somos expansivos y teatrales por naturaleza. Nos gusta el show; la diferencia reside, simplemente, en que no hemos sido lo bastante inteligentes para convertirlo en un negocio. Su unanimidad emocional es lo que el microondas a la gastronomía: fácil y perjudicial.

—Váyase a tomar por culo.

—Sabe muy bien que aquí está prohibido.

—Mírese, Bilqiss, tan arrogante, tan superior... Pero ¿de qué exactamente está tan orgullosa? ¿Puede decirme, mirándome a los ojos, que no le habría gustado tener mis manos? Mírelas bien, fíjese en mis manos: uñas con el óvalo perfecto, sin cutícula, que no se abren, piel suave porque no he fregado nunca, en efecto, y usted me lo reprocha como si hubiera algo glorioso en el hecho de tener manos de chacha. Se mira usted por el pequeño agujero de la cerradura, como hace, por lo demás, todo su pueblo. Son el hazmerreír del mundo entero. Nadie los toma en serio, nadie los considera. Son marginados de los que nadie se preocupa, estancados en el siglo XIII para los más ilustrados y proclamando ante quien quiera oírlo, no mucha gente, se lo aseguro, lo brillantes que eran los musulmanes en el pasado. En el pasado. Pero, en la actualidad, ¿qué ha sido de eso? Su brillante herencia empieza a estar caduca y hacen ustedes mucho ruido por poca cosa. Gente desposeída, frustrada, colonizada, triste e impotente. De vez en cuando, un resplandor escapa del rebaño, pero se apaga enseguida porque se disculpa por ser quien es al querer borrar sus orígenes y fundirse con el paisaje. Se avergüenzan de haberse convertido en esas personas, de las que primero recelamos, esas que anglicanizan sus nombres, esas que se declaran ciudadanos del mundo para no declararse musulmanes, esas que se prohíben ser practicantes pese a tener unas ganas locas de serlo un poquito, esas que no comen cerdo pero se apresuran a precisar que beben alcohol, se han convertido ustedes en esas personas, mis amigos musulmanes de Nueva York son esas personas, así que, cuando la veo mirarme de hito en hito, siento compasión, Bilqiss. Puede continuar burlándose de mis buenas intenciones, pero valen mucho más que sus malas elecciones.

—¿Conoce el síndrome de Münchhausen?

—No.

—Es una patología en la que se finge una enfermedad para atraer la atención o la simpatía hacia uno.

—¿Y?

—¿Conoce el síndrome de Münchhausen por poderes?

—Tampoco.

—Se trata de la misma patología, con la diferencia de que se dirige hacia otro. Un adulto, en la mayoría de los casos un padre o una madre, inflige de manera deliberada a su hijo malos tratos para después llevarlo a un médico, sin confesar su culpa, por supuesto, y ganarse la simpatía del cuerpo hospitalario, que ve en él a un padre devoto y amante.

—¿Y?

—Es el síndrome que padece su país. Torpedean el nuestro y a continuación vienen a curarnos las heridas. Váyase a tomar por culo, Leandra.

—Lo haré dentro de unos días, se lo prometo. Además, en mi país se permite.

—Incluso se recomienda.

—Sí, es verdad, nos damos un revolcón cuando nos viene en gana, y en estos momentos, en primavera, es una verdadera orgía. Los enamorados invaden los parques, los amantes alargan las horas y desconocidos flirtean en las terrazas de las cafeterías antes de irse a casa y follar. En mi país hacemos el amor sin más ni más. ¿Le molesta?

—La última vez que hice una cosa «sin más ni más» me condenaron a muerte. No hablamos el mismo idioma, Leandra.

—¿Y eso nos impide comunicarnos? —acabó diciéndome, incapaz de ser malvada demasiado tiempo.

Eso no nos impedía comunicarnos, tenía razón. Pero yo quería todo lo que Leandra tenía. Envidiaba su ingenuidad y su frivolidad; hasta me habría acostumbrado a su complacencia. Hubiera querido ser ella para tener una posibilidad de ser la que debería haber sido si hubiese nacido en otro lugar. La que habría podido ser si no me hubieran privado de la más ínfima libertad desde la más tierna infancia. Habría querido ser la que sentía compasión en lugar de la que la inspiraba. Leandra no podía hacer nada para cambiarlo, y ese era su mayor error. Bajé la guardia y decidí ofrecerle mi hospitalidad a cambio de un poco de cercanía, pues, a unos días de mi muerte, la necesitaba. Le pedí que me contara su vida en Nueva York como si fuera una novela rosa, sin hacer concesiones a la realidad. Ella me habló de su infancia en una América blanca y refinada, que viste diferente los días de diario y los fines de semana, da prioridad al jardín sobre la cocina, vive en una casa solariega y no en una normal y corriente, y celebra tanto el *sabbat* como el día de Acción de Gracias. Leandra me lo contó todo, lo describió todo, las calles y los restaurantes, le apasionaban los detalles y eso me transportaba a un mundo fabuloso donde la gente pedalea, practica el jogging y compite en los campos de golf. Donde queda en los mismos restaurantes para no cruzarse. Donde la búsqueda de la autenticidad se convierte en obsesión durante las vacaciones, y los placeres sencillos, en religión. Y yo habría querido ser la que huye del sofocante calor neoyorquino para refugiarse en

las playas salvajes ribeteadas de dunas de Long Island. La prefería así, a decir verdad, rica, esnob y privilegiada. Me gustaba sofisticada, al igual que yo le gustaba apasionada al juez. El aura que emanaba de ella cuando se ponía a describir su universo era sin duda equivalente a la mía cuando, bajo una lluvia de insultos, salía arrogantemente de la sala de audiencias. ¿Tenía mi desgracia más legitimidad que su dicha? Leandra había pensado al llegar aquí que debía rebajarse para ser aceptada. Sin embargo, nunca me había alegrado tanto como aquel día. Ahora sabía que le resultaba imposible indignarse; como mucho, podía escandalizarle lo que me sucedía.

Llevaba dos días sin ir al tribunal. Había fingido estar enfermo, y Seniz tenía terminantemente prohibido salir de casa, pues habría podido informar a alguien sin darse cuenta y nadie debía saber dónde me encontraba. Antes de marcharme del pueblo, me había asegurado de que los guardias se ocuparían de Bilqiss y les había pedido que le permitieran recibir todas las visitas que deseara. Durante todo el trayecto y hasta esta mañana, sus últimas palabras habían resonado con tanta potencia en mi cabeza que me resultaba imposible dormir. «¿Y si en la vida hubiera algo peor que la muerte, señor juez? ¿Y si quedarse fuera más doloroso que irse? ¿Y si huir con usted fuera la peor perspectiva imaginable? ¿Y si amarle fuese lo más degradante que me hubieran pedido hacer? ¿Y si la osadía de haberlo hecho fuera en sí misma un insulto a mi persona? ¿Y si ayudarle fuera la última acción que querría hacer en este mundo, y prefiriera con mucho lapidar a un niño de pecho y destripar a mi propia madre? ¿Y si amarle fuera simple y llanamente inviable? ¿Ha considerado todo eso, señor juez?». Así que seleccionaba y seleccionaba sin parar. Hasta tal punto que había acumulado ya lo suficiente para pulverizar el cerebro de un cachalote.

Aquel día, Bilqiss literalmente me machacó. No solo rechazó mi amor, sino que lo transformó en algo ridículo, infame y adulterado. Mientras mi alma se desmoronaba, delante de ella me quedé petrificado, cegado por mi amor o por su odio. Destruyó de un soplo mi fuerza interior, rompió los resortes que solían impulsarme y desterró al hombre que me aprestaba a ser. Me borró de un futuro en el que había tenido la arrogancia de pretender colarme. Me suprimió como una tachadura de allí donde yo había esperado dejar huella. Había seguido un camino equivocado al pensar erróneamente que escribíamos nuestro futuro común en tinta china, cuando ella solo lo había garabateado con lápiz. Le confesé cuánto la necesitaba y ella convirtió eso en su fuerza, y con mis cadenas se hizo un collar. Deslumbrante, con los ojos destellantes, clavó su mirada en la mía e hizo sangrar mi corazón, que yo abría por primera vez. Abatido en plena carrera, me encontré en el suelo, traicionado por aquella a la que amaba y castigado por Aquel al que adoraba. Dos pilares de mi vida se vinieron abajo a la vez. Ahora, para seguir vivo, debía liberarme de ella.

Tardé una noche en llegar al pueblo vecino. Fui a pie en lugar de en coche, me



parecía menos formal. Incluso tuve la impresión de ir en peregrinación y, en el fondo, de eso era de lo que se trataba, de una peregrinación. No sentía ningún cansancio cuando llegué, de manera que me puse enseguida manos a la obra en una cantera todavía desierta. Empecé inspeccionando el lugar, bordeé la fosa, deambulé entre los montones de arena, piedras pequeñas y minerales, luego examiné piedras más voluminosas, calculando su peso y su agarre en mi mano. Las sopesé, las arrojé contra un murete: algunas sonaban a hueco; otras, más macizas, en cambio, hacían mucho ruido. Estas últimas las puse a un lado de inmediato. Las había con bultos y lisas, rugosas y suaves, las había de todas clases y más que suficientes para destrozar una cabeza de hierro. Las elegí primero por el color, pues las quería blancas para que su sangre las salpicara. Después las clasifiqué por tamaño, desde las más pequeñas, solo para hacer daño, hasta las más grandes, para rematar. Cuando, sin darme cuenta, una lágrima me humedeció los labios apretados, me puse a recitar mecánicamente el raudal de insultos que Bilqiss me había dirigido el día antes y que constituía, me había precisado, una respuesta absolutamente definitiva. «La peor perspectiva imaginable, la cosa más degradante, la más insoportable», esas fueron mis armas para no morirme de pena y odiarla como jamás habría creído que fuera capaz. Aquellas palabras resonaban como agujas que se clavaban en mi corazón, exhortándome a lanzar más rápido y mejor. Un montoncito de piedras pequeñas «simplemente para hacer daño» se elevaba ya a mis pies. Comencé, pues, a reunir las más grandes y menos lisas, que la hirieran primero en las aristas, desde el arco ciliar hasta la barbilla, para incendiar después sus pómulos y sus labios carnosos. Pero una imagen fulgurante iba frenando mi rabia. Un recuerdo, un gesto, una Bilqiss rebotante de audacia, rechazando la defensa de un abogado o burlándose del dudoso paralelismo hecho por el fiscal entre una berenjena y su falo, a esa Bilqiss le traían al fresco mis cabreos, pues me perseguiría más allá de la muerte, cosa que ambos sabíamos. Me había entusiasmado, me había hecho reír y me había atormentado y, sin embargo, ahora estaba seleccionando las piedras que iban a matarla. Las elegía meticulosamente, ya que en cada una de ellas ponía algo de mí. Deslumbrado por su fuerza o cegado por mi cólera, ya no se trataba de saber por qué mi mente estaba confusa, sino cómo apaciguarla. Me hice a la idea de que sería por siempre jamás una piedrecita en mi zapato, pero, puestos a elegir, prefería cojear toda la vida que morir abatido por el dolor. Si se podía morir de amor, también se podía matar por amor.

—¿Cómo lo sabe?

—Ha hablado de usted.

—Eso es imposible.

—Pues, aun así, lo ha hecho. Todas las noches desde que comenzó el juicio. En sus sueños y en sus pesadillas, es a usted a quien llama.

—Lo siento.

—No lo sienta, Bilqiss, usted y yo no entramos ni salimos en todo esto —me dijo Seniz, envolviendo mis manos entre las suyas.

Cuando Seniz había aparecido al otro lado de los barrotes de mi celda, se había quedado un largo rato mirándome. Yo la había dejado porque no me gustaba ser la primera en hablar. Era también mi forma de manifestarle que el silencio, incluso compartido con una desconocida, era para mí una bendición. Me había dicho su nombre y enseguida había comprendido por qué el juez se había casado con ella, pero me amaba a mí. Seniz tenía un aspecto agradable. Pero su belleza, demasiado accesible, demasiado ostensible y casi demasiado discriminatoria con las más feas, no generaba ningún debate porque todo el mundo estaba de acuerdo sobre ella. Era el tipo de belleza que se saldaría con la edad allí donde otra adquiriría valor. Era la mujer que se quiere ver expuesta, mientras que yo era la que se quería esconder. Una belleza que daba seguridad a los necios, cuando la mía turbaba el alma. Esa fue la respuesta del juez cuando, un día en que empezaba a explayarse, yo le recordé que estaba casado con una de las chicas más guapas del pueblo. En ese momento me tomé aquello como un halago más, pero, al verla ahora, sentía más indulgencia por él. «La belleza de Seniz es comprensible, se explica por sus facciones perfectas, mientras que la suya es un misterio y manda a la mierda a quien no tiene los ojos adecuados», me confesó una noche en que se había sincerado sobre su vida sin Nafisa.

Seniz se sentó en el borde de mi camastro y me anunció que pronto moriría. «Mañana o pasado», me dijo. Me contó que, el día anterior, su marido había salido precipitadamente de casa cuando acababa de volver del despacho, o de otro sitio, dejó caer. Cuando le preguntó adónde iba, la agarró de un brazo y le ordenó que no saliera para ir a ningún sitio. Nunca se había mostrado tan aterrador, y de hecho incluso entonces, al decírmelo, percibí el miedo que había sentido. «Voy a la cantera yo mismo para elegir las piedras que aniquilarán a esa impía». Esas fueron sus palabras. No añadió nada más y se fue a pie en una noche sin luna y sin estrellas, iluminado tan solo por su convicción. A Seniz, pese a ser analfabeta, le impresionó el verbo que había empleado. Aniquilar en vez de matar: la ofensa debía de ser intolerable. A eso se sumaban sus sueños sonoros, así que decidió saltarse la prohibición de su marido y venir a verme.

—Implore el perdón, Bilqiss, y se lo concederá. Mi marido es un hombre muy indulgente. Cuando su ira se haya desvanecido, recuperará el sentido común y no los dejará salirse con la suya. El hombre al que he oído amarla un poco más cada noche no puede desear su muerte. Es inconcebible.

—Un hombre rechazado y humillado puede sorprender por la velocidad a la que pasa de un sentimiento a su contrario. A veces se trata simplemente de supervivencia. El fracaso es tan mortificante y el dolor tan vivo que es preciso aniquilarlo...

—Entonces, ¿no va a hacer nada para vivir?

Por el contrario, iba a hacer todo lo posible para morir. Seniz no podía comprenderlo y me guardé mucho de decirle por qué. Ella había sido programada

para ser la que era; para ella lo único que contaba era tener una posición acomodada, unos hijos guapos y una buena reputación. De mi infancia caótica, yo solo recordaba un deseo: ser alguien. Yo creía desmesuradamente en mí. Esa voz interior jamás se había atenuado. Esa voz que oía despierta y veía dormida. Un resplandor que iluminaba la negrura de mi alma cuando, violada por un vaquero o maltratada por mi marido, me reinventaba al instante. La certeza de conseguirlo y la de no renunciar jamás estaban tan firmemente arraigadas en mí que me resultaba más doloroso fracasar que perder la vida. Detestaba la derrota más de lo que me gustaba la victoria, así que al día siguiente o al otro, cuando unas manos bárbaras e impacientes arrojaran contra mi rostro las piedras de la muerte, lo confieso, sentiría alivio. El de poner fin a la esperanza, ese sentimiento vano en el que me había refugiado sin darme cuenta con el transcurso de los años.

Seniz y yo nos pusimos a charlar. Me enteré, por ejemplo, de que el juez veía concursos de talentos polacos e italianos en la tele, y que incluso se había descargado en el móvil una aplicación de karaoke. Canturreaba a media voz las canciones de Nancy Ajram y Amr Diab mientras Seniz las tarareaba desde la cocina. Un ligerísimo rictus por mi parte, casi involuntario, la frenó en su relato. Me preguntó por qué sonreía. En realidad, era una reacción refleja que tenía cuando una mujer precisaba que estaba en la cocina.

—Como si pudiéramos estar en otro sitio —añadí, pensando equivocadamente que ella sonreiría también.

—Tiene las mismas reacciones que las mujeres modernas —me dijo—, esas que sonrían ligeramente cuando les hablas de cocina. Sin embargo, la mía le lleva ventaja, no es simplemente moderna, es intemporal. ¿La hago sonreír porque trituro yo misma las especias sobre una piedra de asfalto, porque elaboro la mantequilla, muelo el café, meto consuela en los agujeros donde planto las patatas para tratar los tubérculos, corto las hojas de cilantro y aromatizo los platos con sus semillas? ¿Es todo eso lo que la hace sonreír, Bilqiss? Pues yo sonreiré cuando un tendero le venda cúrcuma por azafrán de Kerala. Mi cocina es un piano perfectamente afinado, donde preparo los platos siguiendo una melodía que yo misma he compuesto, mis gestos repetidos se leen como una partitura, entre portazos de armarios, el silbido de la olla a presión y el tintineo de las cacerolas. Sopeso las especias en el hueco de la mano y tamizo las salsas que se cuecen a fuego lento porque tengo todo el tiempo por delante... No me gusta la precisión, no me han enseñado nada, todo me lo han transmitido, cada vez le cuento una historia diferente a mi marido. Cuando prueba un plato nuevo, cierra los ojos para que nada le distraiga. Comer bien, satisfacer todos los sentidos y cumplir con el deber, esa es mi línea de conducta moral. La cocina acerca a las personas, es una faceta de nuestra identidad, participa en la vida de la nación, nunca será destruida porque los hombres siempre querrán comer bien. Mis armas son la sopa de cordero y limón negro, el pan azucarado con canela de Ceilán, el ragú de ternera y almendras laminadas, el arroz con mandarinas confitadas, el cordero con raíces de loto o el curri

de pescado al estilo indio con un toque de tamarindo. La hago sonreír, pero, cuando unos locos como los que fueron a llamar a la puerta de su colegio se presenten en la de mi cocina, esos platos serán mi salvación, porque no los hay mejores. Si usted ha fracasado con su cabeza, no subestime mis manos y, por compasión, no me reduzca a ser la que hace sonreír.

Seniz tenía razón. Le presenté mis disculpas y ella, divertida, las aceptó. Me había convertido en su Leandra y esa simple idea me horrorizó. Para aligerar el ambiente, sacó del bolso un *naan* con miel y sésamo y me ofreció un trozo. Al quitarse los guantes negros, vi sus manos surcadas de finas arruguitas con polvo de especias incrustado en ellas, el contorno de sus uñas amarilleado por el azafrán y las minúsculas huellas de cortes que le estriaban los dedos. Tenía el gesto seguro de las que cortan perfecta y equitativamente el pan en dos, lo que tranquiliza a un hombre y satisface a los niños. Me di cuenta de que *Las mil y una noches* había inspirado a más de una. Los trucos de Scheherezade tenían infinitas variantes. Por más que alardeáramos de estar dotadas de una gran habilidad para manejar a nuestros hombres, dependíamos de ellos. Nafisa decía que las mujeres, en la tierra, se parecen a los pulpos en el mar: pese a tener una inteligencia superior, los bebés foca los devoran.

Seniz ostentaba un ligerísimo aire de satisfacción. Me había regañado y, para una mujer cuya actividad principal era preparar la comida, eso ya era una victoria. Yo escuchaba su parrafada sobre la cocina y sus virtudes, pero los portazos de sus armarios, el silbido de su olla a presión y el tintineo de sus cacerolas cubrían también el sonido atroz de los golpes, los disparos y los gritos. Recordé entonces la cita de un hombre santo que Dick había puesto en el fondo de pantalla de su ordenador y que me había marcado: «Cuando ayudaba a los pobres, me llamaban santo; cuando pregunté por qué lo eran, me llamaron comunista».

—Seniz, ¿qué hará si un día le piden cuentas? ¿Dirá que no ha oído nada, no ha visto nada y no ha sospechado nada?

—Haré de nuevo lo mismo de siempre, Bilqiss, prepararé mi mejor caviar de berenjena, unas hojas de parra rellenas de bulgur, un *korma* de cordero con cardamomo y una crema de arroz con azahar para recibir a los que me pidan cuentas. Y si eso no basta, utilizaré como argumento mi ignorancia.

—¿No ha deseado nunca aprender a leer y escribir?

—Nunca.

—¿Cómo es posible? —dije, sublevada.

—Desde el punto de vista de la lombriz, un plato de espaguetis es una orgía.

Normalmente era yo quien zanjaba una conversación molesta con un comentario ingenioso. Seniz se mofaba de mí fingiendo compadecerse de mi suerte. Al fin y al cabo, yo era la que ocupaba la mente de su marido, mientras que ella debía conformarse con su carne. No había venido, pues, como verdadera amiga. Sentada la una junto a la otra en mi camastro, «parecemos Siddhi y Buddhi», dije, dejando en

suspenso esa observación que, por supuesto, requería una explicación. Pero yo me callé, empujando así a la que venía a tacharme de lombriz a poner de manifiesto su crasa ignorancia con un mediocre «¿Quiénes son?». Le conté entonces el mito de Ganesha, precisando que se trataba del hombre con cabeza de elefante que ilustraba su libro de recetas indias. Vi que la había dejado intrigada, pero se guardó para sí una pregunta que le quemaba los labios: ¿cómo podía yo saber eso? Sin informarla de ese detalle, continué mi relato:

—Y, al final, Ganesha se casó con dos hermanas gemelas, Siddhi y Buddhi, en una fastuosa ceremonia. Siddhi simbolizaba el éxito y Buddhi, la inteligencia.

—¿Y cuál es usted? —me preguntó con afectación.

—La que usted no quiera me irá bien —respondí con más afectación aún.

—¿Y qué dijo usted? —me preguntó Bilqiss.

—Dije que era norteamericana, me identifiqué y, probablemente tranquilizado por mi acento, bajó el arma.

—Lleve cuidado con Dick, es amable, pero es un mentiroso patológico. Y a veces tiene arrebatos delirantes, puede que hasta sea esquizofrénico. El ejército hace como que no lo sabe, lo atiborra de medicamentos, pero va de mal en peor. Aunque, si yo estuviera en su lugar, también iría de mal en peor...

—Se lo agradezco, pero su consejo llega un poco tarde. He tenido la oportunidad de darme cuenta por mí misma y no planeo volver a verlo pronto.

—¿La ha molestado? —preguntó, preocupada.

—No. Pero me asustó un montón. Lo que se cuenta sobre el estado mental de nuestros soldados es cierto.

—Bombas de relojería —bromeó—. Como nosotros.

—La primera vez que lo vio, ¿de verdad le habló de...? —pregunté, señalándole aquello a lo que hacía referencia.

—Ah, sí; eso, en cambio, es verdad.

En efecto, el día antes había conocido a Dick Stone. Informada por Zuleikha, había ido a husmear por los alrededores de la casa de Bilqiss. En vista de que los cerrojos de la policía de costumbres en la puerta de la calle impedían entrar por ahí, me encaramé a la tapia del jardín para colarme en el interior de aquella casa de tierra que se desmoronaba invierno tras invierno y era reparada verano tras verano. A horcajadas, lo primero que me llamó la atención fue el color de la vieja construcción, una mezcla de revoque brillante y de tierra ambarina. Una rosaleda delimitada por guijarros compartía el jardín con arbustos, alhelíes y macizos de amapolas rojas con grandes pétalos satinados y arrugados. En un rincón se distinguían esas singulares alfombras que vendían en el mercado, en las que se mezclaban dibujos militares y motivos florales. Sobre ellas reposaban olvidados una bandeja, una tetera y un vaso, así como labores de costura y un libro abierto. Al otro lado, un tejadillo protegía de los lodos primaverales y las lluvias torrenciales del otoño, pero desentonaba con el resto de la arquitectura. Bilqiss había puesto allí una mecedora de rota. Parecía que estuvieses en un barrio pobre de Alabama. Reconocí perfectamente en aquello a la que se inspiraba en todo y sobre todo en lo de fuera, pero en el momento en que me disponía a pasar al otro lado la segunda pierna, la voz de un hombre estuvo a punto de hacerme caer. A duras penas había recuperado el equilibrio cuando me ordenó que levantara las manos, cosa que, por supuesto, hice, con el resultado de que la cámara de fotos que llevaba acabó en el suelo. Un soldado me apuntaba con un arma. Cuando vi un punto rojo pasearse por la parte superior de mi cuerpo, grité:

—¡Soy americana!

Muy despacio, y aturullada, bajé. Una vez en el suelo, me identifiqué, dije la

razón por la que estaba allí y el nombre de las personas en cuya casa me alojaba, y declaré mi amor a la patria. Pero lo primero que lo tranquilizó, me dijo después, divertido, fue la funda de mi teléfono móvil, con orejas de conejo y *strass*. Bajó el arma al mismo tiempo que yo los brazos y, antes de acercarse, me dio permiso para coger la cámara de fotos. Dick, pues se trataba de él, preguntó inmediatamente por Bilqiss, contento al enterarse de que no estaba muerta. Sin embargo, el mohín reticente que hice yo puso fin a su alegría.

—Pero ¿cómo se han enterado de que lo mató? Hicimos un trabajo inmejorable. Dejando a un lado que le había frito la nariz y tuvimos que aplastársela, nadie habría podido descubrir que se lo había cargado a sartenazos.

—Pero ¿de qué hablas?

—La han encerrado por eso, ¿no?

Estábamos en el mismo bando los dos. Lo tranquilicé sobre ese punto y acabó resignándose a contarme algo más del asunto. Me enteré de que Bilqiss tenía mucho que ver en la muerte de su marido y que Dick y su ayudante habían maquillado el crimen para que pareciese un accidente. Cuando creía que estaba empezando a trazar un perfil más preciso de ella, Bilqiss volvía a desconcertarme. No se le agotaban los recursos, ahora resultaba que también era capaz de matar. En un primer momento, aquello me impresionó, aunque no sabía si a causa de la admiración o del miedo. En cualquier caso, Bilqiss me fascinaba.

Cara a cara, Dick disfrazado de malo y yo de musulmana, en medio de paisajes rodeados de cimas y de un lejano alminar azul de Prusia, se habría dicho que estábamos fuera del tiempo. En Estados Unidos, él y yo habríamos tenido pocas posibilidades de cruzarnos, pero aquí se tejían enseguida lazos insospechados. Rompió la puerta de una fuerte patada y me invitó a entrar en casa de Bilqiss, «nuestra amiga», precisó. Cruzamos un patio circundado de altos muros y entramos en su salón, en su dormitorio y luego en su cocina. Descubrí poco a poco objetos que podía relacionar con ella: libros, imágenes, velas cuyos aromas creaba ella misma, bordados tornasolados, un Corán anotado y figuritas de animales. Había también, en una esquina, piezas de convicción: peluches atados unos a otros y sujetadores de encaje colgados en un armario. A Dick le divertía verme tan emocionada. «Con ese aire de recogimiento, parece que esté visitando una tumba». Y era verdad. Estaba emocionada. Tanto que se me saltaban las lágrimas. Me aparté por miedo a que lo tomara, como ella, por un acceso de sensiblería excesiva. Me preparó una infusión de verbena con hojas que acababa de coger en el jardín. La endulzó con miel de espino y nos sentamos en el patio, en el suelo, donde ella tenía por costumbre hacerlo.

La primera vez que Dick vio a Bilqiss fue de espaldas. Sus nalgas rollizas regocijaron a la manada de soldados que estaba viendo un partido de béisbol atracándose de porquerías. El sargento Ramirez había volcado su bandeja. Una hamburguesa doble con cebolla y un sundae de caramelo y M&M's se habían extendido por el suelo antes de que Bilqiss fuera a limpiarlo. Así me enteré de que mi

país no reparaba en gastos para que los soldados se sintieran como en casa. La cantina parecía un gigantesco parque de atracciones, con rótulos de todas las cadenas de comida rápida y pantallas planas en las que se veían imágenes de canales de deportes, telerrealidad y telepredicadores. Bilqiss iba a limpiar a los locales del cuartel, a unos pasos de su casa, porque su marido se lo había permitido y porque pagaban mejor que en otros sitios. Limpiaba la cantina y las duchas todas las mañanas, a partir de las cuatro, y los fines de semana a última hora de la tarde. Mientras recogía con un trapo, arrodillada, el helado deshecho y las pepitas de chocolate, sonoras carcajadas entrecortadas por comentarios graciosos (esas habían sido las palabras de Dick) escaparon desde el fondo de la sala:

—No había visto unas curvas así desde mis vacaciones en Colorado —dijo él para hacer reír a sus compañeros.

—Qué suerte. Yo no había visto un montón de mierda tan asqueroso desde mi última gastroenteritis —replicó ella con los ojos clavados en los de Dick. A lo que añadió, justo antes de dar media vuelta—: Me refiero a la bandeja, claro.

Dick y sus amigos, mudos de asombro, se miraron como si nada de todo aquello acabara de pasar. Tras unos segundos de incomodidad, una risa incontrolada estalló en la primera fila y se propagó hasta la última, donde Dick seguía sin reaccionar. Bilqiss terminó de fregar el suelo, cogió el cubo y se marchó al barracón del personal. Durante el resto del día, Dick se convirtió en el hazmerreír de sus compañeros, y Bilqiss pasó a ser enseguida la «chavala alucinante que habla un inglés de puta madre, como tú y como yo, me cago en la puta». Con un Java Chip Frappuccino en las manos, Dick fue a llamar a la puerta del barracón. Bilqiss lo recibió con amabilidad. Se disculpó también por haber sido tan agresiva delante de sus compañeros, pero, lejos de sentirse intimidada, siguió en la misma línea: «Ya sé que no sois los hombres más refinados del mundo, pero explicadme una cosa: ¿por qué un culo de mujer os hace perder la cabeza? Entiendo que, en vuestro caso, estáis lejos de la familia, pero en general un culo de mujer vuelve idiota a un hombre. Os entra la risa floja, ¿por qué? ¿Qué os evoca? En el mejor de los casos, os reís, porque desgraciadamente los hay menos delicados, después reanudan la conversación y, en cuanto pasa otro culo, se echan a reír de nuevo. No es que me sienta minusvalorada, pero me gustaría comprender por qué, en el momento en que voy a hacer mi trabajo y me arrodillo, no podéis evitar reiros como idiotas. Si me arrodillo de cara a vosotros, me miráis los pechos, y si lo hago de espaldas, me miráis el trasero. Y si es de perfil, las curvas. ¿De verdad queréis darles la razón a las que se cubren con un velo o no se afeitan las piernas para evitar vuestras risas? ¿Creéis que las mujeres no vemos que vuestro paquete siempre tiene dificultades para elegir entre la izquierda y la derecha dentro de los pantalones y que, a veces, parece una manguera que no obedece porque alguien ha abierto el grifo sin avisar? Lo vemos, pero aun así no nos ponemos a reír como idiotas».

—¿Cómo se atrevía a hablar así? Al fin y al cabo, era una mujer de la limpieza, y



tú, un soldado norteamericano. ¿No tenía miedo? —pregunté, asombrada.

—Esa chica da más miedo que la guerra. Tratar con ella no es algo intrascendente, trabar una amistad con ella no tiene nada de anodino. Es tan absorbente y molesta como afectuosa y tranquilizadora. Nadie puede domesticarla, es una solitaria, una salvaje con modales. Los cobardes huyen de ella o la denigran, pero el tiempo habla en su favor, no le es indispensable vengarse personalmente, el vacío abismal que deja en ti cuando se retira es suficiente.

Sorprendida por el grado de intimidación que parecían tener, no pude evitar preguntarle si estaba enamorado de ella. Dick sonrió. No, no lo estaba. Era homosexual y simplemente fingía ser un capullo integral delante de sus compañeros. Lo que le gustaba de Bilqiss más que cualquier otra cosa era su fe. En sí misma y en Dios. Una fe inquebrantable acerca de la cual le había hecho algunas preguntas, a las que ella había contestado con otra: «¿A un calvo se le ocurriría quejarse en una peluquería?». Bilqiss nunca le había pedido nada a Dios, le parecía oportunista y grosero. «Como si no nos hubiera dado bastante —decía—. ¿Podemos amar de verdad a Dios por lo que es, sin esperar obtener un poco de salud, un poco de amor y mucho dinero? Mendigos, eso es lo que somos todos, no creyentes».

Mientras estábamos sentados en el patio charlando como dos exiliados lejos de su casa, me habló de su América, esa que yo no conocía, o muy poco. Esa de la que le había hablado a Bilqiss y que debía de haberme desacreditado de entrada cuando nos vio por primera vez, a mí y mis manos que no habían fregado nunca. Dick no podía hacer nada por ella, los americanos no intervenían en los asuntos religiosos.

—O sea, que ha hecho una cosa supergrave, una cosa que no se puede hacer en su país, ha recitado la oración en lo alto de su torre Eiffel y ha dicho cosas que no están en el Corán, ¿es eso?

Sí, era más o menos eso. En realidad, incluso era exactamente eso. Dick sacó una botellita de whisky y lo mezcló con la infusión de verbena. Cada vez más a gusto, empezó a explayarse sobre su situación personal. Noté que necesitaba hablar, porque en el cuartel se hablaba mucho, también de culos, pero nunca del suyo. Los de los tíos de allí eran «*exit only*», como decía con orgullo el sargento Ramirez. Dick era soldado; su amante, granjero en Utah. Se habían conocido en una reunión de alcohólicos anónimos «y luego, ya ves»... En sus respectivas familias nadie estaba al corriente de lo suyo. Dick aún no se atrevía a hablar de relación.

—No sé qué es peor, si morir en la guerra o decirles a las familias de militares y granjeros que sus hijos se acuestan juntos —me dijo riendo.

Me preguntó si yo tenía novio. Y mi respuesta le divirtió. Bueno, eso es lo que creí al principio. Dick empezó a agitarse, a parpadear y a chuparse exageradamente los labios. Quizá hablar sin tapujos de su homosexualidad reavivaba en él malos recuerdos. Quizá echaba de menos a su compañero. Me apresuré a ponerme a hablar del mío:

—En la medida en que el hombre de mi vida me deseó que unos bárbaros me

violaran si venía aquí, no, ya no tengo novio.

—¡Menudo gilipollas!

—Pues sí, estoy de acuerdo. Y resulta muy difícil admitirlo, ya que nada dejaba presagiar una cosa así. James era abogado. Bueno, continúa siéndolo. Íbamos a casarnos la próxima primavera. Era perfecto. Atento, amable, cariñoso, generoso, me trataba como a una reina.

—La verdad, no sé si soy homosexual porque me gustan los hombres o porque detesto a las mujeres. Sois tontas del culo. ¿Una reina? ¿Es ese vuestro ideal? ¿Que os hagan regalos y se entretengan en los preliminares? ¿En qué era atento, si se puede saber? ¿Qué hacía de especial? ¿Se acordaba del aniversario de vuestro primer beso y llegaba a casa con un ramo de flores para celebrarlo? ¿Amable? ¡Pues menos mal! ¿Es que en nuestros días tenemos que ponerle una medalla a la gente amable? ¿Cariñoso? ¿En serio? Estructuralmente, tenemos una polla en el cerebro, eso no podréis cambiarlo jamás, siempre tendremos ganas de follar, a nuestra mujer o a otra, nuestro pito es la historia de nuestra vida, y vosotras, las mujeres, sois el epílogo. ¿Generoso? Leandra, cuando uno es un gran abogado, pertenece a una gran familia y vive en una ciudad como Nueva York, ¡ser generoso es como llorar viendo *Bambi*! ¡Es lo normal, joder!

Dick cambió de cara y de tono en un abrir y cerrar de ojos. Una profunda frustración parecía animarlo y resonar tan fuerte en él que escapé de allí todo lo deprisa que pude. Él continuó sublevándose solo contra «esas putas zorras que quieren ir a restaurantes de moda donde les sirvan un menú carísimo. Y a mí, ¿quién va a pagármelo, eh? ¿Quién va a pagármelo? ¿Tendré derecho yo también a un puto menú carísimo?».

No miré atrás y corrí todo lo deprisa y todo lo lejos posible. Dick no me siguió. La verdad es que tampoco había intentado retenerme cuando me levanté. Tomé la carretera que bordeaba la tapia del viejo cementerio y que me condujo a una placita tranquila donde dos niños jugaban con unos guijarros. Me detuve para recobrar el aliento y colocarme bien el velo, lo que no perturbó su partida. No estoy segura de que me dirigieran siquiera una mirada. Pero cuando el canto de los muecines que se hacían eco a la hora de la oración llenó el pueblo, echaron a correr como conejos. Aunque las calles estaban desiertas, ya no tenía la sensación de estar sola en manos de un esquizofrénico armado hasta los dientes. La armonía de las voces anunciando la oración vespertina me conmovió. En medio de ninguna parte, más extranjera que nunca en aquel país, apoyé la espalda en una vieja puerta de madera de sándalo esculpida y miré el cielo abismándome en el silencio de mi alma. La emoción fue intensa para una neófita como yo. Deslumbrada por la belleza perfecta de los colores y embriagada por los efluvios olorosos, la magia operó. Me embargó una sensación de plenitud gracias a la cual ya no temía nada. No sabía de qué se trataba, pero de lo que estaba segura era de que había que guardar ese tipo de epifanía para uno mismo. Al describírsela a alguien perdía todo su sabor. Y encima te exponías a que se

burlaran de ti.

De pronto, la puerta se abrió. Caí hacia atrás y me agarró por los pelos un viejo que salía de su casa. El hombre gritó. Yo también. Antes de salir a escape guiándome, para orientarme, por los ruidos caóticos de la calle principal, que ya se habían reanudado.

El guardia me abrió la puerta. Me acompañó hasta donde estaba ella, de rodillas, con las manos juntas y la mirada perdida. Esperé a un lado para no molestarla. Ella volvió la cabeza hacia la derecha y luego hacia la izquierda, enrolló la alfombra, la guardó con cuidado y me recibió casi con amabilidad. Me disculpé por ir con las manos vacías y le prometí unos buñuelos para el día siguiente, porque «precisamente la madre de Zuleikha estaba haciendo unos con corteza de naranja confitada y espolvoreada con azúcar glas, pero he salido antes de que empezara a freírlos».

—No habrá mañana, Leandra, esta noche nos vemos por última vez —me interrumpió.

Después de que la audiencia hubiera sido aplazada tres días seguidos, Bilqiss me informó de la visita de Seniz, quien le había revelado cosas. No concretó, pero intuí que se habían sincerado la una con la otra. El juez había emprendido un viaje hasta la cantera más cercana porque quería elegir él mismo las piedras que se utilizarían para matarla, me anunció con una frialdad marmórea. Desde las más pequeñas hasta las más grandes y desde las más blancas hasta las más oscuras, precisó. Rompí a llorar delante de ella. Me tenía sin cuidado ser blanco de una enésima burla por su parte, las piernas me flaquearon y caí al suelo en medio de un torrente de lágrimas. Con la respiración entrecortada, tomé conciencia de que Bilqiss moriría al día siguiente y para siempre. En el fondo, nunca había creído que eso fuera a suceder. Su fuerza parecía capaz de eliminar la muerte. Aquello no podía terminar como estaba previsto.

Bilqiss puso las manos sobre mis hombros. Yo las cubrí con las mías. Ella no las retiró. Interpreté ese gesto como lo que era: una reconciliación. Hasta aquel momento no comprendí por qué había sido tan dura conmigo: había querido ahorrarme esta lamentable escena en la que quien va a morir consuela a quien va a vivir.

—Bilqiss, yo haría cualquier cosa por usted, solo tiene que decirme cómo puedo ayudarla, permítame eso —dije entre sollozos.

—Si tuviera hijos, le pediría que los cuidara; si tuviera padres, le pediría que velara por ellos; si tuviera amigos, le pediría que los consolara.

—Entonces, ¿no hay nada que pueda hacer por usted?

—Sí, una cosa.

—¿Qué? —me apresuré a preguntar.

—Tíreme la primera piedra.

—¿Perdón?

—La lapidación es un espectáculo, es preciso que sea dura, que todo el mundo

pueda desfogar su odio. Así que la gente empezará arrojando guijarros pulidos para hacerme rasguños, luego pasará a otros más grandes para herirme y, por último, a grandes piedras angulosas para rematarme. Lo que le pido es que empiece por el final para matarme más deprisa.

Una vez más, me había equivocado. Lo que había tomado por una reconciliación no era más que una breve tregua. Cuando estaba frente a esa mujer, tenía la impresión de ser una equilibrista sobre una cuerda tensa. Bilqiss acababa de pedirme, totalmente en serio, que la matara. Que la matara. ¿Quería hacerme pagar así a un elevado precio el compromiso demasiado frívolo que me había llevado hasta ella?

Me enteré también de que, inquebrantable en su dureza, había rechazado las proposiciones del juez. Me reprodujo con desprecio las palabras que había empleado para convencerla de que escapase con él y lo amara, aunque solo fuese un poco. Recobré la esperanza y le supliqué que rectificara. Me entusiasmé y le prometí incluso que la ayudaría a escaparse más adelante.

—Encontraré la manera de hacerlo, mi padre es muy rico y mi amigo Yann conoce a mucha gente, la ayudarán a cruzar la frontera y después yo me ocuparé de usted, Bilqiss, por favor, llámelo y ámelo hasta que pueda marcharse de aquí...

—¿Me tirará la primera piedra, Leandra?

—No, Bilqiss, no puede pedirme eso. Cualquier cosa menos eso.

—Entonces, adiós, Leandra.

—Bilqiss, se lo suplico, no haga eso, no me pida que la mate, es injusto, supera mis fuerzas y lo que soy capaz de soportar, le imploro que no me pida eso, Bilqiss. Cualquier otra cosa...

—Querer ayudarme era una idea noble, Leandra. Sin embargo, aquí las ideas nobles son bellas zorras que provocan pero no abrazan.

—Estoy soñando. En mi sueño, estoy teniendo una pesadilla. Lo que me rodea no es real, todos vosotros, los que estáis aquí, no sois reales, no sois esa maldita escoria ojerosa, con la frente surcada de arrugas y los dientes amarillentos, no sois esos hombres y mujeres con el alma muerta y la mente estéril que los de las primeras filas han confiscado, no sois esos miserables aterrados por sus índices levantados hacia el cielo y a los que, en mi sueño, querría pulverizar con todas mis fuerzas. No sois los mediocres que habéis dejado escapar la vida, no sois los traidores que habéis abandonado a vuestro Dios, no sois los débiles que os habéis doblegado y tampoco sois los bárbaros que vais a matarme de la manera más abyecta que puede existir. No sois esos a los que guían oscuros moralistas de pensamiento adulterado, no sois esos que obedecen a obsesos sexuales disfrazándose con pesadas telas y acicalándose con una larga y ridícula barba, no, no sois esos, porque, si lo fuerais, ciertamente no mereceríais vivir. Uno no se desplaza para contaminar la tierra, no le reza a Alá para implorar Su perdón, se las arregla para no tener que hacerlo nunca. Mi Corán no ordena nada, ninguna ley puede derivarse de él porque hay tantas lecturas como musulmanes, y desde luego no será una panda de bribones vestidos de blanco, recién afeitados y con la frente manchada la que reducirá mi sagrado Corán a un vulgar manual de instrucciones para descerebrados. Mi adorado Profeta, la paz sea con él, nos dice en un hadiz que debemos leer el Corán como si nos fuera revelado personalmente. Así que no tienen legitimidad, no tienen ningún derecho sobre nosotros, se convierten a sí mismos en el centro de atención adoptando posturas horribles, pero no son más que ladrones de vida. En mi sueño, no hemos dejado que esos malditos impostores reemplacen a nuestros sabios, no, no hemos dejado que hagan eso y salgan de la historia como vulgares moscas. Alá nunca ha necesitado una corte de aduladores para afianzar Su poder, sino hombres y mujeres que Le recuerden por qué nos ha creado. En mi sueño, me reapropio de Alá, y conmigo lo hacen aquellos a los que se acusa de delito de fe. Estoy soñando y todo esto no es sino una pesadilla. Mi sueño va a acabar muy pronto, pero el vuestro continúa y ya no os compadezco.

No habría imaginado que fuese a llegar hasta el final. Curiosamente, nadie trató de impedir esta última diatriba. Incluso disfruté del oído atento de todos. Al final, un primer índice se elevó apuntando al cielo, al que se unió otro que me señalaba a mí, desencadenando todo ello una pequeña emulación en las primeras filas que, sin embargo, no se extendió hasta las últimas. Los notables se volvieron poco a poco, sorprendidos al ver que la sala se iba vaciando poco a poco. Un oscuro legislador de mandíbulas salientes y barba exuberante, temiendo deserciones y un espectáculo menos enardecido, le pidió al juez que ordenara que me llevaran de inmediato a la plaza pública. El juez así lo hizo. Me levanté, los seguí y vi a la alta Leandra bajo un burka de color lavanda, con una bolsa en bandolera que inclinaba su cuerpo hacia

delante y que supuse llena de grandes piedras puntiagudas.

No me gustan los pies. No me parecen bonitos, ni siquiera cuando son perfectos. A partir de los tres años se deforman, se ensanchan, se deterioran, se contraen, se estropean y acaban convirtiéndose en un montón de piel muerta embutida en unos zapatos apestosos. Pero eso es lo que veo. Decenas de pies sucios agitándose delante de mí, a la altura de mi cara, ya que han perforado el suelo para enterrarme hasta el cuello. No sé por qué, pero excavo con las uñas. Excavo enérgicamente la tierra a la altura de mis caderas y ya noto que la carne de los dedos se me irrita. Arde. Se desgarran. Excavo y miro pies que se agitan. No sé cuándo rebotará la primera piedra en mi cabeza, pero tengo ganas de que sea ya para no pensar más en eso, tengo ganas de que las piedras me hinchen los párpados, tengo ganas de que me sangre la frente, los labios y la nariz, tengo ganas de que mis lágrimas se mezclen con el polvo del suelo y me impidan ver a los santurriones en trance, tengo ganas de morir deprisa porque ahora siento miedo.

Hay agitación, pero todavía no me matan. Se disputan la primera fila a codazos. Leandra está a la derecha, con la bolsa a sus pies y una piedra grande en la mano. Mirándola quizá por última vez, pienso en todas las cosas normales que no haré nunca: posar delante de un monumento en París, aprender a nadar en el Mediterráneo, montar en un avión rumbo a África, correr por la arena con el pelo suelto y esquivar las olas en el último momento. Es absurdo y, sin embargo, es en eso en lo que pienso para tener menos miedo.

A mi alrededor, la agitación continúa. Un guirigay confuso escapa de la multitud, un guirigay que no tiene nada de entusiasta, nada de lo habitual. Intento entender lo máximo posible, pero en la segunda fila se pelean, unas voces contestan en la tercera, unas manos se elevan en la cuarta y desde la primera vuelven la cabeza para ver qué se trama por ahí detrás. ¿Son demasiado lisas las piedras que ha elegido el juez? ¿No hay suficientes para todo el mundo? ¿Piden que me azoten antes de lapidarme? ¿Qué he hecho ahora para que se enfaden? Se desata una disputa entre un notable y un grupo de jóvenes harapientos, distingo retazos de frases, pero nada que me saque de dudas. Luego, las discusiones entre los que ya no quieren y los que siguen queriendo suben de tono. Pero ¿qué es exactamente lo que ya no quieren? No me atrevo a creerlo. Entre los gritos de los fanáticos que amenazan a los contestatarios con seguir la misma suerte que yo, y las vociferaciones furibundas de hombres y mujeres en trance, metamorfoseados, Leandra es presa del pánico y yo me pongo a patallar. Le exigen al juez que haga callar a los jóvenes, y a los guardias, que los fustiguen. Oigo ahora muy claramente las apelaciones al perdón, a la misericordia de Dios, a la indulgencia; algunos incluso solicitan un indulto del juez, confuso y a punto de ceder. En tono perentorio, los barbudos lo conminan a cumplir los designios del Todopoderoso, le urgen a hablar, a confirmar la condena y a arrojar la primera piedra.

Seniz se une a ellos, lo hostiga y lo exhorta, se abisma en su mirada para hechizarlo mejor, le recuerda el significado de cada piedra y le pide que me mate, si no, lo contará todo. En medio de un caos descomunal, en el que se mezclan las imprecaciones de los unos con la inesperada sublevación de los otros, cruzo la mirada con la del juez, en la que me sumerjo a mi vez. Privada del uso del cuerpo, lo atraigo con los ojos, lo atrapo, lo agarro y lo abofeteo para reanimarlo. Estoy aquí, soy la misma de ayer, soy Bilqiss, la culpable inocente, soy la eterna piedrecita en su zapato, la mujer a la que ha amado, ama y echará de menos, soy esa a la que debe salvar para romper con el mal y reparar los estragos del pasado. El tumulto aumenta, las voces suben de tono, las lenguas se desatan, ya no entiendo nada, el juez se atrinchera tras sus antebrazos, no puede más, les grita tanto a los que continúan queriendo como a los que ya no quieren, pero esta vez el silencio absoluto, su preferido, no se instaura. La juventud grita más fuerte. Mi bando parece haber ganado. Pero ¿qué ha sucedido? En mi cabeza todo estalla como cuando se rompe el triángulo de bolas en una mesa de billar. ¿En qué momento les he llegado al corazón? ¿Qué es lo que ha reavivado su alma? Ya no quiero morir. Quiero vivir. Quiero hacer todas las cosas normales de la vida. Quiero que Leandra me ayude a marcharme de aquí. Volveré, lo prometo, pero antes quiero correr con la melena al viento y que el pelo me azote la cara como en una película que acaba bien. Mi cuerpo no soporta seguir inmóvil. Estoy exultante y lo manifiesto moviendo la cabeza en todos los sentidos. Tengo miedo de que cambien de opinión. Llamo a Leandra, pero el desorden que reina en la plaza ofusca las mentes. Sobre todo, la suya. Ella no comprende nada, ni nuestra lengua ni nuestras maneras, se asusta ante semejante efervescencia, se aturulla, las manos le tiemblan, la que sostiene la piedra también, y veo que empieza a levantar su brazo atlético, demasiado musculoso, demasiado poderoso, en el que me había fijado durante sus visitas y al que le pedí que me matara más deprisa. Digo «no», también con la cabeza, pero ella no oye nada, los gritos de la muchedumbre cubren mi voz. Grito con todas mis fuerzas para que no la lance, pero ella, obediente, ya lo ha hecho. Es demasiado tarde, la gran piedra angulosa está volando. Su trayectoria es perfecta. Tal como estaba previsto, de un segundo a otro debería estrellarse contra mi sien derecha para hacerme perder el conocimiento rápidamente. Enterrada hasta el cuello, no tengo manera alguna de esquivarla, no puedo sino aceptarla y verla crecer. Abrevio mi última plegaria a Alá, dudando entre un pelotillero «gracias» y un absurdo «por qué». De pronto me vuelvo muy prosaica en mi fe. No me comprometo. Me limito a un demasiado neutro «Alá es el más grande». Grande está bien. Es bonito, es fuerte, es imponente, es cómodo y no es pequeño. Sí, «Alá es el más grande» serán mis últimas palabras, porque, después de todo, no estoy segura de poder hacerlo mejor. Ni de tener tiempo tampoco. Leandra ha apuntado con precisión. La piedra se acerca. Ella cumple sus promesas. Cierro los ojos. No con delicadeza. Más bien como una mueca, crispando el rostro. Y espero. Espero morir lo más deprisa posible. Espero. Me espero sentir dolor. Espero. Espero esa primera piedra. Espero y, en su lugar, oigo un

estruendo. Luego un ruido sordo, como si en el interior de mi cráneo todo explotara. Pero no siento dolor. Tengo miedo, pero no siento dolor. Me aterra la idea de estar muerta. Entonces abro los ojos. Y me encuentro cara a cara con él. Con el juez. Con mi juez. Un charco de sangre nos separa, pero no brota de la cabeza que se esperaba. La mía está intacta. De la suya manan litros. En medio de la confusión, sigo creyendo que estoy muriendo y que su rostro, que nunca ha estado tan cerca del mío, no es sino un espejismo. Espero, pero el espejismo persiste. Ahora noto su respiración en mi piel. Su boca exhala una respiración fría y jadeante. Abre los ojos. Su mirada es más ardiente que nunca. Clavados en los míos, sus ojos confiesan no haber mirado nunca allí donde había que mirar. Posados en los míos, sus labios prometen otros sonidos. El juez, mi juez, absorbe el aire que yo le insufló y, en un último suspiro, me susurra:

—Mis cinco pilares estaban contruidos sobre arenas movedizas. Amarte ha reforzado la base. Me ha alejado de los dogmas, pero me ha acercado a mi fe. Me voy con un peso en la conciencia, pero, gracias a ti, con el corazón ligero. Amar como te he amado, Bilqiss, es la prueba tangible de que Alá existe. Morir por ti será mi salvación. Y, si te es imposible corresponder a mi amor, que mi paso por aquí abajo alimente al menos el humus de tu vida futura. Déjame ser el fuego que anime tus combates. Lucha contra ellos, Bilqiss, lucha contra mí.



## **Agradecimientos**

Gracias a mi padre, Boualem Azzeddine, por haberme atiborrado durante toda mi juventud de conversaciones interminables sobre las cosas de la vida, por haber despertado luego en mí una curiosidad hasta ahora inagotable, por haberme empapado de cultura con sus medios, por haberme escrito poemas con faltas de ortografía cuando estaba triste, por haberme transmitido sabiamente su religión en lugar de imponérmela neciamente y por haber tenido una fe inconmensurable en su mujer, sus hijas y sus hijos.

[1] Versos de Yalal ad-Din Rumi. <<

[2] Serie de televisión turca. <<

[3] Diferentes preparaciones afganas de pan y arroz. <<

[4] Término árabe que designa todo lo prohibido en el islam. (*N. de la T.*) <<

[5] Versos del poeta persa Jami. <<

[6] Marca en la frente que ostentan los musulmanes más estrictos y que aparece a fuerza de frotar la frente contra la alfombra o el suelo al rezar. (*N. de la T.*) <<